

ALIENÍGENAS II

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
NO ES ORO...	3
DOS MEJOR QUE UNO	16
CROMOFOBIA	19
LOS HOMBRES DE NEGRO	34
EFFECTOS COLATERALES	44
INVASIÓN	52
CONTACTO	53
EN LAS RIBERAS DEL OCÉANO DE LAS GALAXIAS	54
GLOBALIZACIÓN (I)	58
GLOBALIZACIÓN (II)	59
INVASIÓN FALLIDA	61
EL CAJERO AUTOMÁTICO	62
CORTOCIRCUITO	64
SIERVOS Y SEÑORES	69
NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO	74
CONTACTO FALLIDO	77
ERROR DE CÁLCULO	85
RESULTADO IMPREVISTO	89
MALA SUERTE	98
RESERVA DE CAZA	99
LAS EXTINCIONES MASIVAS	100
XENORGASMO	102

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más comunes de la ciencia ficción es el del encuentro -y en muchas ocasiones choque- de la humanidad con civilizaciones extraterrestres, o alienígenas tal como se dice ahora.

Como cabía esperar yo no me podía sustraer a esta tentación, por lo que un número relativamente elevado de mis relatos abordan precisamente esta temática... aunque siempre, eso sí, dándoles mi toque personal, en ocasiones humorístico e incluso mordaz. Porque las cosas no siempre tienen que ser necesariamente tal como nosotros las esperábamos.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he repartido en tres volúmenes, siendo éste el segundo.

José Carlos Canalda

NO ES ORO...

I

Durante mucho tiempo se había especulado, largo y tendido, sobre las circunstancias en las que tendría lugar el primer contacto entre la humanidad y una hipotética civilización extragaláctica, así como sobre las posibles consecuencias que acarrearía éste, las cuales se presumían trascendentales. Sin embargo, la realidad fue mucho más prosaica de lo esperado. Nada hubo que se pareciera, ni aun remotamente, a una invasión extraterrestre trufada con la parafernalia de platillos volantes y rayos desintegradores tan del gusto de Hollywood. Nada hubo tampoco que tuviera que ver con gloriosas expediciones al estilo de la épica consagrada por las películas del Oeste ya que, para empezar, ni los terrestres habían conseguido poner el pie siquiera en Marte, ni en ese planeta alentaba el menor atisbo de vida. También habrían de sentirse defraudados los seguidores de la teoría de los encuentros en la tercera fase, incluyendo claro está en la nómina de frustrados a toda esa caterva de iluminados que habían hecho una religión, o casi, de su pintoresco culto a los ovnis.

En la práctica, las cosas fueron infinitamente más sencillas. Era evidente que los extraterrestres -los *pkarr*, por usar el término con el que ellos mismos se autodenominaban- nos habían estudiado previamente con objeto de establecer las condiciones idóneas para el siempre delicado primer contacto; pero ni se habían paseado por nuestros cielos en unos inexistentes platillos volantes, ni habían abducido a ser viviente alguno para destinarlo a ignotos experimentos científicos o sociales. Simplemente, se habían limitado a estudiar las emisiones de radio y televisión, a rastrear por internet y a realizar observaciones orbitales para recabar la información deseada sin necesidad alguna de mancharse las manos. Por supuesto tampoco este estudio se había extendido desde la más remota antigüedad; de hecho, ni tan siquiera se había iniciado a raíz del final de la II Guerra Mundial fecha *oficial* del inicio de las visitas alienígenas según la ufología más ortodoxa... En realidad, su llegada al Sistema Solar había tenido lugar tan sólo veinte años antes del primer contacto aunque, eso sí, conocían la existencia de vida inteligente en nuestro planeta desde mucho tiempo atrás sin que nunca hasta entonces hubiéramos suscitado aparentemente su interés.

Pero cuando decidieron que las cosas estaban maduras, se presentaron un buen día en las sedes de gobierno de los principales estados del planeta o, al menos, en las de los que ellos consideraron como principales, para decepción de más de un aspirante a estadista... Lo hicieron simultáneamente y con toda sencillez, tres de ellos para cada embajada, retransmitiendo su llegada -sólo Dios sabría cómo habían conseguido hacerlo- por todas las cadenas de televisión del mundo.

Nada aficionados a los complejos rituales diplomáticos que tan caros resultaban a sus perplejos anfitriones, los *pkarr* fueron directamente al grano expresándose con toda claridad -al menos en eso sí habían acertado los escritores populares de ciencia ficción- en

las correspondientes lenguas vernáculas de los países visitados. En resumen, vinieron a afirmar que sus intenciones eran amistosas, y que no tenían la menor intención de inmiscuirse en los asuntos internos de la Tierra... y eso que motivos no les habrían faltado, con tres o cuatro guerras de regular tamaño desatadas en esos momentos junto con un buen puñado de conflictos locales de *baja intensidad* y nula trascendencia en los delicados engranajes económicos del planeta, amén claro está, de la habitualmente abultada nómina de tiranos y tiranuelos de toda laya desperdigados a lo ancho y largo del orbe.

Tampoco pretendían, advirtieron de forma explícita, practicar nada que pudiera ser considerado como colonialismo, neocolonialismo o neoneocolonialismo de ningún tipo; de hecho, ni tan siquiera estaban interesados en la explotación de los yacimientos minerales existentes en las distintas regiones del Sistema Solar, unas riquezas por otro lado de las que habrían podido apropiarse tranquilamente, de haberlo querido, sin el menor inconveniente y, por supuesto, sin necesidad de pedirnos el menor permiso.

Entonces, ¿qué era lo que buscaban realmente los visitantes en nuestro planeta? Para sorpresa de los gobiernos terrestres, que no entendían una iniciativa de ese tipo ajena a cualquier pretensión de anexión o conquista, éstos manifestaron con la mayor ingenuidad o, según los más desconfiados, con la mayor hipocresía, que tras asentarse en los sistemas solares cercanos, deshabitados hasta entonces, habían estimado oportuno cursar una visita de buena vecindad. Dado que el grado de desarrollo de nuestra civilización distaba aún mucho de alcanzar el mínimo requerido para entrar a formar parte de la Comunidad Galáctica -una especie de ONU interplanetaria-, las leyes vigentes en este sector de la Vía Láctea prohibían taxativamente cualquier tipo de intervención, por parte de los estados miembros, que pudiera suponer una perturbación en nuestro proceso natural de evolución, que debería ser dejado exclusivamente a merced de nuestras propias fuerzas.

Lo que no impedían las citadas leyes era el conocimiento mutuo, así como los contactos, eso sí, estrictamente controlados, que no supusieran perjuicio alguno para nuestra cultura. Dicho con otras palabras: Si bien los terrestres podíamos contar con la seguridad de que los *pkarr* ni nos iban a invadir ni nos iban a someter a ningún tipo de dominio, colonización o esclavitud, la otra cara de la moneda era, para decepción de muchos, su negativa tajante, amparada en la aludida prohibición, a permitir que nos beneficiáramos de su increíblemente avanzada tecnología debido a la consabida excusa de que todavía no estábamos preparados para ello. En definitiva, tanto para lo bueno como para lo malo, tendríamos que seguir ventilándonos los unos solos.

Huelga decir que estos hechos provocaron una auténtica tormenta dialéctica entre quienes aprobaban la para ellos prudente actitud de los *pkarr* y quienes, por el contrario, denunciaban su injustificable egoísmo, sin que prácticamente nadie, en ninguno de los dos bandos, atendiera a los sensatos argumentos de algunos -no todos- antropólogos que resaltaban el hecho cierto de que, siempre que se había producido un contacto entre dos

sociedades de diferente nivel cultural hasta entonces ajenas, era a la más débil a quien le había tocado bailar con la más fea, no siendo infrecuente, incluso, su extinción...

Ni tan siquiera los propios eruditos conseguían ponerse de acuerdo acerca de las consecuencias que habría de acarrear el simple conocimiento de que no estábamos solos en el universo, agravándose además la cuestión por la circunstancia, no por evidente menos desagradable, de que nosotros éramos ahora los *primitivos*. Así, para unos el contacto sería una humillación cultural de consecuencias incalculables, siendo necesario advertir, eso sí, que la preocupación de éstos sólo tan sólo se extendía a lo que pudiera ocurrirle a la orgullosa cultura occidental; aunque en realidad no se trataba de algo que quitara el sueño a colectivos sociales tales como los esquimales, los papúes, los aborígenes amazónicos, los nativos australianos, los pieles rojas o los bosquimanos, nada sospechosos de compartir el etnocentrismo de europeos y norteamericanos.

Otros, por el contrario, creían que esta certeza habría de servir de acicate a la humanidad en su conjunto para que, abandonando de una vez todos sus instintos autodestructivos, volcara sus energías en un desarrollo armónico que le permitiera salvar, en el menor tiempo posible, la brecha que nos separaba del apenas entrevisto paraíso galáctico.

En cualquier caso las consecuencias prácticas del contacto con los *pkarr*, no por limitadas menos tangibles, no tardaron en hacerse notar. Los visitantes querían de nosotros, básicamente, información de todo tipo, sin que ninguna rama del conocimiento humano quedara al margen de su interés. Y, aunque ya habían recogido, sin necesidad de permiso alguno, cuanto circulaba libremente por el éter -radio, televisión- o por las redes informáticas e internet, deseaban asimismo acceder a toda aquella documentación disponible únicamente mediante una visita directa, tanto bibliotecas y archivos no informatizados, como monumentos y yacimientos arqueológicos. Esto último se debía, tal como reconocieron, a que sus sistemas de registro gráfico estaban infinitamente más desarrollados que los nuestros, por lo cual no se conformaban con una fotografía del Taj Mahal prefiriendo fotografiarlo -o como se denominara su técnica equivalente- personalmente. Por supuesto se comprometieron a realizar sus actividades de la manera más discreta y menos perturbadora posible, respetando los tabúes locales o adaptándose a ellos con un exquisito tacto, lo que les permitió culminar satisfactoriamente sus visitas a lugares tan comprometidos como la Meca o Salt Lake City.

En agradecimiento a la hospitalidad de sus anfitriones terrestres, y ante la imposibilidad legal de compensarnos con ningún tipo de regalo de índole tecnológica, los *pkarr* propusieron reclutar un selecto grupo de nativos excepcionalmente inteligentes, a los cuales llevarían consigo a sus planetas de origen con objeto de familiarizarlos con su cultura. Estos pioneros serían entrenados con objeto de convertirlos en una élite que, a su vuelta, tendría como misión facilitar nuestro ingreso en la Comunidad Galáctica. Este tipo

de influencia, benéfica y controlada, era la única permitida por la estricta legislación interplanetaria, estando enfocada fundamentalmente a la difusión entre nosotros de una filosofía humanista, no muy diferente de la moral propugnada por las principales confesiones religiosas, pero carentes de los componentes dogmáticos y autoritarios que solían arrastrar éstas. La evolución de la Tierra teniendo como meta su integración en la galaxia, advertían nuestros mentores, no tendría que ser tecnológica, sino ideológica y cultural, debiendo volcar nuestros esfuerzos en la erradicación de la violencia y las injusticias económicas, culturales y sociales. Y eso lo tendríamos que hacer nosotros solos, sin más ayuda que la inestimable de nuestros catecúmenos tras ser adiestrados éstos por los benévolos *pkarr*.

El número de candidatos presentados a la convocatoria fue, como cabía esperar, inmenso. Millones y millones de hombres y mujeres, en todos los países del globo, se ofrecieron como voluntarios de forma masiva para viajar a los mundos *pkarr*. Puesto que éstos habían limitado el número de invitados a tan sólo cinco mil personas, los procesos de selección fueron extraordinariamente duros y exigentes, primero realizados por los propios gobiernos locales y, finalmente, por los propios *pkarr*, deseosos de que sólo los mejores entre los mejores lograran superar la rigurosa criba. Los finalmente elegidos cumplían una serie de requisitos que hacían de ellos unos dignos representantes de la raza humana: no eran aventureros ni, mucho menos, fanáticos, sino unas personas sensatas y equilibradas con gran estabilidad emocional, alto cociente intelectual y un nivel cultural muy por encima de la media. En resumen, se trataba de la mejor embajada con que la Tierra hubiera podido soñar, para orgullo de todos sus habitantes y satisfacción de los exigentes y puntillosos *pkarr*. Embarcados todos ellos, alienígenas y terrestres, en la enorme nave interplanetaria que habría de conducirlos hasta su remoto destino, la humanidad volvió a encontrarse frente a sus quehaceres habituales, aguardando con expectación las noticias de sus afortunados hijos.

El vínculo con ellos no había quedado roto del todo. Antes de partir, los *pkarr* habían instalado en Nueva York una estación trasmisora mediante la cual, en tiempo real a pesar del abismo de varios años luz que separaba a la Tierra de sus planetas, los pioneros podrían comunicarse con nosotros. Una semana después de su partida éstos llegaban al planeta capital de sus anfitriones, y a partir de entonces fueron narrando periódicamente las maravillas que descubrían de forma continua.

Han pasado más de diez años, y muchas son las cosas que han cambiado en nuestro planeta desde entonces. Los cinco mil voluntarios siguen allí, aunque sus contactos con la Tierra son cada vez más infrecuentes a causa, sin lugar a dudas, de su creciente grado de integración en la fascinante cultura *pkarr*. Se trata de un indicio sumamente positivo por mucho que puedan augurar los sectores más agoreros de la opinión pública, ya que prueba la capacidad de los terrestres para adaptarnos sin traumas de ningún tipo a la sociedad interplanetaria a la que tarde o temprano estamos predestinados a pertenecer. Podemos, y

debemos; tan sólo tendremos que conseguir que el conjunto de nuestra población comparta las virtudes que enaltecían a nuestros héroes, aguardando con paciencia, pero con perseverancia, la llegada del feliz momento en el que una nueva y esplendorosa era abra de par en par sus puertas a la gozosa humanidad.

G.W. Bushman. "La llamada del Universo". Prólogo. Editorial Prometeo. Buenos Aires, 2027.

II

Ciudad de Pkarr, 7 de agosto de 2018

Hoy he vuelto a conectarme a esa maravilla que, traducido al español, podría describirse como *transductor cerebral*, una especie de interfaz que permite la conexión directa del cerebro con la red informática global que se extiende, teóricamente, por todo el orbe galáctico habitado... Aunque en nuestro caso las restricciones son rigurosas, a la par que necesarias, dado que, según nos han explicado los instructores *pkarr*, nuestras mentes serían incapaces de asimilar el ingente volumen de información con el que nos encontraríamos. Pero con el acceso restringido del que disponemos nos basta, es tal el cúmulo de maravillas desplegado ante nosotros, que uno desearía poder estar conectado las veinticuatro horas del día (en realidad unas veintiséis y media en este planeta) olvidándose hasta de las necesidades fisiológicas más perentorias, como comer o dormir.

Claro está que no nos lo permiten; incluso en las razas más evolucionadas de la galaxia, aquéllas frente a las cuales los propios *pkarr* son unos recién llegados, existe el peligro de la adicción; cuanto más entre nosotros, que no estamos habituados a esta técnica por lo demás tan común para ellos como lo es hablar por teléfono, o navegar por internet, en la Tierra. Nuestros anfitriones, siempre velando por nuestra comodidad y nuestra salud, desean que aprendamos todo cuanto pueda sernos útil para catalizar en un futuro el desarrollo de nuestro planeta, evitando al mismo tiempo que un exceso de celo por nuestra parte pudiera acabar redundando en una situación perniciosa. Por esta razón el acceso a los terminales cerebrales nos está rigurosamente limitado, pareciéndonos eterna la espera hasta la llegada de un nuevo turno.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que nos aburramos mientras tanto; los estímulos son numerosos, y tan variados, que nos falta tiempo para abarcarlos todos. Las visitas turísticas, físicas y virtuales, no sólo por el territorio *pkarr* sino también, vía holograma, por todos los rincones conocidos de la galaxia, son una de las actividades más ansiadas, excepción hecha, claro está, de las visitas al *transductor*. El arte *pkarr* en todas sus vertientes (pintura, arquitectura, música y varias disciplinas más difícilmente describibles, como la *meteorología artística*, la *gimnasia argumental* o los *pensamientos lánguidos*) es asimismo fascinante aunque, en ocasiones, de difícil percepción.

Y estudiamos. Estudiamos constantemente, descubriendo nuevas ramas de la ciencia insospechadas hasta ahora, como la *metatermodinámica* o la *sociometría estadística*, o profundizando en algunas tan clásicas como las matemáticas, la física, la química o la tecnología. Claro está que la comprensión de muchas de las teorías científicas desarrolladas por los *pkarr* resulta en ocasiones extremadamente compleja incluso para los más aptos de nosotros, por lo que nuestros profesores nos recomiendan que no nos impacientemos, ya que todo llegará a su tiempo. ¡Que tengamos paciencia! Tener delante de los ojos la *Teoría Multipolar del Espacio Tiempo*, por poner un ejemplo, que es la que justifica y permite los

viajes espaciales a mayor velocidad que la luz, y no poder entenderla, es tan desesperante para un físico, como lo es para un biólogo no ser capaz de desentrañar los sutiles mecanismos bioquímicos involucrados en la vacuna universal que nos fue aplicada nada más llegar aquí, la cual nos pone a salvo de cualquier tipo de infección, reacción alérgica o proceso canceroso de por vida.

Pese a todo aprendemos, aprendemos mucho, y no vemos llegada la hora de nuestro retorno... Ni lo deseamos, puesto que ante tal despliegue de maravillas resultaría extremadamente duro tener que asumir la vuelta a la atrasada sociedad terrestre a la que pertenecemos. Desconocemos cuanto tiempo permaneceremos todavía aquí, ni tan siquiera los *pkarr* lo saben; pero esperamos, y deseamos fervientemente que cuanto más tarde llegue la hora del retorno, mejor.

J.A. García. Crónicas de un viajero a los planetas pkarr. Editorial Universo. Madrid, 2030. Vigésimocuarta edición.

III

A LA OPINIÓN PÚBLICA

La Asociación Ecologista Universo Libre, en su lucha por la preservación de la vida salvaje en el orbe galáctico, denuncia públicamente las prácticas ilegales que, de forma continua, viene realizando impunemente el gobierno de la República Pkarr con el consentimiento tácito de la Comunidad Galáctica, conculcando los Derechos Universales de la Fauna y Floras Silvestres sancionados internacionalmente por el Protocolo de Aashum, firmado por el gobierno pkarr.

Este Protocolo, en su artículo tercero, párrafo cuarto, prohíbe explícitamente todo tipo de explotación de índole comercial, así como cualquier otra actividad que pueda resultar perjudicial, de especímenes salvajes y, en especial, de animales procedentes de reservas naturales sometidas a un régimen de protección especial. Violando la prescripción, el gobierno pkarr ha procedido a importar en secreto, de una reserva natural ubicada en su ámbito territorial, varios miles de individuos pertenecientes a la especie dominante en el planeta.

Estos especímenes han sido utilizados aparentemente en investigaciones científicas tendentes al desarrollo de redes informáticas de naturaleza orgánica basadas en sustratos de tejidos neuronales vivos, lo cual incumple asimismo los convenios internacionales Seti I y Seti II, así como las recomendaciones de la Organización Galáctica de la Salud sobre prevención del maltrato animal y minimización de daños en razas de laboratorio.

Por todo ello, exigimos a la comunidad interplanetaria que obligue al gobierno pkarr a respetar el Protocolo en todos sus términos, interrumpiendo los experimentos y devolviendo a estos especímenes a su hábitat natural, debiendo comprometerse asimismo a no realizar en un futuro ninguna actividad que conculque la normativa legal o resulte perjudicial para cualquier tipo de especie viva, independientemente de su grado de desarrollo mental.

Asimismo, convocamos a los ciudadanos preocupados por la preservación del medio ambiente galáctico a asistir a las manifestaciones de protesta que tendrán lugar, en fecha y hora de las que se avisará oportunamente, frente a las embajadas y consulados pkarr, así como a la marcha pacífica al sistema planetario expoliado de la Caravana por la Vida, que será encabezada por nuestro buque insignia *Guerrero del Universo*.

En Nueva T'iiilith, a 7.358-65-47A (Era Galáctica).

IV

COMUNICADO DEL MINISTERIO DE INFORMACIÓN DE LA REPÚBLICA PKARR

A LA OPINIÓN PÚBLICA

Ante la calumniosa campaña de desprestigio lanzada contra el Gobierno de esta nación por parte de la autodenominada Asociación Ecologista Universo Libre, este Ministerio desea hacer público el siguiente comunicado:

1.- Son completamente falsas las acusaciones vertidas por la citada Asociación Ecologista Universo Libre respecto a una presunta violación, por parte del gobierno de la República Pkarr, de tratados internacionales tales como el Protocolo de Aashum o los Convenios Seti I y Seti II, y tampoco se han incumplido en ningún momento las recomendaciones de la Organización Galáctica de la Salud sobre prevención del maltrato animal. Este Gobierno entiende que todo se debe a una conjura orquestada por los enemigos del orden y el progreso, que buscan la debilitación deliberada del estado de derecho como única manera de alcanzar aquello que jamás conseguirían recurriendo a las vías legales establecidas. Sabido es quien se esconde en realidad tras el camuflaje de ese falso ecologismo, y sabido es también que, de lograr sus propósitos, tan sólo provocarían el caos de la sociedad que carcomen.

2.- Aunque este Ministerio estima que no sería necesaria ninguna justificación al no haberse violado precepto alguno, por deferencia a los honrados ciudadanos pkarr quiere dejar bien claro que el condominio establecido sobre la Reserva Natural QW-258, conocido también por el nombre aborigen de *La Tierra*, está plenamente reconocido por la Comunidad Galáctica, hallándose sometida su administración a la Ley Qulan-Ñge/2 que estipula, tanto su preservación integral en las condiciones originales, como la prohibición de explotación de sus materias primas, tanto vivas como inanimadas. El Gobierno de la República Pkarr asume plenamente estas restricciones, habiéndolas cumplido en todo momento.

3.- La Enmienda Xxrstp/4 a la citada Ley Qulan-Ñge/2 determina, no obstante, la posibilidad de que *“la potencia administradora de una Reserva Natural ejerza su derecho a seleccionar porciones limitadas de la fauna autóctona, siempre y cuando éstas no excedan de la millonésima parte de la población total y se destinen a investigaciones científicas que tengan por objeto un mejor conocimiento de las condiciones de vida, y las aptitudes, de los citados especímenes. Queda explícitamente excluida de la autorización toda aquella intervención que pudiera provocar interferencias irreversibles en el desarrollo ecológico de la Reserva Natural. Si del estudio de los especímenes derivara la sospecha de que éstos pudieran ser catalogados como Especie Afecta de Raciocinio, o bien*

tendente a alcanzarla, la Ley Qulan-Ñge/2 será sustituida en su aplicación por la Ley Zweip/1 de Protección de Especies en Vías de Desarrollo”. Además de la citada enmienda existe numerosa jurisprudencia al respecto, tal como Ziryab versus Badoom, Finan versus Nahum o Noidim versus Fymo, por citar tan sólo los ejemplos más conocidos.

4.- Acogiéndose a la citada enmienda, el Gobierno de la República de Pkarr procedió a la selección de cinco mil especímenes (muy por debajo del límite máximo permitido) de la especie dominante en el planeta, con objeto de someterlos a un proceso de investigación que pudiera determinar la existencia o no de raciocinio en la misma. Este proceso de investigación se está llevando actualmente a cabo conforme a los protocolos establecidos por la Organización Galáctica de la Salud, estando prevista la devolución de los especímenes a su hábitat natural una vez haya terminado la investigación en curso.

5.- Este Ministerio, fiel a su política de transparencia informativa, invita a todos los interesados a consultar, si lo desean, la documentación completa de que dispone, sin más restricciones que las impuestas por la Ley de Protección de Secretos Oficiales y las determinadas por motivos de seguridad nacional.

6.- Este Ministerio, por último, anuncia la firme decisión del Gobierno de la República Pkarr de defender sus derechos intergalácticamente reconocidos sobre el control y la administración de la Reserva Natural QW-258, lo que incluye la potestad de implantar una Zona de Exclusión en un radio de tres megapunts alrededor del sol central del sistema. Cualquier navío no autorizado que fuera descubierto en el interior de la Zona de Exclusión será abordado, y a sus tripulantes y ocupantes se les aplicará el Código Penal Intergaláctico en su sección relativa a los supuestos de estados de sitio y de excepción. En el caso de que los arrestados por este concepto fueran ciudadanos de la República Pkarr, serán sometidos a proceso penal bajo la Jurisdicción Militar. El Gobierno de la República Pkarr, en pleno ejercicio de sus atribuciones, se reserva asimismo el derecho a la incautación de las naves y los bienes intervenidos en el interior de la aludida Zona de Exclusión. Esta normativa entrará en vigor, de forma automática, con la publicación del presente comunicado.

En Ciudad de Pkarr, a 7.358-66-03K (Era Galáctica).

V

EL GUERRERO DEL UNIVERSO ABORDADO

(De nuestro corresponsal en Ciudad de Pkarr)

Según fuentes oficiales, la Armada Pkarr abordó al *Guerrero del Universo*, el conocido buque insignia de la Asociación Ecologista Universo Libre cuando, desafiando la prohibición, acababa de internarse en la Zona de Exclusión fijada en torno a la Reserva Natural QW-258 junto con la media docena de navíos que lo acompañaban formando la autodenominada Caravana por la Vida. Aunque al resto de los buques se les ha impuesto una fuerte sanción expulsándolos del territorio pkarr, el *Guerrero del Universo* ha sido incautado y sus tripulantes detenidos y procesados bajo la acusación de violación de las leyes militares de la República Pkarr.

La Asociación Ecologista Universo Libre ha elevado una protesta formal ante la embajada pkarr en el vecino estado de Conti, amenazando con llevar el caso a la Corte Suprema Galáctica si el buque y sus tripulantes no son liberados de inmediato. Sin embargo, según fuentes diplomáticas dignas de crédito la posibilidad de que esto suceda es muy remota, tanto por la firmeza del gobierno pkarr como por su alianza con los poderosos tokais, árbitros como es sabido de las decisiones de la Comunidad Galáctica. Según un comentario que corre por aquí, más les valdrá a los de Universo Libre ir recaudando fondos para comprar otro nuevo buque con el que sustituir al perdido.

VI

Del: COMITÉ CIENTÍFICO DEL PROYECTO BIORDENADOR

AL: MINISTRO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

ALTO SECRETO

Excelentísimo señor:

Conforme a lo estipulado, procedemos a remitirle las conclusiones finales del estudio biotecnológico realizado sobre los especímenes originarios del sistema QW-258.

Tal como se sospechaba por los estudios previos, los miembros de esta especie animal presentan unas peculiaridades cerebrales únicas en todo el universo conocido. Aunque su nivel de inteligencia promedio apenas alcanza el nivel 4 de la escala de Zeiss y su capacidad de raciocinio queda por debajo del umbral doble cero, lo que descarta su catalogación como Especie en Vías de Desarrollo, los estudios no destructivos realizados mediante sondas cerebrales indican una idoneidad óptima para su uso como unidades de procesamiento de datos una vez implementados con los oportunos soportes inorgánicos. Estimamos que, en una primera etapa, bastaría con apenas diez o quince millones de ejemplares, junto con la cantidad necesaria de excedentes para reposiciones dada su corta esperanza de vida, para incrementar la capacidad de almacenamiento de datos de la Red Informática Global lo suficiente para satisfacer el aumento de la demanda al menos durante diez secs.

Lamentablemente, lo reducido de la población objeto del estudio -tan sólo cinco mil individuos- y la necesidad de respetar su integridad física nos han impedido alcanzar conclusiones más definitivas. Estimamos que, de poder disponer libremente de individuos a los que se pudiera extirpar el cerebro conectándolo a tiempo completo a la red, los rendimientos obtenidos habrían sido mucho mayores. Por esta razón, solicitamos la aprobación de una segunda fase de investigación en la que se puedan llevar adelante estos proyectos.

Si por alguna razón los responsables políticos estimaran improcedente la captura de especímenes salvajes del sistema QW-258, proponemos la crianza en laboratorio de los mismos a partir del material genético a disposición del equipo. No obstante, este último recurso retrasaría la obtención de suficiente material biológico durante un tiempo superior al límite de saturación de la infraestructura de la red, razón por la que consideramos conveniente la utilización, al menos en una primera fase, de individuos salvajes. Teniendo en cuenta la superpoblación del planeta y la existencia de la Zona de Exclusión, estimamos que no resultaría demasiado complicada la captura de estos especímenes sin poner en peligro el proyecto por pérdida del secreto del mismo. Esto nos permitiría dar un

importante paso adelante acortando de forma considerablemente los plazos previstos para la potenciación de la Red Informática Global.

En Ciudad de Pkarr, a 7.359-00-82F (Era Galáctica).

Tlön Spaar, científico-jefe.

DOS MEJOR QUE UNO

Sucedió de repente, sin el menor aviso previo. Un día cualquiera, exactamente en el mismo instante y en la totalidad de la superficie del planeta, la mitad de la población humana desapareció como por ensalmo sin dejar el menor rastro.

La ley del cincuenta por ciento se cumplió a rajatabla. Los desaparecidos constituían exactamente la mitad de la población de todos y cada uno de los países, desde los Estados Unidos hasta el principado de Andorra pasando por Alemania, Mozambique, Mongolia o las islas Fidji. Eran, mitad y mitad, hombres y mujeres, y abarcaban proporcionalmente todas las edades, desde los recién nacidos hasta los ancianos centenarios. Cosa curiosa, las desapariciones afectaron siempre, de forma escrupulosamente selectiva, a familias enteras, mientras otras permanecían intactas sin perder a uno solo de sus miembros.

Entre los volatilizados se contaban desde premios Nobel hasta analfabetos, abarcando políticos, médicos, albañiles, braceros, literatos o vagabundos, sin respetar profesión, estamento social, religión o nivel cultural alguno de entre todos los existentes en la compleja sociedad humana. Ni tan siquiera los propios monarcas quedaron a salvo, puesto que la mitad exacta del cada vez más reducido número de casas reales se esfumaron al completo sin dejar el menor rastro, mientras la otra mitad se mantenía incólume para desconsuelo de sus súbditos republicanos.

La mitad de los presidentes y primeros ministros del planeta corrieron idéntica suerte, y lo mismo ocurrió con el cincuenta por ciento de todos y cada uno de los miembros de los parlamentos, los gabinetes ministeriales, los gobiernos regionales y aun de los ayuntamientos y organizaciones políticas o gubernamentales de cualquier nivel. Curiosamente ninguna agrupación deportiva, como los equipos de fútbol, o cultural, como las orquestas sinfónicas, se vieron escindidos en dos partes iguales, pero el cincuenta por ciento de ellas desaparecieron al completo mientras el resto se mantenía incólume.

Como cabe suponer tal fenómeno conmocionó profundamente a todos los países del planeta, aunque la precisión quirúrgica del mismo impidió que los delicados engranajes de la vida cotidiana se detuvieran en ningún momento. Superado el desconcierto inicial, y resueltas las necesarias reestructuraciones provocadas por el repentino vacío -algunos países con tronos vacantes aprovecharon muy inteligentemente la ocasión para acogerse al régimen republicano-, la vida siguió adelante rigiéndose por pautas similares a las existentes con anterioridad al gran colapso.

Cierto era que ahora sobraba la mitad de todo, desde viviendas hasta automóviles, desde fábricas a comida; pero también se habían reducido a la mitad cosas tan molestas y perjudiciales como la superpoblación de las grandes áreas urbanas, la contaminación, el

efecto invernadero o la escasez de alimentos o materias primas. Esto tuvo la virtud de hacer mucho más soportable la otrora agobiante presión ejercida sobre el planeta por la cada vez más ávida especie humana, con lo que tanto la Tierra como la propia humanidad salieron ganando.

Nunca sabrían los supervivientes de la *Gran Criba* -así fue denominado el desconcertante fenómeno- las causas que la motivaron, ni conocerían tampoco la suerte que le cupo a la mitad desaparecida de la humanidad; a decir verdad, inmersos en su nueva prosperidad pronto se olvidaron de ellos. Sus hijos ni siquiera los recordarían.

* * *

Quienes sí lo sabían, puesto que habían sido los responsables del ingente éxodo, eran los miembros de una antiquísima raza estelar a la que podríamos denominar, a falta de un calificativo mejor, como los *Grandes Galácticos*. Surgidos muchos eones atrás, cuando el universo era joven y el sol no había nacido aún, habían recorrido sobradamente las sendas de la evolución hasta alcanzar unas metas inimaginables siquiera para la todavía recién nacida -según sus parámetros- humanidad.

Convertidos por decisión propia, y con la autoridad que les proporcionaba ser los indiscutidos decanos del universo, en los guardianes y protectores de una galaxia a la que consideraban su casa, velaban porque la armonía y la prosperidad reinaran a lo largo y ancho de sus inconmensurables dominios. Muchas de las razas inteligentes que poblaban la galaxia, la inmensa mayoría de hecho, ignoraban por completo su existencia, lo que no impedía que experimentaran en carne propia las consecuencias de sus iniciativas y decisiones.

A los *Grandes Galácticos*, imbuidos como estaban por un espíritu que se podría comparar muy remotamente con el budismo terrestre, les disgustaban profundamente las intervenciones drásticas, por cuanto suponían de trastorno para sus protegidos. Siempre preferían las influencias suaves e imperceptibles a los bruscos golpes de timón en mayor o menor medida traumáticos, pero no renunciaban a ellos cuando no existía ninguna otra solución posible.

Para desagrado suyo la Tierra, uno de tantos jardines cósmicos de los que disfrutaban sin interferir en su devenir cotidiano, había desviado su rumbo encaminándose hacia rutas peligrosas que hacían peligrar la integridad misma del planeta. El crecimiento explosivo de la especie humana y, lo que era peor, el expolio y la degradación cada vez mayores a los que sometía su entorno, lo conducirían irremisiblemente a la catástrofe si su destino seguía ligado durante suficiente tiempo a la irresponsable conducta del hombre. Esto era algo que sus verdaderos propietarios no estaban dispuestos en modo alguno a consentir; así pues, y una vez agotado cualquier otro tipo de medidas menos dramáticas, decidieron reducir a la mitad la población humana en el convencimiento de que ésta era la única manera de que el

inquieto hombre pudiera disponer de una nueva oportunidad para convivir armoniosamente con su entorno en lugar de destruirlo y destruirse con él.

Los *Grandes Galácticos* no eran crueles. Para ellos la humanidad no era más que para los hombres las hormigas, pero a diferencia de éstos sentían un respeto total por la vida, incluso en sus manifestaciones más inferiores. Por esta razón, previamente a la gran diáspora habían procedido a construir un duplicado exacto de la Tierra, al que denominaremos en aras del entendimiento Tierra-dos, con objeto de convertirlo en el nuevo hogar de la mitad excedente a la que habían decidido desterrar.

En nada se diferenciaban ambas Tierras, la original y la réplica, y hasta el firmamento de la segunda era indistinguible del de su gemela pese a estar situada en un rincón remoto de la galaxia; los *Grandes Galácticos*, además de su omnipotencia, nunca dejaban nada al azar. Por esta razón, cuando los exiliados de la Tierra -la primitiva, se entiende- se encontraron en su nuevo hogar, creyeron erróneamente ser ellos los supervivientes, y los verdaderos herederos de la Tierra original los desaparecidos. Qué más daba; lo importante era que pudieran vivir felices y tranquilos.

CROMOFOBIA

Vivir en los Mundos del Borde tiene sus ventajas, eso es innegable, pero también acarrea unos inconvenientes nada despreciables que, en ocasiones, pueden acabar alcanzando niveles problemáticos.

Por un lado la Frontera ofrece oportunidades difíciles de encontrar en los organizados y reglamentados mundos interiores, lo que la convierte en un poderoso imán que atrae a su seno a multitud de desheredados de la fortuna, o simplemente inconformistas, que buscan aquí la posibilidad de prosperar lejos de una sociedad que se les muestra esquiva, cuando no hostil. Nada de particular hay en ello, puesto que se trata de algo que se ha repetido una y otra vez a lo largo de toda la historia de la humanidad, sirviendo de válvula de escape para las tensiones sociales.

Pero no todo es de color de rosa; los riesgos existen, y no se pueden ignorar. Aunque los Mundos del Borde pertenecen teóricamente a la Federación Terrestre, en la práctica la soberanía de la misma sobre estos territorios fronterizos es meramente nominal. Cierto es que existe un delegado del gobernador de Nahum, el planeta federado más cercano, pero su principal -y casi única misión- es la de recaudar los impuestos con los que está gravado el comercio interfronterizo, principal medio de vida en estos mundos dejados de la mano de Dios. Por lo demás, y salvo las cuatro patrulleras dedicadas al control del contrabando, ésta es una tierra de nadie en la que resulta muy conveniente saber bandearse solo.

No es que no haya autoridad aquí; la hay, aunque heterodoxa y, por supuesto, al margen de la legalidad federal. Como cabe suponer existen aquí varios *Consortios*, un eufemismo bajo el cual se esconde algo muy parecido a las antiguas familias mafiosas, los cuales detentan el poder real en toda la vasta región del Borde. Estos *Consortios* tienen sus propias reglas y, a su modo, son mucho más estrictos a la hora de aplicarlas que el habitualmente corrupto delegado federal, quizá porque a diferencia de éste sus responsables no alientan ningún tipo de ambiciones políticas. Y como ambos poderes se respetan mutuamente y al delegado federal se le permite enriquecerse de forma razonable, la coexistencia entre ellos no suele resultar problemática.

Cuestión aparte es la de los astronautas independientes, tolerados a regañadientes por unos y otros debido a su tendencia natural a saltarse ciertas trabas burocráticas, lo que les convierte contrabandistas de cara a la ley y en simples intrusos para los capos de los *Consortios*. Pero como el volumen de mercancías transportadas por éstos en sus vetustas astronaves es en su conjunto lo suficientemente pequeño como para no perjudicar en demasía a los negocios de sus poderosos vecinos, y además acostumbran a hacerse cargo de todos aquellos fletes de escasa o nula rentabilidad previamente rechazados por las compañías, se les permite acceder a las migajas del pastel, aunque no al reparto del mismo.

La vida cotidiana de estos astronautas independientes es dura y, por lo general, azarosa. Y desde luego, no resulta ser lo más recomendable para espíritus delicados ni para débiles de carácter. Pero como dijera un antiguo filósofo hay gente para todo, y aunque la selección natural sea fuerte y sólo unos pocos consigan salir adelante, no son candidatos lo que falta, sino todo lo contrario. Son muchos los desheredados de la fortuna, aventureros o, simplemente, gente con los cables cruzados, que desean probar suerte, alegando como principal aliciente para ello la libertad casi absoluta que se disfruta en este oficio, una libertad existencial imposible de encontrar en otros ambientes menos bárbaros pero que implica, las más de las veces, una arriesgada apuesta cotidiana en la peligrosa ruleta rusa.

Yo, lo confieso, soy de otra pasta. Aunque los admiro e incluso, secretamente, los envidio, jamás hubiera conseguido reunir el valor suficiente para embarcarme en una de esas cafeteras rescatadas de los desguaces y navegar con ella por rutas poco seguras cuando no apenas exploradas, sin olvidar tampoco el nada desdeñable riesgo en que se incurre al trapichear con extrañas razas alienígenas de idiosincrasia hermética e impredecibles reacciones, a los cuales les suenan a música celestial nuestros más elementales conceptos éticos... incluyendo el del respeto a la vida ajena. Comparado con todo esto, sortear las artimañas de los *protectores* de los *Consortios* o las marrullerías de los patrulleros federales es tan sólo un simple y aburrido juego de niños.

Mi trabajo es mucho más tranquilo, para fortuna mía, y es que no en vano iba para funcionario hasta que se descubrieron accidentalmente ciertas irregularidades contables en mi gestión sobre las que no es necesario entrar en detalles, las cuales me obligaron a abandonar precipitadamente mi plácida vida en la Vieja Tierra. Pero no me quejo. Actualmente soy agente de una importante compañía naviera especializada en transportar mercancías de todo tipo entre los Mundos del Borde y los sectores vecinos de Nahum, Ibajay y Redención e incluso los más lejanos de Badoom y Noidim, aunque no solemos llegar más allá, es decir, hasta la Tierra y los sectores centrales de la Federación, puesto que mi compañía carece de licencia para hacerlo... al menos de forma legal.

De todos modos, oportunidades de hacer negocio no nos faltan. En el Borde se mueve mucho dinero y, si no eres demasiado escrupuloso intentando averiguar su origen, puedes hacerte con una fortunita sin correr demasiados riesgos. Entre mi comisión por los fletes que gestiono a la compañía y mis propios negocios particulares, aun después de descontar impuestos -los menos- y gabelas, sobornos y *protecciones* de todo tipo -los más-, calculo que de aquí a unos años podré retirarme tranquilamente a disfrutar de los ahorros en alguno de los mundos tropicales del Cinturón de Venus, si es que para entonces ha prescrito ya el *asuntillo* que me alejara de la Tierra. Mientras tanto, y puesto que por suerte no soy esclavo de ningún vicio, por lo demás extremadamente onerosos en estos lugares, me dedico a pasar el tiempo de la forma más plácida posible, huyendo de las complicaciones y cultivando mis relaciones sociales con todos los poderes fácticos del lugar, representante federal incluido, que nunca se sabe cuando vas a necesitar que te echen una mano.

Pero a veces, lo confieso, me aburro. Los miembros de los *Consortios*, aunque educados y amables -hasta el propio Luiggi *el Calabrés* me concede el honor de invitarme de vez en cuando a sus fiestas-, son bastante reservados y, como cabe suponer, prefiero no tirarles de la lengua. De los alienígenas mejor no hablar; son seres tan extraños, que toda posible relación excepto la puramente comercial roza lo imposible. No, no se crean que se trata de xenofobia; puesto que no creo lo más mínimo en la humanidad -me refiero a la nuestra-, tanto me da que mi interlocutor tenga brazos y piernas que tentáculos y antenas. Ni siquiera los seres ameboides de Uhlán, y ya es decir, me causan la más mínima repulsión; pero, ¿qué conversación se puede mantener con un telepata mudo incapaz de establecer el menor contacto mental contigo?

Además, como es sabido, cualquier persona civilizada siempre desarrolla sus relaciones sociales en el bar, como Dios manda... De hecho, y aunque dispongo de una oficina propia en pleno bulevar de Sagitario, la mejor zona de la ciudad, me gusta más hablar de negocios en la taberna de Klaatu, un garito portuario donde puedes saborear el único sucedáneo de orujo de todo el Borde que no te hace vomitar, al tiempo que disfrutas del abigarrado ambiente local. Claro está que esto me proporciona también la necesaria discreción para mis gestiones particulares, de las que la compañía no tiene por qué enterarse... así que, mato dos pájaros de un tiro.

Aquella noche, y en contra de lo habitual, el garito de Klaatu estaba excepcionalmente tranquilo. Habían corrido rumores de que los *federatas* iban a hacer una redada -al parecer los *negocios* del delegado no iban tan boyantes como él deseaba-, y el que más y el que menos había decidido poner tierra por medio, que a nadie le gusta tener que pagar el *impuesto revolucionario* si es posible evitarlo. Yo no tenía nada que temer, pues estaba completamente *limpio*; al menos eso cabía suponer, teniendo en cuenta el abultado sobre que hacía llegar todos los meses de forma anónima al representante máximo de la autoridad terrestre en el Borde. Además, y esa era mi mejor garantía, era conoedor de ciertas historias que había puesto por escrito y guardado a buen recaudo en una caja fuerte de la agencia local de los barpturanos, la raza alienígena especializada en banca intergaláctica. Por supuesto que se trataba de una simple precaución a la que jamás recurriría salvo en casos muy extremos, como muy bien sabía -de hecho procuraba recordárselo siempre que estimaba conveniente- el propio delegado; les aseguro que soy un hombre de honor.

Bien, no nos desviemos de nuestro tema. Iba ya por el tercer orujo con agua, y estaba más aburrido que una mona debido a la falta de interlocutores; Klaatu no me servía para darle a la sin hueso puesto que se trata de un androide clase A, emancipado con todos los derechos legales pero tan aburrido como cuando trabajaba como recolector de talén en las ciénagas del planeta Badoom. Además, me saca de quicio su manía de sacarle brillo a todo, aunque esté más limpio que la patena. En fin, como dijo otro filósofo, de casta le viene al galgo.

Aparte de Klaatu, que secaba imperturbablemente los vasos con el delantal mientras con la mirada perdida ensoñaba quizá con hembras multimamarias de su estirpe, y de un servidor, los únicos ocupantes del tabuco eran un ruidoso grupo de *protectores* que jugaban a las cartas en un rincón y un solitario pkarr que, con los tentáculos superiores acodados -es un decir- en la barra, sorbía con parsimonia de una botella de litro de coca-cola utilizando su lengua retráctil a modo de pajita.

Ninguno de ellos me interesaba lo más mínimo. Los *protectores*, aunque humanos como yo, solían ser unos personajes toscos y violentos, capaces de partírte la cara por el motivo más nimio; supongo que se tratará de algún tipo de deformación profesional. En cuanto al pkarr, se trataba de un pobre alcohólico que acostumbraba a vegetar allí noche tras noche siendo ignorado por todos; bueno, en realidad habría que decir *coca-cólico* ya que, como es sabido, esta raza tiene un metabolismo muy peculiar en el que la fórmula secreta de esta bebida, sea ésta la que sea, produce en sus organismos unos efectos similares a los que provoca el alcohol en el nuestro, sin necesidad de añadirle aditivo alguno; y el pobre alienígena se colocaba a base de bien. De hecho, una de las principales escuelas filosóficas de su planeta -el equivalente más o menos aproximado a nuestras religiones- prohíbe a sus acólitos toda ingestión de bebidas refrescantes de cola por considerarlo pecaminoso, habiendo conseguido hace ya tiempo, pese a la oposición de muchos de sus ciudadanos, que el gobierno pkarr prohibiera su importación desde los mundos pertenecientes a la Federación... lo que había servido tan sólo para poner en pie un floreciente tráfico clandestino de las mismas. Pero yo no me dedicaba a estos negocios ya que no me gusta tener que bregar con fanáticos, así que me traía sin cuidado.

Comenzaba a plantearme la conveniencia de emigrar a algún lugar más animado, cuando vi entrar por la puerta al bueno de Angus Smith, más conocido como *Angus el Piojo* debido a lo menguado de su envergadura. Angus es un astronauta independiente, uno de los más veteranos y también uno de los mejores, y podría haber estado viviendo tranquilamente de sus ahorros desde hacía mucho de no mediar su exacerbada afición a los juegos de azar y a la xenopornografía; pero es un buen tipo, resulta de fiar y yo le aprecio todo lo que se puede llegar a apreciar a alguien en este agujero del universo.

Habitualmente Angus se suele mostrar jovial, pero en esta ocasión aparecía abatido. Además no venía acompañado por el calamariforme *Aaaaght*, su inseparable socio a la par que copiloto de la *Vieja Bruja*, el casco con el que ambos se ganan la vida dando tumbos de un planeta a otro del Borde... y eso sí que era algo excepcional, ya que Angus antes hubiera abandonado a su madre, de tenerla, que a ese amasijo de tentáculos verdosos.

-¡Hombre, *Piojo*, cuánto tiempo sin verte el pelo! -le saludé alegremente ante la perspectiva de conjurar el aburrimiento- ¿Quieres tomar algo?

-Gracias. -respondió el piloto con voz apagada al tiempo que se dejaba caer en el taburete contigoo- Klaatu, por favor, ponme una cazalla doble.

Eso era una sorpresa. Angus no acostumbra a beber alcohol, y su bebida habitual suele ser algo tan inocente como el zumo de madroño.

-¿Dónde te has dejado a *Ventosas*? -éste era el apodo de su compañero, todo el que se precie tiene uno en el Borde; el mío es... bueno, dejémoslo estar, resulta irrelevante para el relato.

-Está ingresado en el hospital de alienígenas, con el manto hecho un colador y un par de tentáculos desgarrados; por suerte no tiene huesos, y la regeneración de los tejidos dañados será relativamente rápida.

-¿Qué le ha pasado? -mi preocupación era sincera- O mejor dicho, ¿qué os ha pasado?

-Los shhhhhs. -masculló a media voz al tiempo que atisbaba furtivamente el recinto, como si temiera ser escuchado.

-¡Los shhhhhs...! -exclamé yo en tono mucho más alto, provocando la alarma de mi interlocutor; por fortuna ni los atareados *protectores*, ni el colgado pkarr ni, por supuesto, el hierático androide parecieron haberse enterado.

No era para menos. De entre todas las razas alienígenas existentes en la galaxia, y eran realmente muchas, los shhhhhs eran sin ningún género de dudas la más extraña de todas ellas. No por su aspecto físico, que recordaba vagamente a los artrópodos terrestres, sino por lo hermético e incomprensible de su cultura.

Los shhhhhs no son belicosos, pero sí tremendamente ariscos. Forman una sociedad cerrada que rehuye cualquier tipo de contacto con otras razas, y tan sólo en ocasiones excepcionales aceptan a regañadientes -o a *regañaquelíceros*-, y sin disimular lo más mínimo su repugnancia, relacionarse con cualquiera de sus vecinos cósmicos. En realidad no suelen crear problemas siempre y cuando se les deje en paz; simplemente nos ignoran y, sospecho, nos desprecian. Eso sí, como les toquemos las narices -perdón, las antenas- pueden llegar a cabrearse mucho... y un shhhh cabreado es alguien realmente peligroso con sus dos metros y medio de estatura, sus brazos armados con afiladas sierras y sus mandíbulas acorazadas, esto sin contar con las pistolas protónicas y las microgranadas atómicas que suelen llevar siempre encima. Ah, y además vuelan.

Puesto que los planetas shhhhhs son mundos cerrados y sus habitantes tan poco sociables, tanto los *Consortios* como los astronautas independientes procuran evitarlos en sus correrías comerciales, por más que sean vecinos relativamente cercanos del Borde; pero cuando alguien te recibe a tiros sin siquiera darte tiempo a saludar, lo mejor que puedes hacer es poner tierra por medio y encaminar tus pasos hacia lugares más hospitalarios, que los hay a montones en esta región de la galaxia. Allá ellos con sus manías.

Circula no obstante la leyenda, ignoro si verídica o no, aunque el episodio que me relató el bueno del *Piojo* parece indicar lo primero, de que por detrás de su fachada de rotunda hostilidad los shhhhhs sí realizan a escondidas algunas transacciones comerciales con los mundos de su entorno, aunque por las razones que sean -vete tú a saber qué es lo que puede bullir en el interior del caparazón quitinoso que les sirve de cabeza- se empeñan en mantenerlas en el más absoluto de los secretos. Difícilmente se puede hablar de comercio clandestino, o de contrabando, cuando no existe la menor relación oficial entre ellos y el resto de los estados planetarios, pero lo cierto es que se empeñan en negarlo como si en ello les fuera la vida... algo que quizá pueda ser cierto, dado que su organización social parece ser -nada se sabe con certeza- una especie de híbrido entre la estructura jerarquizada de los hormigueros y el revuelto Japón feudal de los samurais. Vamos, lo que se dice un paraíso para pasar allí unas vacaciones. Eso sí, si pretendes mantener relaciones con ellos más vale que te andes con pies de plomo, puesto que la probabilidad de salir descalabrado con tan irascibles interlocutores es realmente elevada... tal como les había ocurrido, según todos los indicios, a mis dos amigos.

-*Piojo*, no me digas que anduvisteis en tratos con esos bichos... -susurré a su oído- ¿Estabais locos?

-Así fue, en mala hora. -rezongó mi interlocutor al tiempo que se echaba al colete un generoso trago del combustible para cohetes reciclado que el pillo de Klaatu pretendía hacer pasar por cazalla. Por fortuna, y a indicación mía, el androide lo había rebajado previamente con una generosa proporción de agua; en su turbación Angus no parecía haberse percatado de ello, y por lo menos tardaría algo más en emborracharse.

El astronauta me contó su historia. Los propietarios de la *Vieja Bruja* pasaban por una mala racha, y las deudas comenzaban a acuciarlos... pero los fletes no llegaban. Desesperados por conseguir algún ingreso que les permitiera siquiera seguir tirando, habían decidido finalmente recurrir al concurso de Mac el *Garrapata*.

Éste es uno de los personajes más repulsivos de todo el Borde, y no será precisamente por falta de candidatos para el puesto. Su apodo le viene del hecho de que los de su raza, de nombre impronunciable para una garganta humana, se alimentan de los fluidos vitales de unos grandes animales nativos de su planeta, con los que mantienen según ellos una relación de simbiosis aunque existen motivos para sospechar que pueda tratarse más bien de parasitismo. Cómo consigue este fulano su suministro alimenticio en un lugar en el que el bicho más cercano se encuentra a varios centenares de años luz es un absoluto misterio, pero la certeza de que su metabolismo es completamente incompatible con el nuestro tranquiliza algo.

Pero si bien Angus y *Ventosas* podían estar tranquilos en lo referente a la integridad de sus respectivos flujos sanguíneos -o lo que fuera en el calamar-, no podía decirse lo mismo de sus anémicas finanzas. Haciendo honor a su apodo, el *Garrapata* acostumbraba a

esquilmar concienzudamente a sus clientes; pero cuando se te han cerrado todas las puertas, como les ocurría a los astronautas, ésta era la única posibilidad que les quedaba en todo el Borde de conseguir algún trabajo, aunque el precio a pagar por ello fuera poco menos que vender su alma al diablo.

El *Garrapata* es oficialmente un intermediario que gestiona fletes entre las empresas consignatarias y los transportistas, pero en la práctica pasan por sus garras -les aseguro que las tiene- buena parte de los negocios más sórdidos de todo este sector estelar. Incluso en un lugar de moral tan relajada como es éste es aborrecido universalmente; pero al igual que sucede con los buitres y demás carroñeros, repulsivos pero imprescindibles para el equilibrio ecológico, alguien tenía que encargarse de procesar los detritus más indigeribles de la turbia economía local, razón por la que su actividad es tolerada e, incluso, alentada.

De hecho, al *Garrapata* jamás le faltan encargos; otra cosa es que se tengan escrúpulos a la hora de aceptarlos. Pero como dijo Aristóteles -¿o fue Platón?- a buen hambre no hay pan duro, y sus víctimas potenciales suelen acudir a su cubil con los bolsillos repletos de telarañas y el rabo -virtual o real, dependiendo de las especies- entre las piernas.

El *Garrapata*, una especie de centollo gigante con sensores en las pinzas gracias a las cuales se comunica con un sintetizador de voz, les recibió abrumándoles con quejas lastimeras acerca de lo mal que le iba el negocio; pura coreografía, como cabe suponer, ya que es *vox populi* que nada literalmente en dinero. Pero los miembros de su especie muestran una exagerada tendencia al victimismo, lo que les mueve a camuflar su agresividad natural -en asuntos comerciales, se entiende- bajo una densa capa de untuosidad a todas luces falsa.

Al cabo de media hora de lloros y gimoteos ininterrumpidos, cuando ya la paciencia de sus interlocutores estaba a punto de saltar hecha añicos, *recordó* oportunamente la existencia de un encargo que todavía no había *colocado* debido a que lo reservaba para sus mejores clientes. En realidad llevaba meses con él empantanado debido a que todo el mundo se negaba en redondo a mantener tratos con los temidos shhhhhs; pero el *Garrapata* tiene a gala publicitar sus productos y se muestra muy orgulloso de sus habilidades retóricas. Tarde o temprano siempre acaba picando algún incauto, y los desesperados astronautas mordieron no sólo el anzuelo, sino también buena parte del sedal.

La oferta era, aparentemente, sencilla. Los shhhhhs, como todos los mortales y quizá incluso alguno de los inmortales, también tienen su lado oscuro, por mucho que lo camuflen. Y como todo hijo de vecino, sienten una atracción inequívoca por lo peligroso, lo dañino o lo prohibido... y mejor todavía si va todo junto. Dicho con otras palabras, son tan golfos a su manera como cualquiera, y sólo las diferencias culturales y -en caso de adicciones físicas- las metabólicas suelen marcar las diferencias entre unos y otros. Así pues, basta con buscar el punto flaco de cada cual para tener la batalla ganada.

Y los shhhhs también lo tienen, por muy desconocido que pueda resultar para el común de los habitantes del universo. Bastaría con transportar un cargamento de lo que para ellos es una poderosa droga, para volver cargados con su equivalente económico en iridio, un metal al que por su abundancia no consideran valioso -de hecho lo utilizan para construir cañerías debido a que no se oxida- pero que en los mercados del Borde puede llegar a alcanzar unos valores exorbitantes.

Por si fuera poco esta droga es una sustancia no sólo inocua para nosotros, algo habitual dadas las grandes diferencias que existen entre los metabolismos de las diferentes especies, sino además cotidiana; de hecho, es un residuo que normalmente suele ir a parar a los tanques recicladores de la basura. Me estoy refiriendo a algo tan simple como la quitina o, para ser más precisos, a un derivado suyo, el quitosano... vamos, que los shhhhs se colocan a base de bien con algo tan simple y tan vulgar como son las cáscaras de gamba.

Huelga decir que el consumo de quitosano o quitina está rigurosamente prohibido por las autoridades shhhhs, mitad porque para ellos son unos potentes alucinógenos, mitad por la inveterada costumbre de todos los mandamases de implantar prohibiciones como forma de fastidiar al personal. A ello se une, al parecer, una cuestión religiosa que lo convierte en tabú: los shhhhs, como ya he dicho, son artrópodos, y poseen un exoesqueleto constuido principalmente por un compuesto químico similar a la quitina. En tiempos la práctica del canibalismo ritual, frecuente entre hormigueros rivales, traía como consecuencia unas orgías psicotrópicas de mucho cuidado, por lo que no es de extrañar que los antepasados de estos fulanos fueran tan dados a guerrear entre ellos. La aparición de una feroz religión monoteísta, que habría de acabar implantándose en la mayor parte de los estados feudales, supuso la práctica desaparición del canibalismo, es de suponer más por cuestiones morales que para acabar con las matanzas, puesto que los shhhhs se siguieron exterminando alegremente aunque, eso sí, se abstendían escrupulosamente de devorar los cadáveres.

Hubo entonces un avispaado -¿dónde no los hay?- que descubrió la manera de obtener la droga a partir de otras especies, entre ellas los propios animales domésticos de los que se alimentaban, y cuyos cascarones hasta entonces habían desechado. No era lo mismo, evidentemente, pero tras un conveniente tratamiento químico se obtenían unas sustancias de aceptable calidad que, además, no violaban aparentemente el tabú.

Eso se creían ellos. Los sacerdotes de la religión oficial, poco dispuestos a consentir que se les desmandara el rebaño, se apresuraron a proscribir el uso del *manjar de los dioses* -así se denomina en su idioma, en una clara herejía politeísta- alegando que tan pecaminoso era éste como el que procedía de los cuerpos de los fieles. Y así quedó la cosa, con un consumo clandestino y minoritario de la droga -el castigo por su tráfico o consumo es nada menos que la pena de muerte, aparte de excomuniones varias- y la mayor parte de la población alejada por su propio bien, aunque sin su consentimiento, de los males del cuerpo y del espíritu.

Y he aquí que un buen día los tripulantes de una patrullera shhhhh que acababa de dar buena cuenta de un incauto mercante al que un error de navegación había acercado más de lo conveniente a su territorio, descubrieron un cargamento de marisco congelado en las bodegas del mismo. Huelga decir el colocón que se pegaron, ya que al parecer la quitina de origen terrestre es mucho más adictiva que la autóctona, y no resulta demasiado difícil suponer lo que hicieron a continuación: tras obligar a su superior a abandonar la nave sin permitirle ponerse el traje espacial, decidieron echarse al monte, digo al espacio, trocando su mal pagada profesión militar en una mucho más lucrativa carrera como narcotraficantes.

El mercado lo tenían asegurado, pero necesitaban garantizarse un suministro de materia prima lo suficientemente continuado como para mantenerlo abastecido. Tan ignorantes de los hábitos sociales de las otras razas de la galaxia como éstas desconocían los suyos, dejáronse llevar por un instinto tan universal como es la pereza, optando por la alternativa que consideraron más simple.

Así pues, se convirtieron en piratas. Las indefensas naves mercantes que se arriesgaban a surcar las rutas más alejadas del Borde fueron sus fáciles presas, pero para desesperación de sus captores ninguna de ellas resultó transportar ni tan siquiera un mísero gramo de la ansiada mercancía.

Estaban ya a punto de dar por concluidas sus correrías, cuando la suerte les deparó el abordaje de la *Cthultu*, un carguero nahumita que navegaba en vacío con destino a Facundia, un mundo minero situado en el extremo exterior de Borde. Su capitán era un viejo astronauta de raza humana curtido en mil avatares, el cual no se arredró ante el asalto de los belicosos, y a estas alturas ya exasperados shhhhhs pese a lo peligroso de la situación en la que se encontraba. Muy al contrario, se las apañó no se sabe como para dialogar con ellos -desconozco el medio que utilizaron para entenderse-, convenciéndolos de que, en vez de asesinarlos a él y a su tripulación tal como pretendían, les interesaba más admitirle como socio en su negocio. Sus argumentos, ciertamente, no podían ser más convincentes: prometió a los shhhhhs proporcionarles cuanta quitina pidieran sin necesidad de que tuvieran que asaltar ninguna nave, aunque el viejo zorro se cuidó muy mucho de decirles que pensaba obtenerla de la basura. Claro está que como éstos creyeron engañarle a su vez pagándole con un metal que no tenía ningún valor en su planeta, todos quedaron satisfechos con el acuerdo.

El capitán volvió a Nanum convencido de que acababa de ser agraciado por la veleidosa diosa Fortuna. Así pues sentó sus reales en Viritia, el principal planeta del Borde, y procedió a montar discretamente su nuevo negocio de exportación de quitina o, lo que es lo mismo, de cascarones vacíos de marisco. Aunque tanto al poder oficial -la Federación- como al fáctico -los *Consortios*- les traía sin cuidado el contrabando con un mundo al que oficialmente ignoraban, no desdeñarían reclamar su tajada si llegaban a descubrir lo fructífero del negocio. Así pues, camufló precavidamente el verdadero destino de la basura

recolectada declarando que ésta era enviada a una empresa química de Tarka. La empresa existía realmente y procesaba quitina con fines industriales y médicos, pero este planeta se encontraba ubicado en la otra esquina del universo conocido, y entre Tarka y Viritia había centenares de mundos habitados que podrían ser perfectamente unas fuentes alternativas de esta materia prima.

Pese a lo endeble de la excusa, ésta funcionó. Durante algún tiempo el comercio de quitina entre Viritia y los traficantes shhhhhs marchó viento en popa para satisfacción de ambas partes, pero hacía varios meses una patrullera federal más entrometida que de costumbre abordó a la *Cthultu* cuando ésta retornaba a Viritia con un cargamento de iridio que su capitán no pudo justificar. Aunque gracias a varios sobornos estratégicamente distribuidos su capitán consiguió parar momentáneamente el embate de la ley, corrompida pero ley al cabo, la prudencia aconsejaba dedicarse durante una temporada a otros quehaceres potencialmente menos conflictivos, razón por la que la ruta shhhh fue abandonada por un buen tiempo. El problema surgió cuando sus socios nativos comenzaron a impacientarse reclamándole imperiosamente la mercancía... así pues, recurrió al taimado *Garrapata* para que le sacara del brete.

La mayor parte de estos detalles los he conocido no por Angus, que estaba en Babia cuando aceptó el encargo, sino gracias al propio *Garrapata* -siempre es bueno que te deban favores, aunque sea en el infierno- y a varios amigos que estaban al corriente, siquiera parcialmente, del tema. El caso es que a *Piojo* se le informó tan sólo lo más indispensable, diciéndole que su misión se limitaría a transportar unas cajas selladas hasta un lugar del espacio en el que éstas serían trasbordadas a una nave shhhh que les saldría al encuentro, recibiendo a cambio una caja asimismo sellada que deberían entregar a *Garrapata*, tras lo cual cobrarían lo acordado por el flete. Así de fácil... aunque dada la peculiar idiosincrasia shhhh, fueron advertidos acerca de la forma en que tenían que comportarse con éstos para evitar posibles y desagradables percances.

-¡Y todo por culpa del maldito color verde! -gemía una y otra vez el pobre *Piojo*, completamente borracho a esas alturas a pesar de que la cazalla que ingería a cubos estaba cada vez más aguada.

Los colores... uno de los asuntos más espinosos en el siempre difícil trato con los puñeteros shhhhhs. Estos alienígenas, como ya he comentado anteriormente, son artrópodos, entendiendo como tal que tienen un exoesqueleto quitinoso, extremidades articuladas y algo parecido a unas antenas en la cabeza; pero cometeríamos un grave error considerándolos parientes, siquiera lejanos, de nuestros insectos. En realidad, se trata de unos seres completamente distintos a cualquier bicho viviente que podamos imaginar ya que sus peculiaridades anatómicas son muchas, y una de las más importantes son sin duda sus ojos.

Éstos no tienen nada que ver con los ojos múltiples de nuestras moscas; en realidad, no tienen parangón alguno con los órganos visuales de ningún animal terrestre ni, si me apuran, de ningún otro planeta habitado. La percepción del color en los shhhhs es asombrosa, y está infinitamente más allá que la nuestra; no es que vean mejor, es que ven *distinto*. Y eso que los humanos o, si se prefiere, los primates gozamos de una visión del color superior a la de la mayor parte de los seres vivos de nuestro planeta, muchos de los cuales son daltónicos por más que nos sobrepasen en agudeza visual o en capacidad de visión nocturna. Pero eso no es nada comparado con lo que se supone debe de ser la capacidad cromática de esta raza, que algunos estudiosos han llegado a calificar de espectroscópica. Su intervalo visible no sólo se extiende bastante más allá que el nuestro, tanto en la región del infrarrojo como en la del ultravioleta, sino que además son capaces de distinguir infinidad de matices de un mismo color con mucha más precisión que nosotros.

Esta sensibilidad tan extrema ha condicionado necesariamente la cultura shhhhh. Ellos no ven los colores, sino que los *sienten*. Es, por poner un símil, algo equivalente al o que nos ocurre a nosotros con los olores; algunos nos encantan, otros nos dejan indiferentes y otros, por último, nos resultan nauseabundos... Imagínense ustedes que de repente les llegara un alienígena que exhalara un fuerte hedor a huevos y pescado convenientemente podridos. ¿Cómo reaccionarían?

Si a ello sumamos que los shhhhs son una de las razas más belicosas, si no la que más, de todo el universo conocido, y que en su cultura hasta las discrepancias más nimias suelen resolverse con frecuencia en forma de duelos mortales, cabe deducir que tratar con ellos no es precisamente un camino de rosas, y que resulta extremadamente conveniente vigilar, entre otras muchas cosas, el color de nuestros atuendos so pena de ser decapitados *in situ* sin la menor explicación. Teniendo en cuenta, por si fuera poco, que los shhhhs desprecian profundamente a cualquier otra raza (de hecho son unos xenófobos furibundos), y que nuestro conocimiento sobre sus complejos hábitos sociales y sobre sus no menos complejos tabúes culturales es además extremadamente limitado, la conclusión inmediata es que los infelices *Piojo* y *Ventosas* no tenían ni idea de en que berenjenal se estaban metiendo. Los tripulantes de la *Cthultu* habían conseguido llegar, con el tiempo, a una especie de *modus vivendi* que les garantizaba de una forma más o menos razonable su integridad física siempre y cuando respetaran escrupulosamente las complejas pautas de conducta exigidas por sus anfitriones, pero las instrucciones que los ingenuos astronautas recibieron de *Garrapata* no podían ser, para su desgracia, más incompletas.

Todo esto lo supe, claro está, con posterioridad a la entrevista del garito de Klaatu. Por aquel entonces, me bastaba con saber lo que todos, que era conveniente para la salud mantenerse alejado de esos energúmenos; y por fortuna mi trabajo me lo permitía, puesto que los shhhhs jamás viajan a otros planetas y yo desarrollo mi labor sin moverme prácticamente de Viritia.

Eso sí, mis dos amigos fueron advertidos seriamente del asunto de los colores, proporcionándoseles una tabla en la que se informaba de la reacción que presuntamente provocaba cada uno de ellos en la susceptible mentalidad shhhhh. Pero había un inconveniente. Ocurre que el tono de nuestra piel, digamos el color rosáceo, no es precisamente de los más recomendables; los miembros humanos de tripulación de la *Cthultu* resolvían el problema cubriéndose con una máscara y unos guantes de tonalidad adecuada, con la excepción de uno de ellos, oriundo de Tarzania -un planeta colonizado por africanos-, al que su piel achocolatada le permitía exhibirla sin pudor al ser éste un color que tranquilizaba en apariencia a los malditos bichos. En cuanto a los alienígenas, se buscaban la vida como buenamente podían, dependiendo de sus características corporales.

El color favorito de los shhhhhhs es el verde o, por hablar con más propiedad, determinadas tonalidades de verde que, al parecer, les resultan tan embriagadoras como a nosotros el *Chanel 5*, sobre todo cuando constituye la única indumentaria de su portadora... pero dejémoslo estar.

Creo que había olvidado decir que *Ventosas*, como buen calamar -en realidad no es un calamar ni tampoco vive en el agua, pero algún parecido tiene con estos animalitos-, posee la facultad de cambiar el color de su piel. Claro está que su gama de posibles tonos es limitada, pero esforzándose un poco es capaz de revestirse con una capa verdosa bastante aceptable. No llega a ser un verde esmeralda, pero no está mal del todo y, conforme a la tabla proporcionada por *Garrapata*, entraba dentro de lo aceptable.

Así pues, y de común acuerdo, ambos astronautas decidieron que *Piojo* permaneciera en la *Vieja Bruja* mientras *Ventosas* viajaba en el bote hasta la nave shhhhh para proceder al intercambio de mercancías. Puesto que los miembros de su raza no utilizan ningún tipo de vestimenta ya que todas las partes de su anatomía susceptibles de atentar contra el pudor permanecen invaginadas habitualmente en el interior del manto, nada resultó más fácil que *vestirlo* de verde de pies -o tentáculos- a cabeza, sin necesidad de maquillaje o ropaje algunos.

Aunque el piloto estaba ya a esas alturas borracho como una cuba, conseguí sonsacarle con dificultad lo ocurrido. *Ventosas* condujo el bote hasta el lugar, situado en la frontera del territorio shhhhh, donde sus corresponsales nativos aguardaban, y tras identificarse por radio -los shhhhhhs rechazan la televisión alegando que perturba los colores- acopló su pequeño vehículo a una de las esclusas de la nave alienígena, evitándose así el engorro de tener que ponerse el traje espacial. Una vez que las presiones estuvieron equilibradas abrió la compuerta, atravesó la esclusa y, finalmente, entró triunfante en el interior de la nave llevando consigo el cofre que contenía la preciada mercancía. Saludó en galáctico utilizando la fórmula ritual aprendida y...

Se desató la catástrofe. Sin darle la más pequeña explicación, los tres energúmenos que allí se encontraban esperándole montaron en cólera -dicen que oírles chirriar los élitros al

tiempo que agitan las antenas es un espectáculo estremecedor- y se abalanzaron sobre él impelidos por instintos asesinos.

El pobre *Ventosas* apenas si tuvo tiempo de soltar su mercancía y huir despavorido, no sin antes sentir en sus carnes las feroces caricias de sus agresores, las cuales le habían mandado al hospital. Por fortuna para él es un invertebrado, lo que le proporciona una flexibilidad y una resistencia que a buen seguro le salvaron la vida; de haber sido un humano, habría muerto despedazado. Despavorido como jamás lo estuviera en su vida, se refugió en su bote, lo desatraco de la esclusa sin esperar siquiera a que terminaran de cerrarse las compuertas y huyó cual alma que persigue el diablo en busca del refugio de la *Vieja Bruja*.

Fue la confusión creada por su precipitada fuga la que le salvó la vida. Ocupados en cerrar la compuerta de la esclusa por la que se les escapaba el aire, los shhhhhs perdieron un tiempo precioso mientras *Ventosas* ponía tierra por medio. Cuando quisieron apuntar con los cañones de plasma al bote para desintegrarlo en mitad del vacío cósmico, éste ya se había introducido en la *Vieja Bruja*, la cual huía a toda velocidad en dirección al territorio del *Borde*.

Esto es todo en lo que al relato de *Piojo* se refiere, aunque picado por la curiosidad realicé posteriormente mis propias indagaciones. Al parecer, los shhhhhs se pusieron en contacto con sus corresponsales en *Viritia* protestando airadamente por las injurias recibidas, ya que según dijeron el mensajero -es decir, el infeliz *Ventosas*- se había mofado obscenamente de sus huevos -como cabe suponer son ovíparos- lo cual, al parecer, es uno de los peores insultos que se puede inferir a los miembros de esta raza. Eso sí, como lo cortés no quita lo valiente y su código de honor es digno de un samurai, solicitaron el envío de un nuevo correo respetuoso con su cultura -recalaron mucho esto último-, con objeto de que se hiciera cargo del pago en iridio.

Supongo que así lo harían, y supongo también que echarían tierra al asunto por la cuenta que les traía. En cuanto a mis dos amigos, salieron relativamente bien parados teniendo en cuenta las circunstancias; *Garrapata* se negó en redondo a entregárselos a los vengativos shhhhhs, tal como éstos pretendían, alegando ignorancia y falta de mala fe por parte de los mismos, aunque me consta que el motivo real de su *altruismo* no fue otro que el de evitarse problemas con los astronautas independientes. Eso sí, como el negocio es el negocio, no les pagó ni un solo crédito por el fallido transporte, siendo el propio gremio de astronautas independientes el que se vio obligado a sufragar los gastos de hospitalización del maltrecho *Ventosas*. Y por supuesto, tampoco se preocupó demasiado en averiguar la causa que provocó el enfado de las cucarachas, aun existiendo la firme sospecha de que la culpa la tuvo una información incompleta por parte suya; pero así camuflaba su propia responsabilidad en el desgraciado asunto.

Piojo y Ventosas, como es natural, lo ignoraban, y bastante tenían con lamentarse amargamente de su mala suerte. Pero como yo soy curioso por naturaleza, conseguí averiguar algo interesante. No, no se crean que lo supe por mis fuentes de información a las que he hecho referencia antes; todos ellos suponían que *Ventosas*, sencillamente, habría metido el tentáculo sin pararse en más elucubraciones.

En realidad fue mucho más sencillo; bastó con recurrir a mis oxidados conocimientos de física, los cuales refresqué consultando las referencias correspondientes. Como ya comenté en su momento, a la visión de los shhhhhs se le puede considerar como espectroscópica. ¿Qué quiere decir esto? No sólo que su capacidad de discriminación entre dos colores prácticamente iguales es muy superior a la nuestra, sino que además son perfectamente capaces de separar cualquier mezcla de ellos en sus componentes unitarios.

Como es sabido, nuestros ojos funcionan de una manera similar a la de una cámara de televisión. En realidad la retina tan sólo distingue entre tres colores básicos que, combinados en distintas proporciones, nos dan toda la escala cromática. En principio, a cada radiación luminosa de una longitud de onda determinada le corresponde un color específico, que podemos considerar puro; pero si en vez de iluminar nuestros ojos con una luz monocromática lo hacen con un conjunto de dos radiaciones, nosotros no vemos los dos colores por separado, sino tan sólo el resultado de la mezcla de ambos. Dicho con otras palabras, cuando nosotros vemos algo verde, pongo por caso, no podemos saber si se trata de un color puro, o de una mezcla de colores amarillo y azul. Sin embargo, si hacemos pasar esa luz por un espectroscopio, en el primer caso veremos una única banda de color verde, mientras en el segundo encontraremos separadas las bandas amarilla y azul.

Justo así es como funciona la visión de los shhhhhs. Ellos sí detectan la presencia de los distintos colores, y lo que para nosotros es un verde homogéneo, es para ellos algo similar a un mosaico bicolor. Y ahí radicó el problema. *Ventosas*, como todos los seres capaces de cambiar la tonalidad de su piel, posee en la misma unas células especializadas, creo que se llaman cromatóforos, capaces de alcanzar distintos colores mediante la combinación en distintas proporciones de determinados pigmentos que contienen en su interior. Puesto que el número de pigmentos presentes en estos cromatóforos es obviamente limitado, las tonalidades resultantes son en todos los casos producto de una mezcla de colores, y no un color puro.

Para desgracia suya, el hermoso color verde con que se revistió el piloto no era tal a los ojos de los shhhhhs, sino una abigarrada combinación de varios pigmentos diferenciados; y tuvo la mala suerte de que uno de ellos, de tonos ocres, coincidiera con lo que para los artópodos es algo nauseabundo, mientras el otro, violáceo, equivalía aparentemente al peor de los insultos posibles. La mezcla de ambos debió de ser explosiva, con lo cual su reacción era de todo punto inevitable.

Por supuesto no he contado esto a nadie, ni tan siquiera a los propios interesados; la vida en el Borde es dura, y todos tenemos derecho a ganarnos la vida. La información es poder, y en este caso todavía más puesto que mi descubrimiento abre las puertas a una posible manera de *tratar* como se merecen a estos bichos; bastará con ensayar con distintas combinaciones de colores hasta encontrar la más adecuada. Al fin y al cabo no es sino una variante de la guerra química, que podríamos denominar *guerra cromática*. Teniendo en cuenta que su planeta es rico en iridio y quizá también en otros metales nobles, siempre habrá alguien interesado en conocer la forma de neutralizarlos. Tan sólo es cuestión de tener paciencia y esperar a que llamen a mi puerta.

LOS HOMBRES DE NEGRO

Sin duda, todos ustedes habrán conocido en alguna ocasión a gente como mi amigo Juan; buenas personas e ingenuos a la par que vehementes y, si no fanáticos, sí exageradamente obsesionados respecto a algún tema concreto en el que acostumbran a perder su habitual compostura. Quizá la diferencia fundamental entre estas personas y los verdaderos fanáticos radique no tanto en el talante, sino en la naturaleza de sus filias y fobias; si descartamos la política, la religión y el fútbol, o el deporte de masas equivalente en determinados países, si prescindimos también de otros fanatismos antiguos, hoy trasnochados y en declive, tales como el taurino o el operístico, tendremos en todo lo que nos queda una imagen bastante fiel de estos inofensivos obsesos por temas tan dispares como puedan ser la filatelia, la colombofilia o los libros de caballerías, por poner tan sólo algunos ejemplos.

La manía de Juan, en concreto, no era otra que el sobado tema de los ovnis y los visitantes extraterrestres, en su variante paranoica que veía conspiraciones gubernamentales por doquier para ocultar la Verdad, así con mayúscula, de la existencia de nuestros hermanos cósmicos. Ciertamente es que tiempo atrás, justo en los años de nuestra común adolescencia -ambos teníamos la misma edad-, estas chifladuras llegaron a estar bastante de moda gracias a la labia y la falta de escrúpulos de una serie de charlatanes que, utilizando técnicas copiadas de la publicidad comercial, lograron hacerse famosos, y de paso millonarios, explotando la credulidad de la gente mediante una estudiada combinación de verdades a medias, jerga pseudocientífica y una calculada dosis de mentiras hábilmente intercaladas; pero toda esta pirotecnia hueca se había apagado por sí sola hacía ya mucho, y los escasos seguidores que le quedaban a ese extraño refrito de dioses astronautas, triángulos varios de las Bermudas y encuentros en diversas fases no pasaban de ser ya unos patéticos *frikis* conocidos en mundillos cercanos, pero en modo alguno afines tales como el de la ciencia ficción, con el poco piadoso mote de *magufos*, neologismo procedente de la contracción de las palabras *mag*o y *ufo*.

Mi amigo era una persona inofensiva, pero pesado, muy pesado; de hecho, se puede decir que era, en la práctica, virtualmente monotemático... y, claro está, acababa aburriendo hasta a las ovejas. Aunque su pesadez era ecuménica y alcanzaba por igual a todo aquel ingenuo que se pusiera a su alcance, sentía especial predilección por clavar sus garras en los integrantes de ciertos colectivos tales como los militares y los científicos -según él los principales conspiradores a nivel mundial- o los inocentes aficionados a la ciencia ficción entre los cuales, para mi desgracia, yo me encontraba.

Por si fuera poco, además de aficionado a la ciencia ficción, y solamente por ello víctima propiciatoria ya de su verborrea, se unía mi condición de amigo de la infancia, y ya se sabe que donde hay confianza da asco; pero una sabia dosificación de paciencia bíblica

con autoritarismo puntual me permitían ir capeando el temporal sin necesidad de recurrir a medidas más drásticas y desagradables porque, pese a todo, yo apreciaba a ese entrañable cabezón.

No obstante, dentro de su monomanía podían diferenciarse algunas variantes que la hacían menos monótona dentro de lo que cabe. Una de ellas, producto de la mala digestión de un tema recurrente de la prensa sensacionalista, era la que *denunciaba* la extensión de los largos tentáculos de la censura anti-extraterrestre hasta los mismísimos viajes espaciales; ya se sabe, asuntos tales como la famosa cara tallada en la superficie de Marte, el presunto monolito de Fobos y cosas por el estilo, todas ellas silenciadas taimadamente por la NASA. En especial Juan solía descargar su artillería en lo referente a los viajes tripulados a la Luna; no, no era de aquellos que pensaban que el proyecto Apolo fue un montaje fraudulento sino todo lo contrario, ya que defendía que los astronautas habrían encontrado demasiadas cosas en la yerta superficie de nuestro satélite y, en su mayor parte, éstas habían sido mantenidas en secreto por deseo expreso del gobierno norteamericano. Argumentos no eran precisamente lo que le faltaban, sin que la debilidad de las presuntas pruebas hiciera la menor mella en su entusiasmo.

-Fíjate. -solía decirme con vehemencia- Fíjate en lo que ocurrió con el programa *Apolo*. En 1957 los rusos pusieron en órbita al *Sputnik*. En 1961 Yuri Gagarin fue el primer humano que abandonó la Tierra, aunque tan sólo durante unas horas. Ese mismo año John F. Kennedy prometió que antes del final de esa década un astronauta norteamericano pondría el pie en la Luna; y lo cumplió, puesto que en 1969 el *Apolo XI* aterrizaba en nuestro satélite. A partir de entonces hubo otros seis vuelos tripulados más, incluyendo el fallido del *Apolo XIII*, y luego... nada. ¡Si ni tan siquiera se llegó a completar el proyecto *Apolo*, puesto que las últimas cápsulas las utilizaron para los programas del *Skylab* y la misión *Apolo-Soyuz*! ¿Es lógico que desde entonces no se haya vuelto a mandar ni a un solo astronauta a la Luna? ¿Cómo te explicas que la Luna sea el único astro importante del Sistema Solar que no ha recibido la visita de una triste sonda en todas estas décadas?

Bueno, esto último no era del todo cierto, ahí estaban los *Lunajod* rusos, pero a Juan no le faltaba razón; claro está que había explicaciones para ello mucho más sencillas y verosímiles que su pretendida conspiración científico militar; pero resultaba completamente inútil intentar convencerle de ello.

-Tienes que tener en cuenta que el móvil principal de la carrera espacial era la guerra fría entre rusos y americanos, -argüía yo sin demasiado éxito- y es sabido que llegó un momento en el que los soviéticos tiraron la toalla, con lo cual no tenía sentido, desde un punto de vista político, seguir insistiendo en ello, sobre todo teniendo en cuenta que el proyecto *Apolo* era escalofriantemente caro. A la NASA le recortaron drásticamente su presupuesto, por lo que tuvo que centrarse en proyectos más baratos tales como las sondas

automáticas o el proyecto del trasbordador espacial... no les quedaba dinero para mucho más.

-Pamplinas-. -era su imperturbable respuesta; el tesón de mi amigo corría parejo a su inquebrantable fe- Si tuvieron dinero para enviar sondas a todos los planetas exteriores, si se han hartado de mandarlas a Marte perdiendo la mitad de ellas por el camino, ¿no podían haber mandado siquiera alguna a la Luna, que estaba aquí al lado?

-Hubo una...

-Sí, la *Clementine*; pero tú lo has dicho. Una. Y ni tan siquiera era de la NASA, sino militar. ¿No te parece extraño?

A mí me podía chocar este aparente desinterés, por supuesto, pero no encontraba nada excepcional en ello. Al fin y al cabo la NASA necesitaba desarrollar proyectos lo suficientemente espectaculares como para recabar la atención del gran público, única manera de obtener fondos suficientes para su funcionamiento; y no cabía duda de que a esas alturas un programa de exploración lunar, por muy importante científicamente que pudiera resultar, no sería demasiado popular en su país... ¡si hasta los últimos vuelos del proyecto *Apolo* pasaron sin pena ni gloria! Bastantes descabellados habían tenido ya con la pérdida de la mitad de su flota de trasbordadores espaciales -el *Challenger* primero, el *Columbia* años después-, con los consiguientes escándalos acarreados por el descubrimiento de su forma chapucera de trabajar, para meterse en más berenjenales. A estas alturas, cabía suponer que con salvar los muebles sus responsables se dieran ya con un canto en los dientes.

Pero Juan no opinaba así. Según él, los astronautas americanos habrían encontrado en la Luna determinadas cosas que a su gobierno le interesaba silenciar, y qué mejor manera de hacerlo que congelando cualquier atisbo de posible exploración lunar; los rusos, evidentemente, no contaban mucho a estas alturas. Como pruebas *irrebatibles* de su aserto esgrimía un grueso legajo de amarillentos recortes de periódico, contemporáneos del proyecto *Apolo*, en los que se exponían las más descabelladas hipótesis acerca de lo que aparentemente se habría descubierto en la superficie de nuestro satélite... pura charlatanería barata de la prensa sensacionalista de la época, pero para Juan tan dogma de fe como las leyes de Newton o incluso los mismísimos Evangelios.

La conclusión que él sacaba de todo este batiburrillo, no era otra que la certeza de que en la Luna existían unas enigmáticas construcciones levantadas allí por los Grandes Galácticos, o por sus primos hermanos, con objeto de vigilar la evolución de la humanidad en prevención de posibles desmanes que pudieran llegar a suponer una amenaza para la paz y la estabilidad de la galaxia... desde luego, lo que se dice original no lo era demasiado.

-Ya. -le solía azuzar sin que al parecer fuera consciente de mi sorna- Me estás hablando del famoso monolito de 2001...

-No exactamente, pero por ahí van los tiros. -al menos había leído a Clarke- Puede que esas bases estén habitadas por sus constructores, o puede que sean una simples estaciones automáticas... pero ellos no pueden estar muy lejos, quizá en la cara oculta de la Luna, que no visitaron los astronautas limitándose a circunvalarla a gran altura, quizá en Marte, lo que explicaría la misteriosa desaparición de tantas sondas espaciales justo antes de llegar a su destino.

-Comprendo. -fingía yo hipócritamente dándole carrete- Nuestros guardianes tienen que permanecer dentro del Sistema Solar para poder reaccionar con suficiente rapidez en caso de que nosotros nos diera por perpetrar alguna trastada. ¿Me equivoco?

Aunque Juan no lo supiera, lo que a él le parecían sólidas teorías no eran sino un cúmulo de viejos y apolillados tópicos procedentes de la ciencia ficción popular, e inspirados inicialmente en las fobias de la desaparecida Guerra Fría; pero a él esto le daba igual, imbuido como estaba por la audacia de los ignorantes.

-Y dime, -insistía yo en aquellas ocasiones en las que me encontraba con suficiente humor para aguantar sus incansables peroratas- ¿cómo puede ser que los habitantes de un planeta atrasado e inculto como el nuestro pudiéramos llegar a suponer una amenaza para nuestros poderosos vecinos? ¿No crees que exageras un poco?

-En absoluto. -solía ser su rotunda respuesta- Las ratas, o las langostas, no son excesivamente inteligentes en comparación con los humanos, y sin embargo llegan a convertirse en plagas. Puede que para los Galácticos no seamos más que las cucarachas lo son para nosotros, pero pese a ello las exterminamos...

-En ese caso, ¿por qué no aprovechan para hacerlo ahora que todavía estamos concentrados en un único planeta? Con esterilizar la Tierra con sus poderosas armas, asunto solucionado.

-Cabe suponer que ellos tendrán también sus criterios éticos o ecológicos - aparentemente tenía respuesta para todo- y, mientras no supongamos un peligro, preferirán dejarnos tranquilos; pero en el momento en que pongamos un solo pie fuera de nuestro planeta, la veda quedará levantada. -concluía sombrío.

Si su interlocutor, tras haber tenido la paciencia de aguantar hasta ese momento, osaba recordarle que el hombre había puesto en la Luna no un pie, sino los dos, y además en varias ocasiones, Juan proclamaba indefectiblemente que eso había sido jugar con fuego, y que no nos habíamos quemado de puro milagro. De ser ciertas sus pintorescas teorías, jamás en toda la historia habría estado la humanidad tan cerca del desastre, y sólo gracias a la afortunada perspicacia de los responsables del programa espacial norteamericano había

sido posible conjurar la amenaza.... a pesar de que, en lo que parecía ser una flagrante contradicción de estas teorías, tan celosos vigilantes deberían estar perfectamente al tanto de nuestros avances tecnológicos, independientemente de hasta donde hubieran llegado nuestros astronautas..

Era asimismo evidente que la carrera espacial no se había interrumpido en modo alguno a pesar de la suspensión de los vuelos tripulados a la Luna; los astronautas seguían volando con mayor frecuencia que nunca, por más que su singladura estuviera limitada a los escasos centenares de kilómetros sobre la superficie terrestre a los que orbitaba la Estación Espacial Internacional. Pero las sondas automáticas habían escudriñado casi todos los rincones del Sistema Solar, algo que en teoría debería ser potencialmente más peligroso para nuestra integridad que los tímidos desembarcos realizados décadas atrás en nuestro satélite.

Bien, pues hasta para eso tenía una explicación el bueno de mi amigo. Según él, a los Galácticos no les importaba que los gobiernos de las potencias mundiales fueran conscientes de su existencia; antes bien preferían que fuera así, puesto que sólo se puede temer aquello que se conoce. Por esta razón toleraban que la NASA, o el resto de las agencias espaciales -la rusa, la europea, la japonesa...- enviaran sondas a los distintos astros del Sistema Solar con misiones exclusivamente científicas, aunque no dudarían un instante en destruir aquéllas que se aproximaran demasiado a sus bases. Otra cosa muy distinta sería que reanudáramos la exploración y la conquista del universo, ya que hasta la propia Luna nos estaba vedada. La Tierra era, a decir de Juan, una inmensa prisión cósmica que no nos estaba permitido abandonar.

Evidentemente Juan estaba chiflado, pero su chifladura era del todo inofensiva y, si me apuran, hasta simpática. Por lo demás, era una excelente persona que jamás había hecho daño a nadie y, dada su situación social -soltero- y laboral -funcionario de nivel modesto-, difícilmente lo hubiera podido hacer incluso si éste hubiera sido su deseo. Huelga decir que su capacidad real de convicción era virtualmente nula, ya que a causa de su pesadez ahuyentaba hasta a los interlocutores más pacientes; y en estos tiempos tan abstrusos en los que los visionarios y embaudadores de toda laya pululaban y medraban por doquier, contaba con todas las papeletas para pasar inadvertido en mitad de tanta morralla.

Pero el destino quiso que los dados rodaran de una forma muy diferente a la prevista. Cuando Juan descubrió el nuevo juguete de internet se zambulló en la red con la fogosidad de un neófito, descubriendo con sorpresa la existencia de un auditorio afín que compartía plenamente sus ideas. Pronto se olvidó de sus polvorientos recortes, sustituyéndolos por la participación en un puñado de listas de correos en las que intercambiaba opiniones con gente tan zumbada como él, y con visitas asiduas a diferentes páginas web donde se *denunciaba* la ya aludida conspiración gubernamental -daba igual de que gobierno se tratara- en todo lo relativo a los extraterrestres. Pero al fin y al cabo Juan era feliz, no

perjudicaba a nadie e incluso había dejado de darnos la tabarra a los amigos. Así pues, ¿qué más se le podía pedir?

Durante algún tiempo esta situación se mantuvo sin cambios, para satisfacción de Juan y también, ¿por qué no reconocerlo?, de todos nosotros. Pero hubo un momento, sospecho, en el que en el círculo de mi amigo comenzaron a ingresar personajes menos inofensivos... al menos eso es lo que deduje a *posteriori*, puesto que en ningún momento él me dio ningún tipo de explicaciones salvo para mostrarme su entusiasmo ante el cada vez mayor número de personas interesadas en estos temas. En los últimos tiempos, eso sí, daba mucha importancia a una asociación que presuntamente se estaba formando con el fin de combatir el *oscurantismo* oficial. Según decía no pretendían en modo alguno provocar a los extraterrestres por cuanto de peligroso tenía para la humanidad, pero sí exigían el derecho de los ciudadanos a conocer la verdad.

A simple vista esto último podía parecer una extravagancia más, pero a la hora de la verdad fue probablemente lo que le costó la vida al pobre infeliz. ¿Qué pudo ocurrir para que un juego inocente acabara convirtiéndose en una trampa mortal? Lo ignoro, aunque todo parece indicar que hubo un momento en el que Juan y sus amigos, de forma inadvertida pero no por ello menos peligrosa, cruzaron una invisible línea roja que habría de marcar de forma indeleble su destino.

Vuelvo a repetir, por si acaso no hubiera quedado suficientemente claro, que no creo en absoluto en toda esta parafernalia de ovnis, visitantes extraterrestres y demás zarandajas por el estilo; mucha gente piensa que, por el simple hecho de ser aficionados a la ciencia ficción, tendríamos que estar interesados en esta sarta de tonterías, e incluso son muchas las librerías que ponen en un mismo estante los libros de ciencia ficción junto con los de realismo fantástico y ocultismo. Y eso molesta, como molestaría que te tildaron de loco por el simple hecho de haber leído el Quijote, pongo por caso.

Pero vayamos al grano. Uno de los tópicos más extendidos dentro del mundillo en el que se movía Juan, era el de los *Hombres de Negro*. No, no me estoy refiriendo a las películas de este título, unas divertidas parodias del cine de ciencia ficción, sino a esos personajes misteriosos, mezcla de espías y de matones que, según los teóricos del realismo fantástico, serían el brazo ejecutor mediante el cual se impediría que determinados secretos salieran a la luz, incluso si para ello fuera necesario silenciar para siempre a los testigos molestos..

Como cabe suponer yo no creía en la existencia de estos siniestros individuos, pero Juan evidentemente sí. Y los temía, puesto que los consideraba los esbirros de los conspiradores contra los cuales luchaba. Yo me mofaba de su ingenuidad y le insistía una y otra vez en que no se empeñara en ver gigantes donde sólo había molinos, pero...

Una mañana, hará de esto poco más de un mes, Juan fue a buscarme a mi trabajo. Se trataba de algo insólito, ya que esto suponía que él había faltado al suyo; además, su rostro pálido y demudado mostraba a la legua que algo iba mal. Algo grave, a juzgar por su desencajada expresión.

Tuve que irle a buscar un vaso de agua para que se calmara lo suficiente para poder hablar. Según me dijo con voz entrecortada, le perseguían.

-¿Quién? -pregunté incrédulo, sorprendido de que alguien pudiera acosar a una persona tan inofensiva como mi amigo.

-¿Quiénes van a ser? -respondió con apenas un hilo de voz- Los *Hombres de Negro*. Hace unos días conocí cierta información auténticamente revolucionaria acerca del tema de los extraterrestres asentados en la Luna... Y ahora me persiguen para matarme.

-¡Pero hombre, no exageres! -exclamé sin poder evitar que se trasluciera la perplejidad que me causaba lo melodramático de su historia- Eso no puede ser...

-¿Por qué no? -gimió lastimeramente ante mi patente escepticismo- Ya asesinaron a mi informante, y ahora vienen a por mí; yo soy el siguiente de la lista.

Lo confieso, me reí. Lo hice de una manera tan espontánea, sin poderlo evitar, que mi pobre amigo se apabulló todavía más.

-¿Por qué te ríes? -balbuceó dolido- ¿Es que no me crees?

Por supuesto que no le creía; su historia era demasiado truculenta como para convencerme. Pero él estaba realmente aterrorizado, así que opté por replegar velas en un intento de conseguir que se calmara; tampoco quería que le diera un arrechucho. No obstante, no fue mucho lo que logré conseguir a la hora de pedirle que me concretara los detalles, ya que tan sólo se limitaba a repetir una y otra vez que su afán por conocer los saberes prohibidos le había condenado a muerte. Pese a mi insistencia, no conseguí que me dijera, cosa rara en él, en qué consistían esos al parecer tan peligrosos datos.

-No quiero marcarte con mi desgracia. -fue su tajante respuesta- Bástete con saber que han cosas en el universo que es preferible no conocer jamás.

Bueno, en realidad esto tampoco tenía demasiado de original; creo recordar que ya a finales del siglo XIX los teósofos, unos chiflados precursores de los modernos movimientos esotéricos, ya decían algo parecido. Yo seguí sin creer una sola palabra de lo que decía mi amigo, pero temía intranquilizarlo todavía más; así pues, fingí aceptar su dramática explicación.

-Pero si te persiguen, el simple hecho de visitarme ya me convierte automáticamente en sospechoso...

-No, puedes estar tranquilo. Ellos disponen de medios infalibles para saber quiénes han traspasado el umbral y quiénes no. No me preguntes de qué métodos se sirven para ello, porque lo desconozco; pero sé que ocurre así.

-Eso me tranquiliza. -mentí piadosamente- Pero al menos podrías decirme si los dichosos *Hombres de Negro* son esbirros de nuestros propios gobiernos o si, por el contrario, obedecen órdenes de los propios extraterrestres...

-¿Qué importa eso? -de haberme creído la historia, yo hubiera pensado que sí importaba- Lo único que cuenta es que existe una conspiración de silencio, y que el precio a pagar por enfrentarse a ella no es otro que el de la propia vida.

-No creo que sea para tanto. -objeté- Al fin y al cabo, por mucho que tú supieras, dudo mucho de que pudieras hacer nada para desviar el curso de los acontecimientos.

-Puede que yo sea insignificante. -masculló con tristeza- Pero mis palabras no lo son.

A partir de ese instante la conversación derivó por otros derroteros, digamos, menos dramáticos. Juan parecía haberse resignado a su para él inevitable destino, lo que le infundía un fatalismo que no dejaba de resultar patético. Le consolé, le tranquilicé cuanto pude y, cuando un rato después me comunicó su deseo de irse, no tuve por menos que sentirme aliviado. Ya se le pasaría la murria, recuerdo que pensé. Lo que ignoraba, era que no le volvería a ver con vida.

Dos días más tarde, cuando casi me había olvidado del tema, recibí una llamada de la policía. Juan, además de ser soltero, carecía de familia cercana. Vivía solo a modo de ermitaño, y fuera de sus recientes y superficiales amistades hechas vía internet, prácticamente no contaba con ningún amigo. La policía, tras identificar su cadáver, buscó infructuosamente algún allegado, encontrando en su agenda mi número de teléfono. Así pues, me tocó bailar con la más fea.

Tras pasar por el duro trago del depósito, un inspector me invitó a un café para calmarme, al tiempo que me explicaba las circunstancias del óbito. Mi pobre amigo había sido cosido literalmente a puñaladas en una sórdida calle del casco antiguo tristemente famosa por la prostitución masculina que medraba en sus alrededores. Aunque no había testigos presenciales, tanto la hora del asesinato -un fin de semana casi de madrugada- como las circunstancias del mismo inducían a pensar en un turbio encuentro con *chaperos* saldado de forma trágica; la desaparición de la cartera hacía suponer que el móvil del crimen había sido el robo. Por supuesto la policía se hallaba investigando el caso, del que existían varios precedentes en la zona, e incluso contaba ya con una relación de posibles sospechosos; pero su detención y castigo no devolverían la vida a sus víctimas.

Me ocupé -¿quién iba a hacerlo si no?- de todos los trámites de su triste entierro, y también procedí a liquidar su escaso patrimonio. Juan vivía en un piso de alquiler, así que lo único realmente suyo eran sus magros ahorros, que se consumieron con los gastos del entierro, y sus anticuados vestuario y ajuar, que entregué a una organización benéfica. Tan sólo conservé, más como recuerdo que como verdadero interés, su colección de libros esotéricos y de realismo fantástico. Con sus amigos de la red, con los que conversaba desde un cibercafé ya que no disponía de ordenador propio, ni siquiera me molesté en contactar, aunque me consta que estaban al corriente de la tragedia.

Ocupado en estos menesteres, en un principio di por buena la explicación policial. Pero días más tarde, ya con mayor sosiego, comencé a atar cabos descubriendo con sorpresa la existencia de varios cabos sueltos que no acababan de encajar. Para empezar, tenía la absoluta certeza de que Juan no era en modo alguno homosexual, ni mucho menos pederasta. A decir verdad era una de esas personas de sexualidad atrofiada a las que el sexo apenas les motivaba, pero si escasa era la atracción que sentía por el género femenino, todavía menor era su interés por el masculino.

Además Juan era una persona de hábitos muy rutinarios y jamás le había visto trasnochar salvo en casos de estricta necesidad, y menos aún moverse por barrios tan poco recomendables a la par que tan alejados de su domicilio. De hecho, y según toda lógica, jamás debería haber estado en ese lugar. Pero allí lo encontraron, o cuanto menos a su cadáver.

No obstante, lo más inquietante estaba aún por llegar. Cuando me puse a indagar sobre las otras tres o cuatro presuntas víctimas de los *chaperos asesinos*, como empezaban a denominarlos los periódicos sensacionalistas, me encontré en todos los casos con hombres de mediana edad y un perfil similar al de mis amigos, todos ellos a decir de la policía con posibles tendencias pederastas. Lo alucinante del caso, era que todos ellos habían participado de forma activa en las listas de correos que frecuentaba Juan, como pude comprobar personalmente tras reventar su ingenua clave de acceso. ¡Si ni tan siquiera utilizaban alias informáticos!

En un principio estuve tentado de comunicar mis sospechas a la policía, pero posteriormente cambié de opinión. Si Juan no había logrado convencerme a mí, ¿cómo podría conseguirlo yo con los agentes? Me tomarían un un chiflado, y de poco serviría negar su homosexualidad dado que siempre quedaría la duda de una práctica oculta de la misma. Por si fuera poco la policía acabó deteniendo a los presuntos asesinos, una banda de menores extranjeros con muy poco que perder en su apaleada vida y las neuronas arrasadas por los estragos del pegamento; las pruebas eran al parecer lo suficientemente sólidas para inculparlos, por lo que tras ser puestos a disposición judicial el caso quedó archivado.

Yo seguía sin crearme la heterodoxa teoría de los *Hombres de Negro*, pero no obstante no me acababa de satisfacer la interpretación oficial. Había algo incómodo en ella, algo que

se revelaba como artificial; pero a falta de una explicación más convincente, hube de darla por buena...

Hasta ayer. Si han seguido ustedes -supongo que sí- las noticias internacionales durante estos últimos días, se habrán sobresaltado sin duda ante la catástrofe del ambicioso proyecto espacial chino, con su gigantesco cohete, mayor incluso que los antiguos *Saturno V*, desintegrándose en el aire apenas unos segundos después de su lanzamiento. Nada de particular habría en ello, puesto que los rusos y los americanos también habían sufrido percances similares, de no darse la circunstancia de que el destino del cohete chino no era otro que nuestro satélite, donde pretendían iniciar la construcción de la primera base lunar de la historia de la humanidad... aunque quizá no de la de otras *humanidades*.

Puede que todo haya sido tan sólo una simple y desgraciada coincidencia. Puede que la tragedia de Juan me haya afectado hasta tan punto que se hayan exacerbado mis posibles tendencias paranoicas; o puede que, pese a todo, los *Hombres de Negro* existan realmente. En cualquier caso, y de forma sorpresiva, el gobierno chino ha anunciado la cancelación irrevocable de su nonato programa lunar, desviando sus fondos hacia actividades más prosaicastales como la industrialización de las atrasadas regiones rurales de su vasto país.

En cuanto a mí, ¿qué quieren que les diga? Juan me aseguró que no tenía nada que temer al no haber llegado a conocer el secreto, ya que *ellos* conocían esta circunstancia. Pero... ¿y si estuviera equivocado?

EFFECTOS COLATERALES

Si he de ser sincero, la verdad es que la noticia del procesamiento de mi amigo Diist no me pilló en modo alguno por sorpresa. Diist es culto, inteligente, brillante y un excelente conversador, pero también, justo es reconocerlo, un impenitente crápula. Ciertamente es que yo nunca le había acompañado en sus licenciosas correrías, mis gustos son mucho más tranquilos que los suyos, y tampoco solíamos hablar demasiado de este tema puesto que él sabía que no me agradaba. Pero su fama de libertino era tal, que resultaba virtualmente imposible no tener conocimiento de ella.

Pese a todo, jamás hubiera sospechado que el motivo de su desgracia pudiera ser algo tan zafio y vulgar como la zoofilia, un vicio repugnante que provoca repulsión de forma instintiva a cualquier ser civilizado que se precie... y Diist lo era, amén de exquisitamente refinado. Así pues, no tuve por menos que desconcertarme.

En nuestra sociedad se suelen cometer, por lo general, muy pocos delitos, pero éstos son castigados de forma implacable con el ostracismo telepático durante un período de tiempo determinado, siempre proporcional a la magnitud de la falta. Y a Diist, huelga decirlo, le correspondía una buena temporada de penitencia durante la cual se encontraría completamente aislado de la sociedad, un castigo realmente demoledor... que se había ganado con contumacia.

Por supuesto las visitas físicas sí estaban autorizadas, pero ¿quién en su sano juicio sería capaz de rebajarse a ello? Si hasta los intercambios genéticos intrarraciales, imprescindibles para la perpetuación de las especies, se realizaban evitando cuidadosamente todo contacto obsceno entre los donantes, era de esperar que la gente evitara acercarse a alguien que, por si fuera poco, era convicto de zoofilia. Y no porque estuviera prohibido, que no lo estaba, sino por una simple cuestión de buen gusto.

Eso, claro está, sin contar con las dificultades añadidas de las diferencias metabólicas o fisiológicas, que en muchas ocasiones convierten en virtualmente imposible todo conato de comunicación no telepática entre miembros de dos razas lo suficientemente dispares, lo que demuestra la importancia de la telepatía como nexo de unión común en torno al cual se vertebra la increíble diversidad de modelos con los que se reviste la inteligencia a lo largo y ancho de la galaxia, al tiempo que refleja la tragedia que supone verse aislado, aun de forma temporal, del resto de la comunidad. Como acostumbran a decir los teóricos, suprimamos la comunicación mental y veremos cómo la galaxia se hunde en el caos y la anarquía.

No obstante, pese a todos mis escrúpulos acabé decidiendo visitar a mi desgraciado amigo. Primero por compasión, tras comprobar que había sido abandonado por todos a raíz

de su condena. Segundo, porque nuestras relativamente similares morfologías nos permitían, aunque con dificultades, una tosca comunicación sensorial con la que podríamos salvar, mejor o peor, las infranqueables barreras antitelepáticas implantadas por sus jueces. Y tercero, porque sentía curiosidad por conocer los motivos que le habían impulsado a cometer tamaña aberración, algo que sólo él podría explicarme... si es que quería hacerlo. Eso sí, me cuidé mucho de hacer partícipes de mis planes a ningún conocido común: una cosa es la osadía, y otra muy diferente la imprudencia.

Diist se hallaba recluido en el correccional federal de Ain'twal, a casi un cuadrante de distancia de mi residencia, pero no me arredré ante tan largo viaje y, tan sólo unos wuuns después de la partida me encontraba atravesando el umbral de la sombría prisión, de la cual era él el único ocupante. El sorprendido funcionario que lo custodiaba -un quelimorfo nativo de Sturm a tan sólo un nivel por encima de la animalidad- se mostró sorprendido ante mi solicitud de visitar al reo, pero legalmente no podía oponerse a ello... y no lo hizo, aunque me advirtió una y mil veces acerca de la abyección moral del prisionero.

Huelga decir que ignoré por completo sus admoniciones, dirigiéndome al locutorio que, al igual que la celda de Diist, estaba sumido en el interior del campo de éxtasis que anula toda posibilidad de contacto telepático. Al atravesar la frontera del campo sentí un desagradable hormigueo en mi cuerpo que, por fortuna, pasó pronto; dicen que algunas razas ven alterado su metabolismo hasta el extremo de no ser capaces de soportarlo, pero los sadray siempre hemos gozado de una merecida fama de seres resistentes ante las condiciones ambientales más inhóspitas, y lo cierto es que el efecto del campo sobre mi organismo no pasó de ser una ligera molestia.

Mucho peor resultó la sensación de sentirme repentinamente sordo y mudo, ya que en lo que respecta a la telepatía no existe la menor diferencia entre un tosco quelimorfo, un evolucionado sadray e incluso un sublime santón shaalei; todas las razas, sin la menor excepción, nos vemos privados de la capacidad de comunicarnos mentalmente mientras permanecemos en el interior de uno de estos campos... así tiene que ser, si se quiere que la condena resulte efectiva.

Acoplé mi cápsula personal en la esclusa de entrada al locutorio y, una vez que los sensores comprobaron que las condiciones ambientales del recinto eran las adecuadas, se abrió la doble compuerta dejando expedito el acceso. Aunque sabía que todo estaba correcto -de no ser así la esclusa habría permanecido bloqueada-, mi desconfianza ante la capacidad intelectual del quelimorfo me hizo ser ridículamente precavido, deslizando un seudópodo explorador al interior del recinto.

Por supuesto, esta precaución resultó innecesaria. El aire del otro lado era perfectamente respirable, y las condiciones de gravedad, presión y temperatura eran asimismo las adecuadas. Como mucho, quizá un pequeño retazo de maloliente oxígeno -vestigio probable de un antiguo visitante oximetábol- enranciaba ligeramente la fragancia

del amoníaco, pero tampoco era algo que resultara insoportable. Así pues, con una ágil convulsión deslicé el resto de mi cuerpo por la estrecha trampillas, expandiéndome a continuación en todo mi volumen. Al menos, procuraría estar cómodo mientras durase la visita.

El interior del locutorio era más confortable de lo que había esperado, y la suave ondulación del aire me acariciaba los cilios con voluptuosidad al tiempo que me permitía flotar cómodamente en él. Pese a mis anteriores prejuicios, hube de reconocer que el pobre quelimorfo había hecho bien las cosas.

Pero no estaba allí para disfrutar del habitáculo, sino para consolar al pobre Diist. Su celda, por supuesto, se hallaba aislada de mi locutorio; no podía ser de otra manera, puesto que nuestras diferencias metabólicas eran demasiado grandes como para permitir -siento náuseas sólo de pensarlo- un contacto físico entre nosotros. Tan mortal le resultaba a él mi atmósfera de amoníaco y metano, como a mí la suya de cloro y otros halógenos, eso sin contar con las incompatibilidades de temperatura -mi cuerpo se volatilizaría al contacto de lo que él consideraba un ambiente agradable-, presión o gravedad -la suya me laminaría en unos instantes-, además de otros factores tales como nuestra diferencia de tamaños, de casi cien a uno a favor mío.

Así pues, la comunicación habría de ser necesariamente vía holovisión, lo cual nos obligaría a utilizar la mímica corporal como única forma posible de mantener un diálogo; y gracias que al menos nuestros respectivos sensores de radiación electromagnética contaban con un rango de frecuencias común, aunque yo necesitaría que el holocomunicador amplificara la amplitud de las ondas emitidas por mi amigo para poder ver algo, mientras que con Diist tendría que obrar en sentido opuesto.

Vamos, que incómodo sería un rato.

Tras advertir al vigilante que ya estaba preparado, el holocomunicador emitió el zumbido que indicaba su puesta en funcionamiento, e instantes después la imagen de Diist -ampliada, claro está, de tamaño- se materializaba en un extremo del recinto. Aunque sabía que su presencia no era material -no habría podido serlo sin que uno de los dos, o ambos, muriera de forma instantánea-, no pude evitar dar un brusco salto hacia atrás de forma instintiva; cuando durante toda tu vida has estado acostumbrado a manejar imágenes mentales de la gente sin el menor contacto no ya físico, sino incluso visual con nadie, encontrarte de repente con alguien al lado tuyo, por más que su presencia sea virtual, es capaz de sobresaltar incluso al más templado.

Finalmente logré sobreponerme a mis ancestrales prejuicios y, expandiendo amistosamente mis membranas, emití un pseudópodo en cuyo extremo inserté un orgánulo fotosensible en la longitud de onda adecuada, con el cual saludé a mi amigo de la manera más afable y desenfadada que supe. Por fortuna en la escuela se sigue enseñando, pese a las

continuas protestas de los alumnos, el antiquísimo y ya obsoleto código intergaláctico, pero hacía tanto tiempo que no lo practicaba, que me resultó dificultoso articular las palabras.

-Xrrrtpqsssg, ¿qué haces tú aquí? -se asombró Diist al descubrir mi presencia.

-He venido a visitarte. -respondí con torpeza- ¿Qué tal te encuentras?

-¿Cómo quieres me que encuentre? Fatal, por supuesto. -respondió malhumorado, haciendo restallar a la vez todos sus cromóforos; puesto que éstos forman parte de su anatomía, al menos se evitaba el incómodo proceso de tener, como yo, que generarlos.

Desde luego, el aspecto macilento de su antaño atildado exoesqueleto era buena muestra de que no mentía.

El inicio de la conversación no podía haber sido peor; pero la culpa no era mía, evidentemente, sino del deplorable estado anímico del desgraciado Diist. Éste, no obstante, era consciente de todo lo que significaba mi visita, por lo que adoptando el color mate que en su pueblo correspondía a la humildad -mate para mis limitados sensores cromáticos, es de suponer que se me escapaban multitud de matices a causa de mi reducida sensibilidad a esa región del espectro electromagnético- me pidió disculpas por su irrefrenable arrebato. Encima que venía a visitarlo, me dijo, no iba a echarle la culpa de sus desgracias...

Pese a nuestros mutuos esfuerzos, la comunicación visual resultaba forzosamente torpe y limitada, incapaz de reemplazar, siquiera en una mínima parte, a la transmisión telepática; pero era lo único de que disponíamos, y teníamos que apañarnos con ella.

Tras un buen rato de circunloquios -los squass, raza a la que pertenece mi amigo, consideran de muy mala educación ir directos al grano-, poco a poco comenzamos a hablar de su nefando pecado. En realidad mi amigo estaba deseando desahogarse con alguien, y mi visita le había resultado providencial. Así pues, se confió a mí como jamás lo habría hecho con nadie de no mediar tan dramáticas circunstancias.

-¿Cómo te atreviste a hacerlo? -le recriminé en todo paternal una vez que él hubo confesado su arrepentimiento- ¿Cómo pudiste caer tan bajo?

-No lo sé. -rezongó con una excitada zarabanda de colores difícilmente descifrable- Realmente, no lo sé. Supongo que por el afán de saborear un placer prohibido, o quizá por querer llegar más lejos que nadie...

-Mira, Diist. -respondí con afabilidad- Yo ni entro ni salgo en tus andanzas, sabes que jamás te he recriminado nada, y ahora no va a ser una excepción; yo no soy quien para darte sermones morales, y desde luego no tengo la menor intención de hacerlo.

»Pero -añadí, arrancando de raíz su atisbo de sonrisa luminiscente- esta vez fuiste demasiado lejos. Y no lo digo porque buscaras disfrutar sexualmente con una mente irracional, sino porque resulta una inmoralidad hacerlo sin el consentimiento de la otra parte... máxime, cuando ésta es incapaz de manifestarlo siquiera.

Mi amigo encajó el brutal reproche poniéndose literalmente negro, lo que venía a equivaler, entre los de su raza, a un enmudecimiento súbito. No era de extrañar; sabía de sobra que se había extralimitado, puesto que la intrusión no consentida en una mente ajena era considerada una abominación incluso por los individuos más depravados, pero que su mejor amigo, su único amigo, de hecho, a estas alturas, hubiera recorrido tan largo camino para venir a echárselo en cara en su propio encierro... no pude evitar sentirme como un miserable. Pero lo hacía por su bien, o al menos eso pensaba.

Finalmente logró reaccionar, doliéndose de mi dureza.

-Nunca habría sospechado, Xrrrtpqsssg, que pudieras llegar a tratarme así.

-Lo hago por tu bien, Diist, y puedo asegurarte que esto no resulta nada fácil para mí. -respondí conciliador- Pero reconocerás que, de no haber obrado así, ahora no te verías en la situación que te ves...

-En eso tienes razón. -masculló- Pero es algo que ya no tiene remedio; por mucho que muestre arrepentimiento, no van a acortar mi castigo.

-¿Por qué lo harías? -suspiré. Comenzaba a sentirme cansado; el esfuerzo para comunicarme ópticamente con mi amigo me resultaba muy fatigoso, y estaba deseando volver a mi acogedora cápsula. Pero todavía no había conseguido que me explicara todo.

-Ya te lo he dicho, no lo sé. Fue una locura, lo reconozco, pero en ese momento no lo pensé. Pasaba casualmente por las cercanías de uno de los sistemas de la reserva natural del Brazo II, y sentí curiosidad por su fauna. Pedí información a la Red Central, y por ella supe que uno de los planetas del sistema, concretamente el tercero a partir de su sol, tenía vida prehumana. Los nativos son oximetábolos de clase D, y aunque poseen un instinto social muy arraigado y han desarrollado un nivel tecnológico primitivo, no están catalogados como especie inteligente debido a que no han logrado desarrollar sus potenciales mentales, a excepción de los más primitivos.

-Por ese motivo están protegidos por una reserva... una buena razón para que no te inmiscuyeras en su vida. -le interrumpí.

-Estos datos excitaban todavía más mi curiosidad. -continuó, haciendo caso omiso a mi pulla- ¿Sabes? No soy el único que ha mantenido relaciones sexuales con seres prehumanos; sólo que otros tuvieron más suerte y no los pillaron. -se lamentó con cinismo-

Y esta gente dice que el placer que se obtiene con ellos es muy superior al que nos pueda dar otro ser humano... Eso es lo que me indujo a probarlo.

-¡Por el Gran Creador Dwin! -exclamé escandalizado- ¡Si son tan... -aquí no pude reprimir una mueca de asco- primitivos que todavía no han conseguido dejar atrás la etapa del contacto físico! Si hasta se tocan... -musité, apenas con un hilo de luz.

-¡Vaya! Veo que tú también te has informado de mis andanzas. -se burló con ironía- Sí, ni siquiera han pasado de la etapa evolutiva del contacto físico, qué se le va a hacer... pero sus mentes son vírgenes, maravillosamente vírgenes, y lo que todavía es mejor, ni siquiera sospechan que el universo pueda estar habitado.

-Son tan sólo unos pobres animales sordos, mudos y ciegos. ¿Cómo pudiste encapricharte con ellos?

-¿Y por qué tenía que sentirme obligado por unas normas tan convencionales como discutibles? ¿Qué mal hacía a nadie?

-Se lo hacías a ellos. -objeté- Está demostrado que este tipo de relaciones pueden acarrear trastornos irreversibles en las mentes de estos seres primitivos.

-¿Y qué? No son personas, sino simples animales. Además, son una auténtica plaga en su planeta, se reproducen de un modo tan salvaje que están agotando sus recursos naturales a marchas forzadas... ¡e incluso se diezman entre ellos mismos! No, amigo, no te equivoques. Estos seres no evolucionarán hacia la humanidad como lo hicieron tus antepasados o los míos, estos seres caminan derechos hacia su autodestrucción. ¿Por qué protegerlos si ellos mismos son su propia plaga?

-Aunque así fuera. Siguen teniendo sus derechos, y uno de ellos es el de no inmiscuirnos en su vida.

-De acuerdo, obré mal, y estoy arrepentido... -yo no estaba tan seguro después de sus últimas afirmaciones, pero comprendía su amargura- pero tampoco se puede considerar que causara ningún daño apreciable en la especie, tan sólo me relacioné con unos cuantos individuos.

-¿Cuántos? -pregunté, sin venir realmente a cuento.

-¡Oh, no demasiados! Tan sólo unos centenares, quizá unos miles; es difícil calcularlo en mitad de tanta superpoblación. Yo lanzaba mis copuladores mentales al azar, y supongo que sólo los especímenes más receptivos respondían a mis intentos. Nunca lo supe con exactitud, resulta de todo tipo imposible discriminar entre los diferentes sujetos, tú percibes la suma de todos los estímulos individuales; éste es otro de los atractivos de la mal llamada zoofilia. -añadió malicioso- Y por si fuera poco, estos seres son tan sorprendentemente

efímeros, que pese a que mi estancia allí no pasó de dos o tres wuuns, para ellos transcurrieron varias docenas de generaciones. En tales circunstancias, ¿para qué armar tanto escándalo?

-En eso tienes razón. -concedí- A veces, las sociedades protectoras se exceden en su celo proteccionista. Pero lo peor no fue eso. ¿Sabes que tu breve jugra provocó un desequilibrio en el hábitat que obligó a intervenir a las autoridades responsables para reequilibrarlo? Mucho me temo, mi querido amigo, que organizaste una buena...

-¿Bromeas? -puesto que los squass son incapaces de falsear sus códigos luminosos, supe que su sorpresa no era fingida- Si se trató de una simple chiquillada...

“Eso crees tú”. -pensé para mí, recordando a tiempo que todo ese lío ocurrió con posterioridad a su condena y aislamiento, razón por la que el pobre Diist no tenía modo alguno de saberlo.

-Lo digo completamente en serio. Verás, resulta que esa especie es muy peculiar, digamos que sus mentes, pese a su primitivismo, son extremadamente sensibles... y tú no pudiste entrar en ellas de una manera más violenta. Hiciste mucho daño, mucho más de lo que pudieras imaginar.

-Yo no sabía...

-No tenías modo alguno de saberlo. De hecho, ni tan siquiera los científicos que custodian la reserva lo sospechaban siquiera hasta que no interviniste y descubrieron sorprendidos las consecuencias de tu incursión. Esa especie es algo extraño, sin parangón alguno con el resto de la galaxia; no son inteligentes, por supuesto, y ni tan siquiera han conseguido desarrollar algo tan básico como la telepatía subvolitiva; es más, los expertos dudan de que puedan llegar a alcanzarla siquiera.

-¿Entonces? -Diist estaba cada vez más perplejo.

-Ahí es donde radica precisamente su singularidad. Sus cerebros, aunque primitivos, presentan unas singularidades únicas que les permiten emanar una especie de... digamos empatía social, lo que los convierte en algo más parecido a un organismo múltiple que a un conjunto de individualidades independientes, tal como suele ser habitual en la inmensa mayoría de las razas.

-Pero yo no...

-Sí, lo sé, tú tan sólo te ayuntaste con un mínimo grupo de especímenes, un porcentaje irrelevante en el conjunto de su población; pero no consideraste la existencia de un efecto multiplicador, una reacción en cadena que extendió la perturbación a la práctica totalidad

de los individuos del planeta. De hecho, los técnicos todavía no han conseguido corregir totalmente los efectos de tu incursión.

-¿Cómo pudo ser eso? -preguntó afligido.

-Ya te lo he dicho, estos seres presentan un comportamiento mental y social de lo más peculiar... pese a que sus relaciones entre ellos están reducidas a algo tan arcaico como una especie de códigos acústicos. Imagínate lo que pasaría si sus cerebros llegaran a dominar mínimamente los medios de comunicación normales. Al parecer, los individuos con los que mantuviste relaciones vieron alteradas sus pautas de comportamiento y se convirtieron en catalizadores de unos extraños movimientos sociales que ningún estudioso ha llegado a comprender lo suficientemente bien. Resulta difícil transcribir sus conceptos a un lenguaje civilizado, y todavía más con este maldito código luminoso que me tiene ya más que hartado; pero al parecer comenzaron a barajar conceptos tales como *éxtasis*, *profetas*, *mensajes divinos*, *dioses*... vete tú a saber lo que querrán decir con eso. Lo cierto, es que a raíz de ello crearon unas curiosas filosofías a las que bautizaron como *religión*, un concepto inexistente para nosotros y que, por lo tanto, resulta prácticamente imposible de traducir, pero que supuso un cambio radical en la evolución social de su especie... aunque vete a saber si fue para mejor o para peor, ya que con unos seres tan raros no hay forma humana de sacar unas conclusiones fiables.

-Pues sí que la hice buena...

-Quizá te consuele saber que los etólogos te están muy agradecidos, ya que les has proporcionado un interesante problema para estudiar; hasta ahora, habían estado muy aburridos.

Aquí concluyó la parte interesante de la conversación, ya que el resto la misma derivó hacia cuestiones intrascendentes que no merece la pena recordar. Cuando finalmente me despedí de mi amigo, no sin antes prometerle que volvería a visitarle cuando pudiera, me sentía tan agotado que apenas tuve fuerzas para volver a mi cápsula y abandonar ese maldito recinto que bloqueaba todos mis sentidos. Una vez estuve fuera, saboreando las deliciosas ondas mentales que fluían por toda la galaxia, me dediqué a descansar expandiendo al máximo mis membranas, al tiempo que reflexionaba sobre la paradoja en la que se había sumido mi amigo; abyecto criminal para unos y degenerado para la mayoría, lo cierto era que había provocado una situación interesante en un mundo perdido, por lo demás insignificante e ignorado por casi todos. Gracias a él, y a su involuntaria travesura, se había originado un interesante problema científico -en esto no le había mentado- que mantendría ocupados a los estudiosos durante bastante tiempo, y eso no se podía decir que fuera necesariamente negativo... lo que no le eximiría de cumplir su castigo.

Por cierto, ¿qué diantre sería eso de la *religión*?

INVASIÓN

Vinieron los marcianos.

Y predicaron su religión.

CONTACTO

Extraterrestre octópodo busca chica sin prejuicios. Discreción.

EN LAS RIBERAS DEL OCÉANO DE LAS GALAXIAS

-Es evidente que los extraterrestres no existen.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -pregunté a mi vehemente amigo.

-Porque no contamos con la menor prueba de ello. -aseveró con aplomo- O, mejor dicho, todas aquellas que se han intentado esgrimir como tales han resultado ser falsas, cuando no fraudulentas.

-En eso estoy de acuerdo contigo. -concedí de buena gana- Y desde luego, toda esa caterva de iluminados, pícaros y embaucadores que lograron poner de moda temas tales como los ovnis, los astronautas prehistóricos y demás parafernalia por el estilo, por supuesto siempre en beneficio propio, han hecho mucho daño a la investigación seria de estos fenómenos. Pero esto no quiere decir que...

-No quiere decir nada. -me interrumpió- Porque, insisto en ello, no existe ni un solo caso real cuya certeza haya podido ser constatada.

-Que no tengamos pruebas no quiere decir que no existan; lo único que demuestra esto es que, al día de hoy, no nos ha sido posible encontrarlas. -objeté, empeñado en ejercer de abogado del diablo.

-Bobadas. -su tesón era realmente berroqueño- Tendríamos que haberlos visto siquiera alguna vez, deberían haber dejado algún rastro... auténtico, por supuesto. -remachó- Es de todo punto imposible que hayan podido pasar por aquí sin que quedara el más mínimo vestigio de su presencia.

-Puede que pusieran especial interés en evitarlos...

-Sí, ya lo sé, conozco esa teoría que afirma que los extraterrestres nos observan a distancia, evitando cuidadosamente ser descubiertos para no influir en nuestra evolución... se trata de una excusa muy hábil, pero no me convence. No se puede estudiar un sistema sin interactuar de algún modo con él, como muy bien saben los naturalistas cuando investigan la vida de los animales; aunque procuran no perturbarlos en su hábitat natural, las interferencias no se pueden suprimir en su totalidad por mucho que se minimicen. Y nosotros, convendrías en ello, seríamos lo suficientemente perspicaces como para darnos cuenta de ello o, cuanto menos, para sospecharlo; demonios, no somos ni focas ni avestruces...

-¿Tú crees? -le rebatí.

-¿Cómo puedes decir eso? -se revolvió furioso- Tendrás que darme una buena razón para convencerme.

-Como quieras. -sonreí- Pero para ello, tendrás que renunciar a cualquier tipo de antropocentrismo previo.

-¿Qué pretendes decirme? -preguntó suspicaz.

-Algo tan sencillo como que, si dejáramos de considerarnos el ombligo del universo, quizá podríamos llegar a entender las verdaderas razones por las que no hemos sido capaces de descubrir la existencia de nuestros hipotéticos vecinos cósmicos... a lo mejor resulta que todo se debe a que no somos lo suficientemente importantes como para encontrárnoslos en nuestro camino.

-¡Bah! -bufó con desprecio- Eso que dices es completamente absurdo. Admito que, para los parámetros de una raza capaz de viajar por las estrellas, nosotros no pasáramos de ser una tosca y atrasada raza primitiva, ¿pero eso qué demuestra? Hasta los integrantes de la más remota tribu amazónica serían capaces de percibir que los visitantes blancos provenían del exterior de la selva, y desde luego en caso de intentar pasar desapercibidos no serían los exploradores occidentales quienes lo consiguieran sino antes bien al contrario, y el caso que estamos considerando no tendría por qué ser demasiado diferente.

-Mi querido amigo, -respondí displicente- olvidas que, aun rebajándote a la categoría de hombre primitivo, a escala galáctica por supuesto, sigues pecando de antropocentrismo. ¿Acaso no eres capaz de imaginar que los humanos no alcanzáramos a ser ni tan siquiera eso?

-Vaya, o mucho me equivoco, o intentas reducir al hombre a la categoría de mero animal... -ironizó.

-¿Y por qué no? -porfié.

-En poca estima te tienes... En cualquier caso, -insistió- incluso los animales son relativamente capaces de percibir las perturbaciones artificiales de su entorno... a no ser, claro está, que reduzcas a la humanidad a la categoría de percebes...

-En realidad no es necesario llegar a tanto. -concedí- Tenemos ejemplos más cercanos, y más familiares, como es el caso de las ratas de alcantarilla.

Mi amigo se echó a reír a mandíbula batiente. Cuando finalmente pudo contenerse, entre jadeos, exclamó:

-Muy divertida la comparación. Así que nosotros... así que nosotros...

Y estalló de nuevo en carcajadas. Pero al ver el semblante serio de mi rostro, acabó preguntándome desconcertado:

-¿Y en qué te basas para decir eso?

-Tan sólo pretendía ponerte el ejemplo de una especie animal capaz de vivir a nuestro lado sin necesidad de interactuar con nosotros... no es difícil imaginar que muchas ratas puedan nacer, vivir y morir sin haber visto un humano en su vida, por más que sus madrigueras se encuentren en el corazón mismo de nuestras ciudades.

-¡Para el carro! -de nuevo había retomado los bríos tras su momentánea desorientación- Eso que afirmas es cierto, no lo discuto, pero no menos cierto es también que muchas ratas sí tienen ocasión de vernos, no sólo en el interior de las alcantarillas... a los poceros, claro, sino también fuera de ellas; porque las ratas salen a la calle, no me lo negarás...

-Claro que no, se trata de algo evidente. -concedí- Precisamente por eso es por lo que las perseguimos, porque podrían acabar convirtiéndose en una plaga. Pero imagina por un momento que las ratas, por la razón que fuera, no abandonaran jamás la seguridad de sus tranquilas alcantarillas y vivieran la totalidad de su existencia en el interior de las mismas... ellas jamás verían a un humano salvo, claro está, a los poceros, algo que según los parámetros de sus cortas vidas tan sólo ocurriría de forma excepcional. Y como tampoco invadirían el hábitat de sus anfitriones, no serían perseguidas por éstos. Para la inmensa mayoría de la población roedora, en consecuencia, los humanos ni existirían siquiera... lo cual, evidentemente, no concordaría con la realidad.

-No se puede negar que el cuento te ha quedado muy bonito. -gruñó, al tiempo que se removía inquieto en su asiento- pero por desgracia, tu argumentación tiene un fallo grave.

-¿Cuál? -pregunté fingiéndome ignorante.

-Está claro; tal como acabo de decir, las colonias de ratas siempre acaban saliendo tarde o temprano de las alcantarillas, supongo que a causa de la escasez de comida, del aumento de población o de ambas cosas a la vez... por esta razón, resulta ilógico presumir que se fueran a mantener escondidas en sus seguros refugios de manera indefinida. Aplicándolo a tu analogía, ¿no sería inevitable que los humanos acabáramos tropezando algún día con esas hipotéticas razas galácticas en cuyas alcantarillas cósmicas habríamos estado viviendo hasta ahora sin saberlo? Al fin y al cabo ya hemos sido capaces de explorar la casi totalidad del Sistema Solar con nuestras sondas espaciales; el resto es tan sólo cuestión de tiempo.

-Por supuesto. -respondí con tanto aplomo que el cuerpo de mi amigo se estremeció de parte a parte sin que él fuera capaz de evitarlo- Por supuesto.

-¿Quieres decir que...? -preguntó con un hilo de voz antes de sumirse en un ominoso silencio; al parecer, estaba empezando a comprenderlo.

-Así es. -reconocí- Cuando las ratas comienzan a salir de sus madrigueras comienzan a convertirse en una molestia, cuando no en un peligro, y por lo tanto es entonces cuando han de ser exterminadas en prevención de que pudieran acabar transformándose en una plaga.

-Y nosotros... -dejó la frase inconclusa.

-La humanidad está empezando a abandonar la seguridad de las alcantarillas. -sentencié, remarcando ya sin disimulo mi distanciamiento de la primera persona del plural al referirme a ella- Y la gente de allá afuera ha comenzado a alarmarse. Por eso me enviaron a investigar aquí antes de que fueran adoptadas las medidas pertinentes.

* * *

Una semana después según el calendario terrestre, y ya desde la cómoda lejanía de nuestra base lunar, pude ser testigo privilegiado de la esterilización del planeta. Por fortuna mi desagradable misión de *pocero* -vaya, se me había pegado el impremeditado símil- había concluido ya, pero necesitaría un período de reposo bastante prolongado para poder recuperarme tanto física -en el sentido literal de la palabra, dado que adoptar la morfología de los humanos me había resultado extremadamente incómodo- como mentalmente, a causa de la repugnancia que había tenido que vencer a la hora de habitar, siquiera de forma temporal, en mitad de tanta inmundicia haciéndome pasar por uno de ellos. Pero la misión había merecido la pena, ya que gracias a mis informes la amenaza de esa plaga potencial había sido conjurada de forma satisfactoria antes de que pudiera llegar a ser demasiado tarde.

GLOBALIZACIÓN (I)

-Disculpe, caballero. -exclamó una voz atiplada- ¿Sería tan amable de indicarme el camino hacia el astropuerto más cercano? Me temo que he debido de despistarme...

Sorprendido por tan extraña pregunta, abandoné el ensimismamiento en el que había estado sumido al constatar que ésta iba dirigida precisamente a mí... descubriendo con perplejidad que mi interlocutor era un ser de baja estatura -no llegaría ni al metro y medio-, piel de tonos mostaza moteados en violeta, dos tentáculos superiores al parecer prensiles, una corona de cinco o seis inferiores sobre los que se apoyaba el rechoncho -y aparentemente desnudo- cuerpo, y dos eréctiles antenas sobresaliendo de lo que supuse sería la cabeza. Los ojos, o algo que se les parecía, se encontraban situados justo en los extremos de las antenas. No pude identificar, por el contrario, la boca ni ninguna otra cosa que pudiera ser considerada como un aparato fonador, por lo que supuse -no me pregunten como- que se habría dirigido a mí merced a algún tipo de telepatía.

Perplejo por la naturaleza del individuo, pero tranquilizado por su exquisita amabilidad, le respondí:

-Lo lamento mucho, señor, pero no tengo noticias de que existan unas instalaciones de esa naturaleza en todo el planeta; debe de haberse equivocado.

-¿Cómo? -exclamó sorprendido- ¿No nos encontramos en XP-47925/7Q, tercer brazo de Orión?

-Que yo sepa no... Esto es la Tierra, Sol III, Vía Láctea...

-¡Oh, no! -se lamentó desolado al tiempo que su color se tornaba gris ceniciento- Estos chapuzas de la agencia de viajes han vuelto a meter el tentáculo. ¡Se van a enterar, como que me llamo Xjrrrrpwwq!

Dicho lo cual se perdió entre la multitud que abarrotaba la plaza dejándome con la palabra en la boca. Realmente, parecía estar bastante *cabreado*.

GLOBALIZACIÓN (II)

La señora, a la que siendo benévola se le podría definir como de mediana edad, deambulaba por los pasillos del supermercado arrastrando la cesta en la que se amontonaba el fruto de su compra.

Daba la vuelta a una estantería en busca de la sección de charcutería, cuando de repente se topó con una figura que le ofrecía, en ademán aparentemente amistoso, un pequeño cuenco con una cuchara de plástico y una pasta de aspecto y color indefinidos en su interior.

-¿Desea probar el schluss? -la interpeló ésta con un extraño y chirriante acento-. Es una especialidad de Naamún, famosa en todo el sector de Sirio. Está elaborado exclusivamente con vegetaloides endémicos del planeta, por lo que cuenta con certificación vegana y también como alimento ecológico respetuoso con las emisiones de gases de efecto invernadero, ya que los vegetaloides son anaerobios. Lo importamos en exclusiva para la Tierra, y este supermercado ha sido elegido como uno de los centros piloto para darlo a conocer.

La interpelada se quedó perpleja no tanto por la parrafada, de la que no había entendido la mayor parte, sino por el exótico aspecto de su interlocutor, remotamente parecido a un langostino de talla humana con un caparazón de tonos purpúreos y cuatro pares de patas articuladas, los dos inferiores oficiando de piernas y los dos superiores como brazos, uno de los cuales había extendido frente a ella sosteniendo el cuenco con lo que parecían ser unas pinzas.

Pensaba, sin duda, que las promociones publicitarias recurrían a prácticas cada vez más extravagantes, como cuando se había visto sorprendida en otro supermercado del barrio por un vendedor -o vendedora, vete a saber- disfrazado de Darth Vader, con espada láser incluida, ofreciendo a los clientes unos nuevos pastelitos de sabor galáctico.

Pero, para su sorpresa, constató que su interlocutor, con cerca de dos metros de altura sin contar la cimbreante cola, no podía ser en modo alguno un figurante disfrazado; era imposible que cupiera nadie en esa estructura corporal, y las extrañas articulaciones eran de todo punto incompatibles con la anatomía humana. Y tampoco parecía tratarse de algún tipo de artilugio mecánico...

El vendedor, incomodado por la falta de respuesta, insistió:

-Pruébalo, le aseguro que está exquisito. Además, con la oferta de promoción tiene un precio muy competitivo -añadió al tiempo que le acercaba la mano-pinza con el cuenco.

La pobre no pudo más y, soltando un gritito -hasta la voz se le había paralizado-, dio media vuelta y huyó despavorida, lo que casi provocó que derribara una pila de cajas de mantecados, dejando abandonada la cesta con la compra.

-Ya decía yo que esto no iba a dar resultado -se lamentó con amargura el crustáceo alienígena abatiendo las antenas-. Por mucho que se empeñen los directores de ventas, este planeta sigue estando demasiado atrasado para intentar abrir en él nuevos mercados. Pero no, no son ellos los que vienen a estos andurriales a intentar convencer a los nativos para que compren nuestros productos, somos los pobres pringados los que tenemos que comernos el marrón mientras ellos siguen cómodamente sentados en sus despachos. ¿Y ahora qué hago yo con las tres toneladas de schluss que traje en la nave espacial, si no he conseguido vender ni una sola lata? Y por si fuera poco -añadió mirando de soslayo el arcón que tenía al lado, repleto de marisco congelado-, ni siquiera estoy seguro de que las aficiones gastronómicas de esta gente no vayan por otro lado más peligroso para mí.

Pero viendo que se acercaba otro cliente potencial, en esta ocasión un joven de aspecto un tanto pijo, irguió las antenas y, adoptando la pose que le habían enseñado en el cursillo de capacitación, le ofreció el cuenco al tiempo que repetía la misma cantinela.

INVASIÓN FALLIDA

Los Xxrrjps, la raza más belicosa de todo el universo conocido, sufrieron el primer fracaso de su larga trayectoria como conquistadores en su intento de apoderarse de la Tierra.

Y es que con cruceros de cinco centímetros de longitud, por muy bien armados que estuvieran, les resultó materialmente imposible derrotar a los gigantescos nativos.

EL CAJERO AUTOMÁTICO

-Di, papá, ¿quién le da dinero a ese señor por la ventana?

La *ventana* era un cajero automático que acababa de usar un cliente. El padre, tras dudar durante unos segundos, respondió:

-¿Quién va a ser? Un enanito que está escondido allí dentro... una persona normal no cabría, eso es muy estrecho.

Al fin y al cabo su hijo tenía tan sólo cinco años, y no era cuestión de llenarle la cabeza con abtrusos conceptos informáticos que ni siquiera él era capaz de comprender demasiado bien.

-¿Cómo los enanitos de Blancanieves? -se entusiasmó el pequeño.

-Bueno, no exactamente... -dudó su progenitor, atrapado por la implacable lógica infantil- sí, en realidad es algo parecido, pero en moderno. Entonces no se habían inventado todavía los cajeros automáticos.

-¡Ah, ya! -admitió el niño, pese a no haber entendido nada en absoluto; aún no era capaz de cuestionar la infalibilidad paterna.

Y ambos doblaron la esquina, alejándose calle adelante. Instantes después se entreabría una trampilla situada en la base del cajero, de la cual surgió con sigilo una figura de no más de un metro de estatura que, tras atisbar cuidadosamente a uno y otro lado para comprobar la ausencia de posibles testigos molestos, cerró apresuradamente la trampilla y, corriendo a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas, se escabulló en dirección a un portal cercano perdiéndose en la oscuridad del zaguán.

Si alguien le hubiera observado, habría podido oírle mascullar unas palabras que le resultarían ininteligibles, y que traducidas vendrían a equivaler a:

-Harto estoy ya de tanto espionaje idiota y sin sentido. ¿Cuándo entenderán que la Tierra es un planeta tan primitivo que la invasión va a resultar un juego de niños? ¿Para qué tanto empeño en retrasarla mientras nos siguen teniendo aquí recabando una información inútil? Si fueran ellos los que, en lugar de estar todo el día sentados en sus cómodos sillones allá en Xfrixpq, tuvieran que pasarse tantas horas encerrados aquí dentro aguantando a estos estúpidos terrestres, seguro que se habrían dado bastante más prisa. Pero no, mientras tengan imbéciles para hacer el trabajo sucio, ellos tan contentos. Y hala, después de echar la meada, otra vez al ataúd... ¡Maldita sea!

Mientras tanto, en la pantalla del aparato campeaba la siguiente advertencia:

**CAJERO AUTOMÁTICO TEMPORALMENTE FUERA DE SERVICIO
DISCULPEN LAS MOLESTIAS
EN BREVE VOLVEREMOS A ATENDERLOS**

CORTOCIRCUITO

Aunque me avergüence reconocerlo, me veo obligado a admitir que acabé encariñándome a mi modo de los terrestres. Esta afirmación escandalizaría sin duda a cualquiera de mis colegas, imbuidos como están del sacrosanto precepto que con tanta insistencia nos inculcaban a todos ya desde nuestros primeros días en la Academia: un controlador jamás tiene que dejarse llevar por el más mínimo sentimiento de afecto hacia los sujetos que investiga. Esta prohibición tiene, como es natural, su justificación: tan sólo podrás desempeñar de forma objetiva tu trabajo si eres capaz de mantener una distante indiferencia hacia unos seres que, posiblemente desde su punto de vista, se verán perjudicados de una u otra manera por tu intervención.

Esto es cierto, lo entiendo y, aún más, hasta el inicio de esta misión yo estaba convencido de ello, a pesar de no ser precisamente un novato sino un agente veterano con una larga y brillante hoja de servicios a mis espaldas. Pero los terrestres eran especiales, jamás hasta entonces me había encontrado con una raza como ésta, y la marca que dejaron en mí, mucho me temo, será indeleble. Por lo demás, poco me importa ya que mis superiores descubran este aparente signo de debilidad, dado que he decidido renunciar a mi carrera de controlador. Poco me importa, pues, la posible amenaza de un expediente, una sanción o incluso el castigo extremo de la expulsión del Cuerpo, ya que yo me adelantaré de forma voluntaria a todas ellas.

¿A qué se debe esta aparente crisis de identidad? En un principio los terrestres no eran, según los informes llegados a nuestro departamento, sino una de tantas razas semirracionales que abundan a lo largo y ancho del universo, de todas las cuales las estadísticas indican que tan sólo una mínima parte logrará franquear el umbral de la civilización pasando a integrarse por derecho propio en el seno de la comunidad galáctica, tal como lo hiciera hace ya tanto tiempo mi propia especie. En cuanto al resto, la mayoría se limitará a cumplir su ciclo vital sin interferir fuera de los estrechos límites de sus respectivos sistemas planetarios. Claro está que siempre resta una minoría capaz de crear problemas, y es entonces cuando entramos en escena los controladores, también motejados por nuestros críticos, no sin razón aunque las connotaciones empleadas por ellos sean claramente negativas, los esterilizadores.

Ésta es en esencia nuestra labor, la de controlar a toda aquella especie susceptible de convertirse en una plaga adoptando los medios necesarios para conjurar la amenaza, los cuales suelen ser, por lo general, la esterilización del planeta de origen de las mismas, tal como se acabó haciendo en la Tierra. Evidentemente antes de proceder a una decisión tan drástica e irreversible es necesario realizar un estudio de campo, y eso sólo lo podemos hacer los controladores, convenientemente mimetizados, desplazándonos hasta el planeta objeto de estudio para una vez allí, camuflados entre la población local, recabar toda la

información necesaria hasta que el informe queda terminado. Sólo si éste determina que la raza dominante local es susceptible de convertirse en plaga se procede a la esterilización del planeta, cuidando de que abarque a la totalidad de la población dado que, de no ser así, la plaga podría acabar rebrotando tarde o temprano, con lo que el esfuerzo habría resultado baldío. Ese trabajo sucio no lo llevamos a cabo los controladores sino los ejecutores, pero es responsabilidad nuestra que tenga lugar o no.

Yo fui uno de los controladores que investigaron en la Tierra, tal como he dicho. En realidad inicié mi labor en el convencimiento de que se trataba de una misión rutinaria más, en nada diferente a cualquiera otra de las anteriores; ¡cuán equivocado estaba! Los terrestres, tal como pronto tuve ocasión de comprobar, presentaban varios rasgos típicos de las razas preplaga: pese a lo efímero de sus ciclos vitales -mi estancia allí, pese a no ser demasiado prolongada, abarcó varias de sus generaciones, obligándome a cambiar de identidad cada cierto tiempo para no levantar sospechas por mi inusitada longevidad conforme a los parámetros locales-, su extremada prolificidad compensaba con creces este inconveniente, de modo que cuando llegamos allí ya padecían unos preocupantes índices de superpoblación a los que se sumaban, agravando el problema, la esquilmación feroz de los recursos naturales y la degradación sin freno del medio ambiente, todo lo cual presagiaba un futuro ciertamente sombrío.

Si los terrestres no hubieran resultado ser tan peculiares no habríamos tenido demasiado problemas, ya que la crisis habría tendido a resolverse por sí sola sin necesidad de intervención alguna por nuestra parte; tal como solemos decir en estos casos, aunque por su vulgaridad procuramos utilizar la expresión tan sólo entre nosotros, los terrestres habrían acabado ahogándose en su propia mierda, y asunto solucionado. Por si fuera poco, comprobamos también que el potencial autodestructivo de estos especímenes era excepcionalmente alto, de modo que las matanzas entre sus diferentes tribus habían actuado tradicionalmente a modo de eficaz método de control de la natalidad, habiendo estado a punto incluso, poco antes de nuestra llegada, de arrasar el planeta gracias a su irresponsable utilización con fines bélicos de la entonces recién descubierta energía nuclear.

Pero no, pese a todos los indicios, los terrestres no estaban en modo alguno dispuestos a evitarnos todas las molestias de nuestro trabajo. Una vez establecida nuestra red de investigación, pronto descubrimos que, una vez superado el riesgo de un conflicto global -aunque persistían los locales en toda su tradicional virulencia-, los terrestres no sucumbirían como especie, ni tampoco volverían a sufrir un colapso tecnológico o cultural, como había sucedido en varias ocasiones a lo largo de su corta historia, que retrasara siquiera lo que pronto comprendimos que resultaría inevitable: el desbordamiento de su esquilmado planeta y su conversión en plaga que, si no poníamos los medios para evitarlo, acabaría extendiéndose por todo el sector estelar vecino.

Esto era algo que de ningún modo podíamos consentir, máxime cuando el potencial atávico de estos seres se reveló ser inusitadamente elevado. Por sorprendente que resulte, y supongo que nuestros estudiosos tendrán material de sobra para sus investigaciones durante bastante tiempo gracias a la ingente cantidad de información que les suministramos, los terrestres conjugaban un acendrado primitivismo con un desarrollo tecnológico insólito en una raza de sus características, sin que existiera precedente alguno en toda la historia del Cuerpo. De hecho, hasta a un profano le llamaría la atención que unos salvajes de tal calibre pudieran ser capaces de saltar fuera de su sistema planetario en estadios tan primitivos de su evolución, algo todavía más llamativo si cabe teniendo en cuenta que este inusitado desarrollo tecnológico había tenido lugar en el transcurso de un breve ciclo de generaciones... sin que en tan breve lapso de tiempo los siempre lentos mecanismos evolutivos hubieran sido capaces de atemperar, como cabe suponer, sus atávicos instintos primordiales.

Las conclusiones del informe, pues, no podían ser otras que las de recomendar la esterilización inmediata del planeta, dado que el peligro era tan cierto como evidente. De hecho, pocas veces en la historia del Cuerpo sus responsables habían estado tan seguros de la sentencia. Yo también estuve conforme con las conclusiones del resto de mis compañeros, pero a diferencia de ellos no deseaba la esterilización de los terrestres pese a estar plenamente convencido de la peligrosidad de los mismos. ¿Qué me inducía a ello? Pues algo tan sencillo como la certeza de que el azar había puesto en nuestro camino un caso único en toda la galaxia, de modo que esterilizando la Tierra acabaríamos con una de las razas más vigorosas y emprendedoras, pese a sus evidentes lacras, que jamás había surgido sobre la faz del universo. Dicho con otras palabras, renunciaríamos a una savia nueva de la cual podríamos llegar a estar muy necesitados.

Mirémonos a nosotros mismos, las orgullosas razas que conformamos la comunidad galáctica. Somos civilizados, nuestra tecnología nos proporciona todo cuanto necesitamos, y nuestras vidas transcurren con una placidez exenta por completo de sobresaltos. La situación, a priori, no puede parecer más perfecta. Pero, ¿somos felices? Muchos de nosotros lo afirmarían sin titubear un solo instante, pero yo comienzo a tener mis dudas. Pese a nuestra aplastante prosperidad, o quizá precisamente a causa suya, ¿no estaremos empezando a estancarnos? ¿No habremos perdido ya, de forma irreversible, el vigor de la juventud y, con él, la posibilidad de eludir los primeros síntomas de una preocupante decadencia, camino seguro hacia la extinción? Existen ya pensadores que están convencidos de ello.

Sin embargo, vigor era lo que les sobraba a los impetuosos terrestres. Ciertamente con él iban entreverados esos desagradables instintos agresivos que tanto nos repelían, pero ¿por qué no darles una oportunidad? ¿Por qué no otorgarles un margen de confianza dejando que esas afiladas aristas se fueran limando por sí solas? Es verdad que no existía ningún precedente de evolución de ese tipo, pero no menos cierto era también que jamás nos

habíamos encontrado con una raza igual a la terrestre, con lo cual de esterilizarlos perderíamos una ocasión única difícilmente repetible en un futuro. Desde mi punto de vista, pues, merecería la pena intentarlo, aplazando la esterilización hasta que no se tuviera la certeza de que su evolución había llegado a un callejón sin salida conforme a nuestros intereses.

Además, el riesgo a correr sería limitado y en modo alguno peligroso, por más que a nuestros superiores les hubiera entrado la histeria. En realidad, aunque desbordaran las fronteras de su planeta poco daño podrían hacer, dado que los planetas habitados más cercanos seguirían encontrándose fuera de su alcance durante al menos bastante tiempo, mientras que todo lo que pudieran llegar a destrozar en el curso de su expansión sería fácilmente reparable una vez evacuados de allí.

Entonces, ¿a qué venía tanta prisa? ¿Por qué esa interpretación tan tajante e inflexible de una normativa que había sido redactada antes de conocerse un caso tan singular como el terrestre? Así lo expresé en el voto particular que incluí en mi informe, sin que sirviera para alcanzar el menor resultado positivo. Es por ello por lo que he decidido abandonar el Cuerpo, dado que estimo que hemos echado a perder una ocasión única para estudiar una raza tan singular como la terrestre; aunque mucho me temo que, de volvernos a encontrar en una situación similar, lo más probable sería que la malográramos de nuevo.

Nada pude hacer, pues, por evitarlo, y la totalidad de la población de la Tierra fue finalmente esterilizada. Ahora los terrestres son felices, dicen los defensores de tan drástica medida; sus cerebros están libres de instintos atávicos, ha desaparecido su agresividad por vez primera en su historia, y su comportamiento hacia sus propios congéneres, hacia el resto de las especies con las que comparten su hábitat e incluso hacia ese mismo hábitat es ahora infinitamente más respetuoso de lo que lo fuera antes. Problemas tales como la superpoblación, las guerras y la contaminación pertenecen ya al pasado, y su nivel medio de vida se ha incrementado en proporciones espectaculares a la par que desaparecían las enormes diferencias que antaño existieran entre unas tribus y otras. Asimismo, y en realidad esto era lo único importante para los anquilosados gobernantes galácticos, han abandonado para siempre sus pretensiones de abandonar su sistema expandiéndose por el universo.

La amenaza ha sido conjurada, eso es cierto, pero ¿a qué precio? Los terrestres son ahora una raza mansa y tranquila incapaz de causar el menor daño ni a ellos mismos ni a nadie, pero a la par que sus defectos han perdido también todas las inquietudes que les impulsaban hacia delante, las mismas que les habían encaminado en la senda del progreso en una mínima fracción de tiempo del que necesitara una cualquiera de las orgullosas razas de la comunidad galáctica, algo en lo que por desgracia nadie parece haber reparado. Los hemos lobotomizado, tal como denuncian las asociaciones de disidentes que, pese a todo, todavía existen en el seno nuestra conformista sociedad, esos que siempre hemos tomado

por locos por oponerse a las esterilizaciones planetarias y que, sin embargo, ahora estoy convencido de que tenían razón.

Hemos exterminado una especie. No físicamente, faltaría más; seríamos incapaces de ello en nuestra civilizada e hipócrita piedad. Los terrestres siguen existiendo, extrañados quizá del brusco giro que han dado sus vidas pero ignorantes por completo de las causas que lo han producido. Pero los seres que ahora habitan en ese pequeño planeta no son ya sino los espectros de sus orgullosos antecesores, meros cascarones vacíos de los que desapareció de forma irreversible esa chispa que los hacía únicos. Sus cuerpos siguen siendo los mismos, para tranquilidad nuestra, pero sus mentes, por desgracia, ya no.

SIERVOS Y SEÑORES

INFORME DE LA MISIÓN EXPLORATORIA XB-403 AL PLANETA $3/87,5\rho/-63,42\phi/4.605e^{m7}$ (*)

Aarfgñpj, comandante-jefe de la unidad exploradora Auuhj

Conforme a las instrucciones recibidas, nos dirigimos al planeta referido por las coordenadas estelares arriba indicadas, con objeto de realizar una exploración del mismo. Gracias a los datos previos remitidos por sondas rastreadoras no tripuladas, se había llegado a la conclusión de que se trataba de un astro que presentaba grandes posibilidades de albergar condiciones adecuadas para la vida.

El sistema planetario tiene una estructura correspondiente al modelo 3-A, con un grupo de planetas interiores de naturaleza rocosa y otro exterior formado por gigantes gaseosos, junto con dos anillos asteroidales principales, el primero rocoso sirviendo de límite entre los dos grupos planetarios y el segundo, ocupando los límites exteriores del sistema, constituido principalmente por hielos condensados de materiales volátiles.

El planeta XB-403 (en aras de la sencillez, en adelante nos referiremos a él con las siglas de la misión en lugar de por sus complicadas coordenadas espaciales), gira en torno a una estrella amarilla de parámetro de convergencia 0,97, siendo el tercero en orden de distancia al sol (excepción hecha de un puñado de pequeños asteroides sin la menor importancia) y el penúltimo de los rocosos. Cuenta con un único satélite de gran tamaño (relación de masas 81:1, relación de volúmenes 49:1). Se trata de un astro muerto carente de atmósfera que orbita a una distancia media de 60 radios planetarios, lo que implica la existencia de unas apreciables fuerzas de marea gravitatoria en la superficie del planeta.

XB-403 tiene un diámetro de 0,95 Unidades Planetarias Normalizadas y una gravedad superficial de 1,07 UPN. Su inclinación orbital de 2,6 décimas de cuadrante y la duración de su día (1,16 UPN) hacen que los ciclos térmicos diario y anual caigan dentro de los valores considerados compatibles con la vida, al tiempo que permiten la existencia de grandes cantidades de agua en estado líquido que ocupan aproximadamente las tres cuartas partes de la superficie total excepto en los dos casquetes polares, donde existen grandes depósitos en forma de hielo. Otros detalles dignos de interés son la atmósfera, de composición tipo B6, con grandes cantidades de oxígeno libre de origen biológico, y

* En aras de una mejor comprensión, tanto los caracteres alfanuméricos como las coordenadas espaciales han sido transcritos a notaciones familiares para el lector. Asimismo, la transcripción fonética de los nombres propios se ha realizado de la manera más aproximada posible teniendo en cuenta la gran diferencia existente entre ambas lenguas.

presión a cota cero (determinada por el nivel medio de la superficie acuática) de 0,937 UPN, siendo inapreciable la existencia de componentes minoritarios tóxicos o peligrosos, o la presencia de un campo magnético propio (lo que indica la existencia de un núcleo férrico de considerable extensión) capaz de frenar la mayor parte de las partículas de plasma solar. En resumen (un informe detallado de todos los parámetros planetarios medidos durante el transcurso de la misión puede ser consultado en el anexo 1), puede concluirse que XB-403 reúne todos los requisitos precisos para considerarlo como potencialmente apto para la vida humana.

Ya en las primeras exploraciones telescópicas efectuadas desde la órbita se pudo comprobar la existencia de vida animal y vegetal extremadamente variada. Esta vida está basada en el carbono y, más en concreto, en ciclos metabólicos compatibles con nuestra propia bioquímica, con un porcentaje estimado de coincidencia de alrededor del 0,98, el más alto de los encontrados en todos los planetas explorados con anterioridad. De hecho, los alimentos nativos resultaron ser perfectamente asimilables para nuestros animales de laboratorio, sin que se pudieran apreciar efectos perniciosos en los mismos.

Resulta sorprendente la similitud encontrada entre la ecología nativa y la nuestra propia, hasta el punto de que, en opinión de nuestros científicos, ambas resultan ser perfectamente intercambiables. Somos conscientes de que esta cuestión avivará sin duda la discusión existente entre la escuela panespérmica y la defensora de la teoría de la evolución convergente, pero se trata de algo a lo que nos confesamos ajenos limitándonos a reflejar las evidencias experimentales sin hacer ningún tipo de especulación sobre sus posibles orígenes.

Como cabía esperar, el sistema taxonómico descubierto en XB-403 ha resultado ser, hasta donde nos ha sido posible determinar y a la espera de futuros estudios de campo más detallados, muy similar a los existentes en planetas homólogos, aunque se ha podido apreciar la existencia de algunas diferencias de índole menor que deberán ser objeto de un estudio más detallado en el futuro, pero que en ningún momento alteran nuestra conclusión final sobre la compatibilidad total ya apuntada.

El *phylum* más evolucionado de todos los observados pudo ser identificado sin demasiados problemas con el de los vertebrados, existiendo asimismo el equivalente a nuestros mamíferos. Estos animales poseen un esqueleto interno de naturaleza fosfocálcica, simetría bilateral y cuatro extremidades, son homeotermos y vivíparos, tienen la piel recubierta por una pilosidad de origen proteínico y amamantan a sus crías. La reproducción es sexual, existiendo dos sexos bien diferenciados.

Aunque la morfología de las diferentes especies de mamíferos investigadas no se corresponde en su totalidad con la de sus equivalentes en otros mundos conocidos, en la

mayoría de los casos su afinidad con éstas es notable, lo que no impide la existencia de algunos llamativos endemismos propios de este planeta.

Sin embargo, el hallazgo más importante con diferencia es el descubrimiento de la existencia de una especie inteligente que, siguiendo la pauta habitual en estos casos, se ha convertido en la dominante en el planeta. Su capacidad racional es algo que queda fuera de toda duda, ya que las huellas de su avanzada tecnología (tipo Z23, nivel 4A subestelar) son patentes por toda la superficie de su mundo.

Esta raza resultó ser homomorfa nuestra (parámetro de convergencia 0,93), lo que confirma la hipótesis panetnocósmica. Aunque su afinidad filogenética con nuestra especie es sólo relativa, siendo nula la tasa de interfertilidad existente entre ambas, la convergencia evolutiva es tan notoria que no tuvimos la menor duda a la hora de considerarlos semejantes nuestros. No obstante, la gran diferencia de nivel tecnológico entre ambas culturas, producto sin duda de su mayor juventud evolutiva, desaconsejó cualquier tipo de contacto directo con ellos, evitándose posibles influencias perniciosas en su cultura autóctona. Por este motivo, nos limitamos a recopilar información tanto desde nuestra órbita, que siguiendo los protocolos establecidos no abandonamos en ningún momento, como con sondas automáticas que, valiéndose de sus capacidades miméticas, lograron introducirse en las ciudades nativas sin ser descubiertas en ningún momento.

Gracias a ellas hemos podido comprobar que, pese a tratarse de una cultura plenamente tecnológica tal como ha sido comentado, ésta se ha desarrollado de una manera sumamente peculiar sin parangón alguno en ningún otro mundo conocido, ya que los nativos, en lugar de manipular por ellos mismos los distintos artefactos que fabrican, optaron por domesticar a una de las especies animales originarias del planeta, adiestrándolos para que fueran ellos quienes cargaran con la responsabilidad de su manejo.

En consecuencia, la especie dominante del planeta se ha limitado a desarrollar su mente, sin necesidad alguna de hacer lo propio con las habilidades prensiles que comúnmente han venido siendo asociadas a la inteligencia o a las correspondientes aptitudes tecnológicas. En realidad, y ésta es la grandeza de su cultura, no les hace ninguna falta, puesto que son sus siervos animales quienes realizan todas estas tareas bajo su vigilancia, desde las más sencillas hasta, aparentemente, las más sofisticadas, sin necesidad de realizar el menor esfuerzo por su parte.

En lo que respecta al nivel de inteligencia de estos siervos animales, aunque la premura de tiempo no nos ha permitido evaluarla con la suficiente precisión, quedando pendiente este punto para futuras expediciones, sí hemos estimado con un razonable grado de certidumbre que ésta no debe de ser especialmente elevada, limitándose estos seres a obedecer las órdenes de sus amos sirviéndoles a éstos como herramientas vivas, notablemente sofisticadas, eso sí. De hecho, son estos animales quienes realizan todas las tareas necesarias para el funcionamiento de la complicada maquinaria que mantiene en pie

a tan compleja sociedad, limitándose sus amos a beneficiarse de su trabajo sin más esfuerzos por su parte que, aparentemente, los de controlar a sus dóciles siervos, a los que por supuesto cuidan con esmero por su propio interés.

Dadas las circunstancias, y aunque evidentemente resulta todavía muy prematuro opinar al respecto, nos gustaría sugerir, como una de las hipótesis a tener en cuenta en el futuro, la posibilidad de capturar algunas parejas de estos animales con objeto de poder criarlos en cautividad en nuestros propios planetas, utilizándolos de la misma manera de la que lo hacen nuestros congéneres del planeta XB-403. Conforme a nuestras apreciaciones, consideramos que no resultaría demasiado complicado hacerlo, ya que estos animales son extraordinariamente prolíficos (hemos estimado su población total en varios miles de millones de individuos) y muchos de ellos desempeñan tareas que aparentemente no implican contacto directo con sus amos, por lo cual su desaparición pasaría, con toda probabilidad, desapercibida.

Al igual que ocurre con la especie dominante, estos siervos tienen asimismo su equivalente en nuestra fauna, los simios, a los cuales curiosamente nosotros no hemos logrado domesticar jamás. Sin embargo, los simios de XB-403 presentan ciertas peculiaridades propias que quizá sean las responsables (o puede que la consecuencia) de esta domesticación. Así, son bípedos totales y no parciales, como los nuestros, y su envergadura es asimismo mayor, superior incluso a la de sus amos. Otras características anatómicas suyas son la ausencia de cola y las mandíbulas chatas, lo que les inutiliza la boca no sólo como herramienta prensil sino también como arma, tal como demuestra el considerable atrofiamiento de la dentadura. Estas carencias se suplen al parecer, aunque de forma incompleta, por el carácter prensil de sus extremidades anteriores, las cuales utilizan aparentemente para todos estos menesteres mientras las posteriores están reservadas exclusivamente para la locomoción. Este bipedismo absoluto, desconocido hasta ahora en mamíferos, nos induce a pensar que estos animales deben de ser bastante torpes en sus desplazamientos y, como tales, fáciles presas para los depredadores, razón por la que nos inclinamos a creer que pueda ser producto de una selección genética realizada durante años por nuestros congéneres, ya que resulta difícil concebir que animales salvajes de esta naturaleza pudieran desenvolverse por sus propios medios en un ambiente hostil sin acabar extinguiéndose víctimas de sus enemigos naturales.

Lo más llamativo de su fisiología, no obstante, es su carencia casi absoluta de pilosidad corporal, algo sorprendente en un mamífero no sólo de nuestros propios mundos, sino también, hasta donde pudimos apreciar, en el propio XB-403. Tal como se puede comprobar en los hologramas adjuntos, estos animales tienen protegida la piel tan sólo en la parte posterior de la cabeza (y no siempre, ya que al parecer algunos machos maduros pierden el pelo de forma parcial o incluso total), aunque también pudimos observar machos a los que el pelo les recubría asimismo el hocico, sin que pudiéramos determinar la causa de estas aparentes anomalías. Las hembras, por el contrario, suelen preservar cubierta la

parte posterior de la cabeza (es más, en ocasiones su melena puede llegar a alcanzar longitudes notables), aunque en contraposición, y al igual que ocurre con los cachorros de ambos sexos, siempre presentan desnudo el hocico.

No pudimos apreciar el grado de recubrimiento piloso del resto del cuerpo, ya que sorprendentemente estos animales lo llevan protegido con unos extraños envoltorios de naturaleza artificial que impiden la observación de su piel. Aunque es evidente que deben de ser sus amos quienes les proporcionan estos curiosos abrigo, resulta extraño que ellos mismos no actúen de modo similar ya que a ellos, al igual que nosotros, les basta con nuestra capa de pelo natural.

Puesto que no nos fue posible capturar, ni tampoco estudiar in situ, a ninguno de estos animales, tan sólo cabe formular hipótesis al respecto, inclinándonos a pensar que pueda tratarse de una protección frente al frío que palia la ausencia de cobertura natural en estos animales. Esta suposición se apoya además en una de las filmaciones obtenidas, en la cual se aprecia, por desgracia no con la suficiente definición, un grupo de siervos que aparentemente están bañándose en la orilla de uno de los mares del planeta bajo la atenta vigilancia de algunos de sus amos. Éstos se encuentran casi desnudos a excepción de las zonas genitales y, en las hembras, también de las glándulas mamarias (tan sólo dos, en posición torácica), ambas cubiertas por esas curiosas protecciones artificiales, lo cual interpretamos como un posible método de control de la natalidad por parte de sus amos. En las zonas descubiertas se observa en la piel una ausencia casi total de vello, mucho más acusada en las hembras que en los machos, lo cual confirmaría nuestra suposición acerca de la utilidad como cobertura térmica de los citados envoltorios, dado que la temperatura ambiente estimada en dicho lugar se encontraba próxima a la temperatura corporal de los especímenes, lo que hacía innecesario este tipo de defensas frente al frío.

Poco más es lo que hemos podido determinar en esta primera exploración, aunque los datos recogidos nos permiten augurar resultados fructíferos para las futuras expediciones, razón por la que recomendamos encarecidamente que el planeta $3/87,5\rho/-63,42\phi/4.605e^{m7}$ sea catalogado como de clase prioritaria 3 α .

Se humilla dócilmente ante Su Canidad, con el rabo entre las piernas:

Aarfgñpj

NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO

Tradicionalmente, los autores de ciencia ficción popular, *pulp* o de serie B -o Z-, llámese como se prefiera, habían venido pintando a los extraterrestres con todos los pelajes posibles surgidos de su fértil imaginación, aunque por lo general éstos solían inspirar una repulsión innata -al fin y al cabo solían ser los *malos* oficiales- y asimismo, muy frecuentemente, acostumbraban a ser versiones corregidas y aumentados, en especial en lo referente a su tamaño, siempre igual o superior al humano, de los diferentes bichos de la fauna terrestre: pulpos, insectos, arañas u otros animalitos por el estilo.

Claro está que luego llegaban los aguafiestas de los científicos y de un plumazo iban y se cargaban todo cuanto de atractivo tenían éstos alienígenas, negándoles cualquier posibilidad, aun remota, de existencia real; y lo peor de todo, era que los muy puñeteros recurrían a argumentos tan irrefutables como detestables para cualquier *friki* que se preciara de serlo.

Así, por ejemplo, negaban rotundamente que pudiera haber insectos o arácnidos no ya de tamaño similar al humano, sino ni tan siquiera superior al de los mayores ejemplares vivos de ambas clases de artrópodos, es decir, a lo sumo dos o tres decenas de centímetros, y eso sólo en ambientes tropicales, lo cual no se puede decir que sea demasiado.

¿Por qué razón tenía que ser forzosamente así? Bien, argumentaban ellos, todo se debía a que los sistemas respiratorio y circulatorio de estos animalitos no lo permitía, ya que en su sencillez estaban diseñados para ser funcionales tan sólo en organismos de pequeño tamaño, resultando inviables para animales de envergadura mayor. Sí, era cierto que sus parientes acuáticos, es decir, los crustáceos, podían alcanzar tallas bastante más considerables, sólo había que ver la hermosura de las langostas o los centollos, pero eso se debía a que, por vivir en el seno del agua, su sistema respiratorio basado en unas branquias era diferente, como diferentes eran los de los peces y los mamíferos. Y en cualquier caso, añadían, tampoco se había llegado a ver nunca gambas de dos metros de largo.

Por si fuera poco, ni siquiera acababan ahí los jarros de agua fría. El sistema nervioso de los insectos, o de los invertebrados en general, añadían los eruditos, era extremadamente simple y sencillo, sin tener nada que ver con los sofisticados cerebros de los animales superiores ni, mucho menos aún, con el humano. Así pues, de insectos gigantes e inteligentes capaces de disputarnos la hegemonía galáctica, nada de nada.

Bien, porfiaban los tenaces *frikis*, ¿por qué razón no podrían haber evolucionado, en algún remoto lugar del universo, unos seres insectoides provistos de pulmones -y por ende, sin excusa ya para alcanzar un tamaño equivalente al nuestro- y de cerebro? Pues porque

entonces ya no serían insectos, sino algo completamente diferente sin parangón alguno con la zoología terrestre, respondían impertérritos los adustos hombres de ciencia.

Claro está que nada hay equiparable al fervor del auténtico *friki*, y mal haría cualquiera en subestimarlos. Era evidente que en Venus no existían selvas tropicales pobladas de gigantescos dinosaurios; Marte no era en modo alguno el astro moribundo surcado de canales y poblado por bellas princesas acostumbradas a enamorarse de gallardos aventureros terrestres; nadie en sus cabales admitiría la posibilidad de existencia de planetas errantes, con malévolo emperador incluido, dando tumbos por ahí; tampoco podía haber superhombres invulnerables capaces de volar o de realizar mil proezas inaccesibles a los mortales corrientes, y ni tan siquiera el humilde cinturón de asteroides podía ser presentado como una barrera infranqueable tras la cual se agazapaban los enemigos mortales de la humanidad. Y sin embargo, no por ello a ningún aficionado digno de tal nombre se le ocurriría descalificar a todas aquellas obras de ciencia ficción -novelas, relatos, *cómics* o películas- que incurrían en semejantes herejías, al igual que tampoco existía el equivalente a una hipotética inquisición científica responsable de perseguir tamaños desafueros.

Así pues, los *frikis* se negaban en redondo a renunciar a sus queridos insectos y/o arácnidos -el resto de los artrópodos, como los cangrejos o los ciempiés, jamás llegaron a gozar de semejante popularidad, vete a saber por qué- de sus buenos dos o tres metros de envergadura, por supuesto taimados e imbuidos de aviesas intenciones hacia los humanos y, preferiblemente, también antropófagos, que eso siempre viste mucho. Y por supuesto, los científicos siguieron castigándolos con el más olímpico de los desprecios, al tiempo que a los escritores y los lectores más exigentes, que haberlos haylos como las meigas gallegas, atrapados como estaban entre dos fuegos, tan sólo les quedaba el recurso de lamentarse por la manía de la gente ajena de considerar al género como algo carente por completo del más mínimo rigor, así como también por la de los *frikis* de considerarse casi como pertenecientes a una exclusiva secta. Y todos quedaban contentos, o descontentos, según como se mire.

Lo que nadie, ni siquiera el *friki* más furibundo, podía llegar a sospechar, era que efectivamente una raza de insectos inteligentes, procedentes de las profundidades del espacio, llegaría hasta el Sistema Solar con la sana intención de expulsar a la humanidad de su patria secular con objeto de poder volcar en ella sus ingentes excedentes de población... vamos, exactamente igual que lo descrito en cualquiera de las denostadas películas de serie B que aterrorizaron a varias generaciones de niños antes de sucumbir ante las nuevas modas de Hollywood.

Por desgracia en esta ocasión no habría un final feliz, ya que las astronaves invasoras, dotadas de una tecnología infinitamente superior a la terrestre, desbarataron a nuestras fuerzas armadas con una facilidad insultante, al tiempo que la civilización se desmoronaba

a pasos acelerados sin que nadie fuera capaz de evitar la catástrofe. En lo que respecta a los ahora atribulados hombres de ciencia, éstos se rasgaron tardíamente las vestiduras intentando comprender las razones de su garrafal error, lamentándose por no haber caído en la cuenta de algo tan evidente.

Ciertamente los insectos invasores eran inteligentes, mucho más que los humanos a juzgar por los resultados de la confrontación entre ambas razas, aunque todavía era motivo de discusión, bizantina a todas luces, si se trataba de inteligencias individuales similares a las nuestras o si, por el contrario, nos encontrábamos frente a un caso extremo de inteligencia comunal al estilo de los hormigueros o las colmenas, terrestres, lo cual, a la hora de la verdad, poco importaba.

Lo que sí estaba claro era que los invasores carecían de pulmones, siendo su sistema respiratorio similar en todo al de los familiares insectos terrestres; algo que por otro lado no les suponía el menor menoscabo, puesto que su talla media no era superior a la de un vulgar saltamontes, lo que no había impedido que sus ágiles astronaves de apenas dos metros de eslora, o sus mortíferos aviones de veinte centímetros de envergadura dieran buena cuenta de los orgullosos navíos de guerra o los poderosos aviones terrestres, miles de veces mayores que éstos, que torpemente salieron a hacerles frente.

Eso sí, no eran antropófagos. ¿Para qué iban a querer tamañas montañas de carne cuando tenían a su disposición miles de millones de sabrosas presas de su mismo tamaño? En realidad tan sólo les interesaban los insectos terrestres, no los animales mal llamados superiores que tan sólo les suponían un estorbo al ser una desagradable plaga que competía con ellos por los recursos naturales del planeta. Por esta razón, y movidos por un pragmatismo digno del mejor encomio, iniciaron una sistemática campaña de exterminio de cualquier tipo de vertebrado, incluyendo claro está a los humanos,

Así pues, tras desbaratar nuestras estructuras sociales se dedicaron a perseguirnos como si de alimañas se tratara, matándonos e incinerándonos de forma inmediata con sus invencibles rayos ígneos para evitar posibles problemas de putrefacción. Así de sencillo. De esta manera, mientras la civilización colapsaba y los cada vez más escasos y embrutecidos supervivientes de la estirpe humana bastante tenían con luchar día a día por evitar su exterminio, los alienígenas invasores encontraron en la Tierra su particular paraíso; que dejaran de compartirlo con nosotros, sería tan sólo cuestión de tiempo.

CONTACTO FALLIDO

-¿Querría alguien hacer el favor de explicarme qué demonios está pasando aquí?

El coronel Boogley se encontraba de pésimo humor, por más que éste fuera comprensible; a nadie le agrada que le interrumpen sus vacaciones sacándolo sin contemplaciones de la cama en un hotel de Kenia a mitad de la madrugada para, sin darle siquiera tiempo a vestirse, trasladarlo en helicóptero hasta el aeropuerto de Nairobi y embarcarlo en un avión militar que aguardaba con los motores encendidos para conducirlo finalmente, en un vuelo directo y sin escalas, hasta una base secreta situada en algún lugar del desierto de Nevada... en estas circunstancias cualquiera en su sano juicio habría corrido el riesgo de perder los estribos, y todavía más de haberse visto privado de una agradable compañía femenina.

Aunque en el avión, mejor o peor, había podido asearse, los varios litros de café ingeridos no habían sido capaces de disimular sus llamativas ojeras. De hecho el coronel se caía literalmente de sueño, ya que a la noche en blanco (y no sólo con posterioridad a la llegada de sus captores) había que sumar el brutal cambio horario acumulado durante su frenético viaje. Y por si fuera poco, el uniforme que le habían prestado le quedaba incómodamente estrecho...

El coronel Boogley era uno de los dos jefes militares responsables del programa *Big Ear*, un proyecto secreto que el gobierno de los Estados Unidos había encomendado al Ejército, cuyo objetivo era el de intentar entrar en contacto con inteligencias extraterrestres... algo así como los proyectos *Ozma* y *SETI*, pero en militar; mientras los civiles se entretenían jugando con los radiotelescopios, ellos trabajaban en secreto aprovechando el anonimato que les garantizaba la duplicidad de funciones. Que los científicos chuparan toda la cámara que quisieran si esto les permitía a ellos trabajar sin testigos molestos; y así, todos contentos.

Aprovechando la llegada de su colega el coronel O'Harty, Boogley había solicitado un permiso que, contra todo pronóstico, le había sido concedido, lo cual aprovechó para poner tierra por medio -literalmente varios miles de kilómetros- antes de que sus superiores tuvieran ocasión de arrepentirse.

Y no se arrepintieron, para sorpresa suya; pero tan sólo un par de semanas más tarde, cuando apenas había comenzado a saborear las mieles de sus bien merecidas vacaciones, al imbécil de O'Harty le había dado por quitarse de en medio justo en el momento en el que había estallado la crisis... y de poco le había valido perderse en el otro hemisferio, puesto que hasta allí habían ido a buscarlo para que lo sustituyese. En honor a la verdad había que reconocer que O'Harty convalecía en el hospital

recuperándose de un infarto de miocardio, pero también había sido casualidad... y si ese imbécil no fumara y bebiera como un cosaco, a lo mejor podía haber evitado el arrechucho y él habría seguido retozando tranquilamente en su refugio africano.

Por si fuera poco, durante el viaje no había conseguido que ninguno de sus cancerberos le informara con detalle de las circunstancias de lo ocurrido en la base, desconocía si por ignorancia u obedeciendo a órdenes estrictas, aunque barruntaba que la movida debía de ser bastante fuerte como para provocar tamaño zipizape en vez de recurrir a su segundo el mayor Gómez, lo cual hubiera resultado mucho más sencillo. *“Lo siento, mi coronel, tan sólo nos han dicho que lo trajéramos a la base lo antes posible”*. -había sido la invariable respuesta- *“Ya le informarán cuando llegemos allí”*.

Bien, ya estaba allí, y con un humor de perros. En la base se respiraba un tenso nerviosismo, pero todos rehusaron responderle amparándose en que sería Gómez quien lo hiciera... y el puñetero mayor no aparecía.

Estaba Boogley a punto de comerse el tercer lápiz, cuando finalmente apareció su enjuto subordinado. Éste, tras disculparse por la tardanza alegando que la base se había convertido en una jaula de grillos y que había tenido que estar dando vueltas sin parar de un lado para otro, se avino a ponerle en antecedentes de todo lo ocurrido.

-Contactamos, mi coronel. -fue su escueta explicación.

-¿Cuándo? -la curiosidad tuvo la virtud de apaciguar la irritación de Boogley.

-Justo después de irse usted. Un satélite detectó una señal que no parecía ser natural, y los programas de decodificación lo confirmaron.

-¿Extrasolar? -Boogley ya no se acordaba ni de Kenia ni de sus truncadas vacaciones.

-No. La fuente de la señal se desplazaba con bastante rapidez, lo que nos permitió determinar que se encontraba muy cerca, a una distancia inferior a la de la órbita de Marte aunque muy por encima del plano de la eclíptica. Su trayectoria le habría hecho pasar de largo en apenas un par de días, por lo que el coronel O’Harty ordenó que se pusiera en marcha el protocolo de iniciación de un contacto.

-Bien. -gruñó Boogley, sintiendo cómo una punzada de envidia le atenazaba el corazón; a él le habría gustado figurar en los libros de historia como el primer humano que había establecido contacto con una civilización extraterrestre, pero al fin y al cabo, se dijo, su rival yacía en el hospital y era él quien en esos momentos se encontraba al frente del programa- ¿Y luego?

-En un principio, todo marchó según lo previsto. -explicó el mayor retorciéndose nerviosamente las manos- Enviamos primero unas secuencias de números primos y potencias de los mismos, luego pasamos a fórmulas geométricas sencillas como el teorema de Pitágoras, y a continuación seguimos con formulaciones algebraicas más complejas...

-Abrevie, Gómez, -le interrumpió con brusquedad- no tenemos todo el día, y además conozco de sobra estos protocolos como para que me los recuerde. Vaya al grano.

-Está bien. -suspiró éste- El caso es que los visitantes respondieron y modificaron su rumbo, dirigiéndose hacia uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, el L4 concretamente, donde se anclaron. La comunicación siguió más o menos las pautas esperadas, aunque tuvimos ciertos problemas antes de descubrir que los alienígenas no usaban el sistema decimal, sino el duodecimal...

-Tendrán seis dedos en cada mano. -rezongó el coronel- ¿Qué más?

-Los mensajes intercambiados fueron volviéndose cada vez más complejos aunque, claro está, todavía nos faltaba mucho para poder llegar a mantener una auténtica conversación.

-¿Mandaron imágenes? -le volvió a interrumpir.

-Pensamos que sí, pero los técnicos todavía están tratando de decodificarlas; al parecer los extraterrestres emplean unos sistemas de emisión completamente incompatibles con los nuestros. Pero al final...

-¿Al final qué? -Boogley tenía que reprimir los deseos de estrangular a su cachazudo lugarteniente.

-El coronel O'Harty estaba cada vez más impaciente. Ordenó que se emitieran los vídeos que habían preparado los exopsicólogos con la esperanza de que fueran ellos quienes aprendieran nuestra técnica y nos enviaran a su vez los suyos ya en un formato compatible con el nuestro, pero aparentemente no dio resultado. Los aliens seguían enviándonos unos galimatías ininteligibles que volvían locos a nuestros muchachos, y ni siquiera teníamos la seguridad de que nuestros propios mensajes fueran entendidos por ellos. Y entonces....

-¿Entonces, qué? ¡Continúe, Gómez, no se quede callado como un pasmarote! - explotó Boogley al ver que el mayor había enmudecido de repente.

-Entonces fue cuando sobrevino la catástrofe. El coronel decía que los vídeos que les habíamos mandado eran unas... -titubeó- mariconadas que no servían para nada, así que decidió saltarse los protocolos mandando otros que él consideraba más adecuados.

-¿No me irá a decir que les mandaron películas porno o algo similar? -se alarmó el coronel.

-Ojalá hubiera sido eso. -suspiró el mayor- No, la idea en principio parecía buena; se trataba de recurrir al medio de comunicación más abstracto, y por ello más universal, de todos, la música. El coronel opinaba que podría ser de utilidad enviarle, en lugar de esos absurdos vídeos matemáticos que ninguno de nosotros entendía, una serie de grabaciones musicales, a ser posible acompañadas de imágenes relajantes. capaces de transmitir sentimientos, o ideas, sin tropezar con la barrera del idioma. Así pues, se reunió con sus asesores civiles -el tono despectivo en que lo pronunció Gómez resultó más que evidente- y les preguntó acerca de los títulos que podrían resultar más adecuados.

-No me parece una mala idea. -apuntó Boogley sin darse cuenta de que estaba repitiendo las mismas palabras de su interlocutor- ¿Qué eligieron?

-¡Oh, era un buen surtido de obras de música clásica, aunque no sabría decirle con exactitud sus títulos ya que a mí ese tipo de música nunca me ha gustado, en realidad me aburre... creo que había cosas de Beethoven, de Bach, de Mozart y de otros compositores de nombres raros que no recuerdo. Una vez hecha la lista, el coronel O'Harty mandó a los chicos que las buscaran, y también que eligieran vídeos relajantes para acompañarlas, ya sabe usted, atardeceres en el mar, montañas nevadas y cosas por el estilo.

-No veo que tuviera nada de malo. -insistió el coronel- De haber estado en su lugar, yo seguramente habría hecho lo propio. -remachó, silenciando que su cultura musical era, en lo referente a la música clásica, todavía inferior a la de su subordinado.

-No, no lo tenía, y todo el mundo estuvo de acuerdo con su iniciativa. El problema surgió cuando, tras rebuscar por toda la base, no fue posible encontrar la mayor parte de las piezas elegidas, y eso a pesar de que, según decían esos cabezas cuadradas, se trataba de obras muy conocidas.

-Bueno, con encargarlas...

-¿A dónde? ¿Olvida usted que estamos en una base secreta? No podíamos coger a un ordenanza y enviarlo a la ciudad más cercana a comprar los discos, y si las pedíamos por vía oficial se retrasarían demasiado y, probablemente, los chupatintas de allá arriba se empeñarían en hacernos preguntas... y si algo no nos interesaba era dar

explicaciones, dado que el coronel O'Harty planeaba saltarse los protocolos establecidos.

-Entonces, ¿qué se hizo?

-El coronel montó en cólera, y ordenó a sus ayudantes que se las apañaran como pudieran, pero que quería esas grabaciones listas para ser emitidas en veinticuatro horas, justo cuando los visitantes se encontraran en la posición más favorable sobre el firmamento. Así pues, los chicos se pusieron a buscar a toda prisa a alguien que pudiera bajarlas de internet.

-¿Lo encontraron?

-Lamentablemente, sí. Teniendo en cuenta las severas restricciones de acceso a internet que están implantadas en la base, era de esperar que nadie se atreviera a reconocer que se conectaba a la red de forma clandestina, pese a que era *vox populi* que esto ocurría. Hubo que garantizar que no sólo no se tomarían represalias sino que, por el contrario, se premiaría a quien accediera a hacerlo, y aun así costó mucho trabajo conseguir un voluntario... en mala hora. -rezongó Gómez.

-¿Quién fue? -preguntó Boogley en tono severo.

-¿Quién iba a ser? El degenerado de MacMillan, ¿quién si no? Por cierto, no tendrá que molestarle usted en arrestarlo, ya me encargué yo de mandarlo al calabozo.

-Ese MacMillan... ¿no será el tipo que tenía montada una timba clandestina en los dormitorios de la tropa?

-El mismo. También hacía apuestas ilegales por internet, incluso parece ser, aunque no lo hemos podido demostrar todavía, que traficaba con bebidas alcohólicas que a saber de donde las sacaba. Un buen elemento, pero le necesitábamos, y él lo sabía. Le preguntaron si sería capaz de bajarse de internet las obras musicales de la lista que le proporcionaron, y aseguró que no tendría ningún problema en hacerlo. Así pues, le pusieron delante de un ordenador conectado a internet, le dejaron que instalara en él los programas que necesitaba para entrar en las redes de intercambio de ficheros sin preguntarle por qué estaban en su poder, y le dejaron solo rogándole que se diera la mayor prisa posible.

-¿Bajó la música?

-Eso nos hizo creer, el muy sinvergüenza. Luego supimos que todo ese tiempo se dedicó a trapichear en portales de juego y a visitar páginas pornográficas; por cierto, nos dejó el disco duro completamente infectado de virus y gusanos informáticos, a saberen qué sitios se debió de meter.

-Bien, la verdad es que, si hacemos abstracción de la cuestión disciplinaria, no acabo de ver donde estribaba el problema; -objetó Boogley- Si no pudieron mandar las grabaciones musicales, habría bastado con olvidarse de ello y seguir adelante con el protocolo establecido...

-El problema fue que MacMillan sí nos pasó un disco grabado haciéndonos creer que se trataba de la música que le habíamos pedido; cuando vio que se le acababa el tiempo que le habían asignado, al muy golfo sólo se le ocurrió echar mano de lo primero que encontró, sin saber siquiera lo que nos daba. -explicó Gómez con un hilo de voz- Y el coronel O'Harty estaba tan nervioso, que a ninguno de sus ayudantes se le ocurrió comprobar antes su contenido; los muy cretinos, que por cierto están haciendo compañía a MacMillan en el calabozo, se limitaron a copiarlo en el ordenador y enviarlo por radio hasta el punto L4 junto con las imágenes de vídeo que ya tenían preparadas.

-¿Y qué pasó?

-Pues que, para sorpresa de todos, a las pocas horas de haberlo enviado los alienígenas dejaron de emitir sin ningún tipo de advertencia previa; simplemente enmudecieron por completo, y todo parece indicar que se han debido de marchar por donde vinieron renunciando a contactar con nosotros.

-Gómez, haga el favor de decirme de una puñerera vez qué demonios había en ese disco. -ordenó el coronel, que había palidecido ostensiblemente.

-Pues nada menos que un completo surtido de las preferencias musicales del rata de MacMillan: rock duro, *rap*, música discotequera de lo más estridente... cuando los chicos lo pusieron en un reproductor, a duras penas logramos evitar salir corriendo.

Para sorpresa del atribulado mayor, su superior estalló en una estruendosa carcajada.

-¿De qué se ríe usted? -le reprochó- No creo que la situación sea precisamente para tomársela a broma; por culpa de un descerebrado rijoso hemos echado a perder una ocasión única que quizá no vuelva a repetirse ya; el corazón del coronel O'Harty no pudo resistirlo precisamente porque fue incapaz de asumir la magnitud del desastre, y sin embargo usted se lo toma a chacota...

-Discúlpeme, querido Gómez, nada más lejos de mi intención que burlarme de usted. -respondió al cabo Boogley conteniendo aún a duras penas los espasmos que le producía la risa. Y como vio que éste continuaba con el ceño fruncido, explicó- ¿Conoce usted la historia del conde Potemkin?

-No. ¿Quién era? El nombre suena a ruso...

-En efecto, era ruso, y fue el favorito de la emperatriz Catalina II allá por la segunda mitad del siglo XVIII, más o menos cuando Washington se convertía en el primer presidente de nuestro país. Una de sus múltiples hazañas consistió en levantar falsos pueblos contruados con decorados, algo así como los de las películas del oeste, al paso del séquito de la emperatriz en sus visitas por las distintas regiones de su reino, en un intento de camuflar la miseria en la que estaba sumido éste; dicen, incluso, que una vez que Catalina había pasado de largo, desmontaban a toda prisa los decorados para volverlos a montar en la siguiente etapa de su viaje. Todo un viejo zorro el amigo Potemkin, pero aunque ignoro si logró mantener su farsa hasta el final sin ser descubierto, lo que sí es cierto es que sus picardías no sirvieron de mucho a la hora de intentar evitar la imparable decadencia del imperio de los zares.

-Ya. Pero, ¿qué tiene que ver ese Potemkin con nuestro problema? -se amostazó el mayor, al que la historia nunca le había interesado gran cosa.

-Todo, querido Gómez, todo... y también es casualidad, mira por donde. Por culpa del cretino de MacMillan, de la impaciencia de O'Harty y de la negligencia de los técnicos, sin quererlo ni pretenderlo hemos mandado a nuestros visitantes un retrato de la humanidad probablemente mucho más fiel que el que mi colega, o incluso yo mismo de haber estado en su lugar, habríamos decidido mostrar. ¿No le parece divertido?

-En absoluto. -gruñó éste con gesto avinagrado- Se supone que cuando pretendemos algo lo más conveniente es dar la mejor impresión posible, a nadie se le ocurre ir a pedir trabajo hecho un desarrapado, ni se presenta a la primera cita con una chica borracho como una cuba... y no me negará que la imagen que hemos dado a los alienígenas no ha podido ser más penosa.

-Penosa... pero ajustada a las pautas de conducta de una mayoría de nuestra sociedad, nos guste o no. Tiene usted razón al decir que todos nosotros intentamos en muchas ocasiones, si no falsear la realidad, sí al menos maquillarla, sin que quede demasiado claro el límite en el que acaba la verdad y comienza la mentira... me temo que esto forma parte de la hipocresía social en la que todos nosotros, nos guste o no, estamos prisioneros; y, claro está, luego pasa lo que pasa en el momento en que, tarde o temprano, se descubre que no todo el monte es orégano. Por eso es por lo que estoy tan satisfecho como un crío chapoteando en un charco después de burlar la vigilancia de sus padres; porque, a pesar de todas nuestras mentirijillas, los visitantes han podido hacerse una idea cabal de como las gastamos. -concluyó Boogley con una sonrisa de oreja a oreja.

-Y gracias a esa idea cabal que a usted le satisface tanto, se han largado sin despedirse siquiera. -bufó Gómez- Quizá para no volver.

-¿Quién lo sabe? A lo mejor tan sólo nos han puesto en cuarentena al estimar que todavía estábamos verdes, y quizá vuelvan a intentarlo dentro de algunos siglos por si se diera la casualidad de que mientras tanto hubiéramos aprendido algo... en cualquier caso, no creo que sea algo que nos tenga que preocupar demasiado.

-¿Cómo que no tiene por qué preocuparnos? -se escandalizó el mayor- A saber qué harán ahora con el programa, usted sabe que había políticos empeñados en cancelarlo, y en cuanto se enteren de lo ocurrido van a disponer de la excusa perfecta para conseguirlo.

-Bueno, ¿y qué? -respondió el coronel con un ingenuo encogimiento de hombros- Lo peor que puede pasarnos es que nos trasladen a otro destino, y si he de serle sincero, yo ya estaba empezando a hartarme de aquí, encerrado como un topo y sin poder tener el menor contacto con el exterior. Eso sí, me gustaría que me permitieran concluir mis vacaciones africanas.

Y viendo que su subordinado seguía con cara de póker, insistió:

-¡Venga Gómez, tómese la vida con alegría, que parece usted un empleado de funeraria! ¿Le apetece un trago para celebrarlo? -preguntó al tiempo que abría con llave una gaveta de su escritorio y sacaba de ella una botella y un par de vasos- Le aseguro que este bourbon es excelente, no tiene nada que ver con el matarratas que vendía MacMillan; considérelo privilegios del cargo.

ERROR DE CÁLCULO

-Disculpe... -las placas dérmicas frontales del alienígena adoptaron la combinación pigmentaria que en su raza equivalía a un discreto carraspeo.

Lo cual no le sirvió de mucho, puesto que el funcionario al que se dirigía pertenecía a una especie completamente ciega a los colores. Así pues, se vio obligado a repetir su petición en galáctico estándar, algo sumamente incómodo para él dado que sus espiráculos respiratorios no estaban adaptados para tal función sonora.

-¿Sí? -preguntó su interlocutor, distraído, alzando una de las dos cabezas mientras la otra permanecía absorta en la lectura de un holoperiódico escrito en caracteres ininteligibles para el visitante- ¿En qué puedo ayudarle?

-Yo... -titubeó éste, fatigado por el esfuerzo de hablar- Soy un empresario de la galaxia NGC 4414, y he llegado aquí en viaje de negocios; mi compañía desea abrir una corresponsalía en el Sector Tercero del segundo brazo espiral. Aquí tiene mi pasaporte y el visado de entrada -explicó, al tiempo que le extendía los documentos.

El funcionario de aduanas los asió con dos de sus seis tentáculos superiores y, tras echarles una mirada distraída, interrumpió el ya iniciado ademán de sellarlos. Aunque no se podía decir que frunciera el ceño, eso se debió tan sólo a que carecía de este rasgo anatómico.

-¿Qué ocurre? -preguntó el empresario, repentinamente alarmado por su gesto.

-Espere un momento; he de comprobar algo. -fue la escueta respuesta del interpelado, que con una de sus cabezas seguía releyendo cuidadosamente los documentos al tiempo que con la otra revisaba unos datos en el terminal- Lo siento, señor XXXJRFGLKKWKK -era lo más que se podía aproximar a la pronunciación correcta de su nombre-, pero me temo que en su visado hay algo erróneo.

-¿Cómo dice? -exclamó angustiado XXX...

-Lo que usted me ha entregado es un visado para poder viajar, por motivos de negocios, por la galaxia NGC 3660, expedido en la embajada de la misma en el planeta capital de NGC 4414, fecha estelar 47.967A5... ¿correcto?

-Sí, es correcto... -suspiró XXX...- ¿Entonces, dónde está el problema?

-Pues en que ésta no es la galaxia NGC 3660, sino la NGC 2928; me temo que se ha debido de equivocar usted de destino.

Si una bomba de dilitio hubiera estallado bajo su caparazón, XXX... no se habría llegado a sorprender tanto. Fue una lástima la ceguera a los colores del funcionario, puesto que sus placas dérmicas esbozaron, en apenas unos segundos, toda una orgía cromática que se extendía incluso hasta el ultravioleta cercano. Cuando al fin logró calmarse, le espetó:

-¡Eso es imposible! ¿Cómo puede pensar que en la agencia de viajes cometieran un error tan garrafal? ¿Me está usted tomando el... -y pronunció una palabra, en su enrevesado idioma, equivalente semánticamente al cuero cabelludo humano.

-En absoluto. -las expresiones de los dos rostros del funcionario eran completamente serias- Le aseguro, señor XXX..., que nos encontramos en la galaxia NGC 2928, como puede usted comprobar personalmente -concluyó, haciendo que emergiera ante él un holorregistro de ordenador.

-Entonces, ¿cómo puede haber ocurrido esto? -gimió desconsolado.

-Creo conocer la explicación. -respondió la cabeza derecha- ¿Sería tan amable de mostrarme sus apéndices prensiles? -y ante la expresión de asombro del empresario añadió- a no ser que se trate de un tabú de su especie, claro.

-No... no tengo el menor inconveniente. -balbuceó el interpelado, al tiempo que extendía sus extremidades anteriores- Pero no veo qué relación puede tener esto con mi problema...

-Pues créame que la tiene. -sentenció el nativo- Si no me he equivocado al contar, cada una de sus extremidades cuenta con cuatro apéndices prensiles, lo que hace un total de ocho. ¿Me equivoco?

-No; bueno, siempre y cuando no cuente también los palpos abdominales; pero éstos los solemos llevar ocultos, ya que su misión principal es la de... -explicó al tiempo que se ruborizaba, o el equivalente en su raza.

-No es necesario que me dé explicaciones; con esto es suficiente. Ocho apéndices prensiles... lo que quiere decir que su sistema de numeración estará basado en esta cifra, o bien en algún múltiplo o submúltiplo suyo. ¿Es así?

-Nuestro sistema de numeración es octal, efectivamente. -bufó- El ocho es el número perfecto, la encarnación del dos por dos por dos, la mónada elemental multiplicada por las tres dimensiones del universo... por esa razón quiso el Gran Constructor dotar a nuestra anatomía con la encarnación de Su Poder Infinito. Pero, ¿qué tiene esto que ver?

-Mucho. Supongo que no desconocerá que otras razas no contamos con ese ¡hum! privilegio otorgado por su Dios, de modo que el número de nuestros apéndices suele oscilar dentro de un amplio rango de valores... y como normalmente los sistemas de numeración se

han venido basando en ellos, ya que al parecer a nuestros remotos antepasados les resultaba más sencillo contar en unidades de apéndices que de cualquier otra manera, esto generó la necesidad de establecer un sistema de numeración común para la totalidad de las razas de las diferentes galaxias.

-¿Y? -XXX... comenzaba a impacientarse, como lo demostraba la púrpura coloración que habían adoptado sus pseudoélitros.

-Pues que el sistema de numeración elegido fue el que estaba basado en el número diez; no me pregunte por qué, a mí me parece tan absurdo como le pueda parecer a usted, y desde luego completamente inadecuado para nuestro propio sistema duodecimal -explicó, al tiempo que le mostraba sus doce tentáculos-; pero lo cierto es que se implantó, probablemente debido a la imposición de alguna extraña raza provista de diez apéndices... así pues, en todas las operaciones intergalácticas es necesario tenerlo en cuenta, cosa en la que al parecer no cayeron quienes le gestionaron la documentación en su planeta natal.

El gesto de asombro del visitante era tan palpable, que el funcionario no tuvo necesidad alguna de suponerlo. Así pues, continuó:

-Basta con realizar una sencilla conversión para descubrir que el número octal 3660 se corresponde con el decimal 2928... y es aquí a donde le mandaron, sin percatarse de que su verdadero destino, el decimal 3660 es en realidad para ustedes el 4575. ¿Me sigue?

-Sí, creo que sí... -el cerebro ventral de XXX..., responsable de sus reacciones más atávicas, ya estaba comenzando a especular con las posibles represalias a tomar contra el inútil que le había metido en ese fregado- entonces, ¿qué puedo hacer para solucionarlo? -su segundo cerebro, el apical, mucho más evolucionado, prefería optar por el pragmatismo.

-Lamento decirle que con esta documentación no puede entrar aquí, aunque de todos modos no creo que esto le sirviera de mucho, ya que carece de intereses comerciales en esta galaxia... yo le sugeriría que volviera a NGC 4414 y desde allí se dirigiera al destino correcto, o bien que intentara buscar un vuelo directo que le llevara hasta NGC 3660... lo siento, en otra cosa no le puedo ayudar.

-Y cómo se llega hasta allí?

-Aguarde un momento que lo compruebo; 3660 está en la constelación de Crater, vaya nombrecito raro, a quién se le ocurriría ponérselo, con lo cual... me temo que es un largo viaje, necesitaría atravesar nada menos que cinco nodos hiperespaciales para llegar hasta allí. Lo siento, veo difícil que pueda encontrar un vuelo directo. ¡Espere! -se corrigió- Vaya, parece que ha habido suerte. Hay uno de la *Transgalactic Ltd.* que le puede dejar en NGC 3661, casi al lado, y desde allí supongo que ya no le resultará demasiado difícil llegar; no es lo que se dice una naviera de lujo, más bien se dedica a transporte de mercancías, pero al parecer aceptan pasajeros en sus naves. Pienso que ésta es la mejor

solución. En la terminal cuatro tiene usted una agencia de viajes, en la cual le podrán tramitar el viaje.

-Muchas gracias, señor. Le estoy muy agradecido. -respondió el atribulado viajero, al tiempo que realizaba en su honor la solemne genuflexión treinta y dos del tercer protocolo de cortesía.

-Estos paletos... -le musitó la cabeza izquierda a su compañera, acompañando el comentario con un no demasiado elegante gesto de complicidad, una vez que éste se hubo marchado- ¿Por qué se empeñarán en salir de su galaxia, si luego son incapaces de dar dos pasos fuera de ella?

Tras lo cual ambas se volvieron a enfrascar en sus respectivos y ociosos menesteres, a la espera de que llegara el final de su jornada.

RESULTADO IMPREVISTO

En la sede de la misión arqueológica que operaba en el planeta Sol-III reinaba una agitación cercana al frenesí. Sus integrantes eran conscientes de que tenían en sus manos o, según los casos, su equivalente fisiológico, un descubrimiento fundamental para la interpretación de la extraña y prácticamente desconocida civilización que había florecido en el planeta antes de que tuviera lugar su misteriosa extinción, algo que excitaba a sus habitualmente metódicas mentes científicas.

Porque, pese a que los tri-solarianos habían dejado múltiples vestigios de su paso por el planeta, prácticamente nada era lo que se conocía de su cultura. Con anterioridad a esta misión los arqueólogos procedentes de diversas zonas de la Federación Galáctica habían encontrado infinidad de restos, tanto edificios de las arruinadas ciudades como todo tipo de objetos encontrados en el interior y en el exterior de los mismos, lo cual había permitido diseñar un modelo bastante consistente del modo de vida de sus desaparecidos moradores. También se habían recogido abundantes restos orgánicos de los propios tri-solarianos, básicamente piezas óseas de sus armazones esqueléticos internos, gracias a los cuales los paleontólogos habían sido capaces de reproducir su más que presumible aspecto físico y, dentro de ciertos márgenes, sus propios parámetros biológicos, bastante similares por cierto a los de muchos de los animales que todavía hoy poblaban el planeta, con los cuales debieron estar evolutivamente emparentados.

Cuestión bien diferente era el tema de los aspectos sociales de la civilización desaparecida. Se sabía como eran y como vivían, pero se desconocía absolutamente todo acerca de como se relacionaban o de la forma en la que cultivaban el arte, la ciencia o la literatura... todo, en definitiva, lo relacionado con su cultura, ya que hasta el momento no había sido posible encontrar ningún documento procedente de tan remota época que pudiera aportar algo de luz al respecto.

Y en este marco era donde encajaba el sensacional hallazgo que, por azar, habían realizado los ufanos arqueólogos.

La razón de este desconocimiento era sobradamente conocida por los estudiosos. Los sistemas de registro de datos que sin duda hubieron de utilizar los naturales del planeta debían de haberse basado en materiales deleznable e incapaces de soportar incólumes el desgaste producido por el paso implacable del tiempo. Estaba claro que, pese a su más que notable nivel tecnológico, los tri-solarianos no habían llegado a dominar la técnica de la grabación molecular, comúnmente utilizada en la Federación y la única que garantizaba la preservación de los documentos por tiempo indefinido, sino que se habían limitado a utilizar métodos más primitivos e imperfectos -y por ello mucho menos fiables- similares a

los empleados en ciertos mundos primitivos situados en los confines del territorio de la Federación.

El inconveniente era, pues, considerable, ya que ninguna de las tecnologías que supuestamente habrían podido ser usadas por los tri-solarianos, tales como la grabación magnética o la óptica, eran capaces de sobrevivir, salvo en circunstancias muy excepcionales, más allá de unos pocos miles de ciclos estelares, período de tiempo netamente inferior al calculado al que había transcurrido desde la extinción de esta civilización. De ahí el empeño puesto por todas las misiones arqueológicas que pasaron por Sol-III con anterioridad a la actual en encontrar algún vestigio de su misterioso pasado, siempre sin resultados hasta que un afortunado golpe de suerte había puesto en las manos -y quelíceros, seudópodos o tentáculos- de éstos tan valiosa y simpar reliquia.

El documento hallado, sorprendentemente, era todavía más primitivo de lo que se pensaba, ya que se trataba nada más y nada menos que de un soporte orgánico, algo propio de los albores mismos de la civilización y considerado por ello no ya primitivo, sino arcaico por cualquier estudioso de la tecnología galáctica. De hecho, tan sólo los expertos en culturas pretecnológicas estaban familiarizados con tan venerables reliquias.

Aunque la misión arqueológica carecía de profesionales especializados en la materia, al parecer el citado soporte parecía ser un derivado de la celulosa, un tipo especial de polisacárido insoluble presente en numerosas formas de vida, todas ellas fotorreceptoras y autófagas sumamente abundantes por todo el planeta. Huelga decir que al tratarse de un material biodegradable resultaba ser extremadamente sensible al paso del tiempo, por lo cual la preservación del documento debía calificarse de milagrosa.

La reliquia estaba formada por un conjunto de finas láminas oblongas, todas del mismo tamaño, cosidas en forma de bloque por uno de sus lados, lo que permitía -aunque su estado de conservación no lo recomendaba- ir las pasando una a una de forma manual -o tentacular-. A su vez, el conjunto estaba protegido por unas tapas rígidas de otro material más compacto, al parecer en esta ocasión procedente de un tegumento animal tratado con una técnica desconocida para los estudiosos de la Federación.

Pero eso no importaba. Lo verdaderamente importante era que todas las hojas, incluso las tapas y el dorso que protegía el bloque, estaban repletas por ambas caras con los caracteres alfabéticos utilizados por los tri-solarianos, en todo similares a los que aparecían tallados con profusión en muchas de las piedras encontradas en las ruinas de las ciudades. Aunque hacía tiempo que este alfabeto había sido descifrado, y las inscripciones traducidas, en todos los casos se trataba de textos breves que, aparte de su evidente interés para los filólogos, poco era lo que habían aportado al conocimiento de la extinta cultura.

A partir de ahora, por el contrario, se dispondría por vez primera de un documento suficientemente extenso como para hacer las delicias de cualquier xenosociólogo o

cualquier xenohistoriador, prometiendo por ello convertirse en el mayor descubrimiento arqueológico de los últimos decaciclos... pero por desgracia entre el personal de la misión no se encontraba ningún experto en filología alienígena, por lo cual nadie de los allí presentes se mostró capaz de realizar la ansiada traducción.

Lo más lógico en esta situación hubiera sido reclamar a un filólogo de suficiente talla para encomendarle esta misión, pero... los sempiternos -aunque se disimulen, o incluso se nieguen- celos científicos se encargaron de enredar la cuestión. El Muy Venerable Profesor Doctor Hrg Klvtrrrzp, director de la misión y por consiguiente autoridad máxima de la misma, era no sólo uno de los más afamados arqueólogos de la Federación, sino asimismo uno de los más puntillosos, desconfiados e irascibles miembros de la comunidad científica galáctica... algo que no era de extrañar teniendo en cuenta el exacerbado mal humor congénito de los Pvrwy, la raza a la que éste pertenecía, una de las más antiguas -y también de las de más difícil trato- de todo el orbe galáctico.

Y por encima de todo, el Muy Venerable Profesor Doctor era extraordinariamente celoso de los logros ajenos, temiendo siempre, con razón o sin ella, que sus rivales potenciales pudieran causarle un menoscabo a su prestigio. Dicho con otras palabras, no consentía el menor atisbo de posible competencia. La gloria debía ser siempre para él de forma íntegra, y como mucho consentía reservar a regañadientes algunas migajas -siempre las menos posibles- a sus dóciles colaboradores.

Para complicar todavía más las cosas, en el ámbito de la filología existía su *alter ego*, equiparable al Muy Venerable Profesor Doctor tanto en prestigio como en poder... y exactamente igual de ególatra y ambicioso. Se trataba del Extremadamente Sabio Doctor Profesor Xrjpm Wkmltv, perteneciente asimismo a la raza de los Pvrwy, y por lo tanto enemigo furibundo de sus congéneres planetarios, una de las razas más rabiosamente individualistas -y también más belicosas- de todo el universo conocido.

Huelga decir que en estas condiciones resultaba virtualmente imposible conseguir que un filólogo sometido a la férula del E.S.D.P. -la inmensa mayoría, por no decir todos- fuera invitado por el M.V.P.D. a colaborar con su equipo, máxime teniendo en cuenta que el control del E.S.D.P. sobre los ámbitos académicos de esta disciplina era cuanto menos igual de férreo y absoluto que el que ejercía con potestad de autócrata el propio M.V.P.D. en el campo de la arqueología... sobre todo teniendo en cuenta que el M.V.P.D. y el E.S.D.P. se odiaban a muerte, con esa tenacidad de la que tan sólo se podía encontrar en los miembros de su raza, capaces de asesinar a sangre fría y sin el menor escrúpulo por un trivial error en sus endemoniadamente enrevesados rituales protocolarios.

Así pues, este camino estaba vedado. Pero puesto que ni el M.V.P.D. ni sus acólitos estaban en modo alguno dispuestos a renunciar a su importante trofeo, se planteaba la necesidad de buscar alguna posible alternativa, la cual no se presentaba nada fácil de encontrar dado lo tupido de la red de control e influencias tejida por el influyente E.S.D.P.

Reunidos en cónclave, los principales colaboradores del M.V.P.D. dedicaron todas sus energías a buscar una solución al aparentemente irresoluble problema que resultara acorde con sus intereses, algo que rozaba lo imposible dada la omnipresencia del rival así como la nada retórica amenaza del M.V.P.D. de destruir personalmente la reliquia, más allá del umbral de recuperación, antes de permitir que ésta pudiera caer en los quelíceros de su aborrecido rival.

Tras barajar -y descartar-, una por una, todo un rosario de posibles alternativas, los integrantes del sanedrín estaban ya a punto de tirar la toalla cuando el más insignificante de todos ellos -huelga decir que el M.V.P.D. tenía instaurada una sólida jerarquización entre sus súbditos- propuso con timidez la posibilidad de recurrir a la Universidad de Perma-VII.

Una bomba estallando en mitad de la sala de reuniones no habría provocado a buen seguro tanto revuelo en el seno de la docta reunión; y no era para menos. Perma-VII era un insignificante planeta perdido en los límites de la Federación, de la que formaba parte desde hacía tan sólo poco más de un hectociclo. Considerados bárbaros y palurdos por el común de los ciudadanos galácticos, que los miraban con olímpico desprecio, los ingenuos permacianos cargaban estoicamente con su estigma esperando confiados que el tiempo acabara barriendo estos prejuicios, ignorantes por completo de cómo las gastaban las estiradas razas originarias del núcleo galáctico, origen de la actual Federación.

En el ámbito científico la situación era todavía peor. La Universidad permaciana, la única existente en todo el planeta, gozaba de nulo prestigio en los círculos académicos galácticos, no sólo por el rechazo generalizado hacia los habitantes del planeta, sino también en buena medida a causa de las peculiares teorías científicas imperantes en ella, las cuales eran tildadas sin tapujos incluso de heréticas por buena parte de la comunidad científica interplanetaria.

En esencia, los permacianos renegaban con vehemencia de todo cuanto adoleciera del menor atisbo de especialización, en el convencimiento de que ésta era intrínsecamente perjudicial para el avance científico dado que, utilizando un símil, los árboles acababan impidiendo tener una visión del bosque. Los permacianos defendían, pues, la aplicación de una única disciplina pancientífica capaz de abordar todos los temas de forma horizontal, y no vertical, lo que permitía según ellos captar panorámicas amplias del problema mucho más efectivas que las superespecializadas soluciones obtenidas por sus colegas de otros planetas.

Dados estos precedentes, no era de extrañar que las críticas le llovieran al defensor de tan heterodoxa propuesta, pese a lo cual éste no se arredró. Había que tener muy en cuenta, insistía una y otra vez, que el aislamiento científico de los permacianos resultaba ser en esta ocasión una inmejorable ventaja, dado que éste les ponía a buen recaudo de las garras del E.S.D.P., a quien los Antiguos Galácticos confundían.

Poco a poco, y ante tan evidentes argumentos, la oposición inicial fue amainando, siendo cada vez más quienes acababan viendo ventajas a la audaz propuesta; pero esto solo no bastaba, puesto que sería la voluntad soberana del M.V.P.D. la que decidiría incluso contra el unánime dictamen en contra de la totalidad de sus asesores. Éste, fiel a su costumbre, se mantenía en silencio dejando hablar a sus súbditos, razón por la que éstos, sumidos en la encendida discusión, desconocían por completo cual podría ser su veredicto.

Finalmente dictó sentencia. No se molestó, nunca lo hacía, en justificar su decisión, ni habría consentido que nadie se lo pidiera; se limitó a dar su visto bueno a la cooperación con Perma-VII y acto seguido se retiró con majestad a sus aposentos privados. Por su parte no había más que hablar, razón por la que sus colaboradores, ya sin estar él presente, se dedicaron a la tarea de perfilar los detalles pendientes, empezando por designar al responsable de las negociaciones; todos eran conscientes de que, de tener éxito la iniciativa, sería el M.V.P.D. quien se llevara los honores, mientras que en caso de fracasar la responsabilidad del fiasco recaería exclusivamente sobre el elegido. Por esta razón a ninguno de los presentes le apetecía demasiado recibir tal honor, que finalmente acabaría siendo adjudicado al propio promotor de la sugerencia.

Éste, resignado a su suerte, partió con rapidez rumbo a Perma-VII; nada irritaba más al M.V.P.D., aparte de la competencia, que los retrasos. Por fortuna este planeta se hallaba en el mismo sector galáctico que Sol-III, por lo cual su viaje no resultaría demasiado largo aunque sí incómodo, dado que se trataba de una de las regiones más agrestes y menos civilizadas de todo el ámbito de la Federación.

Una vez en su destino se apresuró a ponerse en contacto con las autoridades académicas de la Universidad, a las que transmitió sin demasiado entusiasmo la propuesta de colaboración con la misión arqueológica. Para su sorpresa, y a pesar de que, tal como era habitual en él, el M.V.P.D. reservaba un protagonismo muy secundario a sus coautores foráneos, los permacianos aceptaron encantados las draconianas condiciones que se les imponían; por muy poco airoso que resultara el papel que se les había asignado, aun en esas circunstancias una publicación conjunta -era un decir- con alguien de la talla académica del M.V.P.D. les vendría de perlas, o al menos así lo creían, para romper siquiera parcialmente con tan molesto ostracismo científico.

Así pues, el acuerdo se alcanzó con rapidez y sin necesidad de esas desagradables negociaciones que tanto temía el desdichado mensajero. Los arqueólogos del equipo del M.V.P.D. remitirían el preciado hallazgo a la Universidad, y éste sería convenientemente estudiado en sus laboratorios. A la pregunta del emisario, bastante preocupado por su futuro profesional, temiendo la posibilidad de que algo pudiera marchar mal, acerca de si contaban con personal suficientemente cualificado -para evitar conflictos con sus anfitriones evitó con todo cuidado utilizar el término “*especializado*”- para llevar a cabo tan delicados estudios, éstos le respondieron confiadamente que en esa institución todos

eran expertos en ese o en cualquier otro tema... lo que no se puede decir que contribuyera demasiado a tranquilizarlo.

Claro está que a su vuelta a Sol-III optó por silenciar discretamente sus temores; muy al contrario, fingió aparentar un triunfalismo que en realidad no sentía, vendiendo como un gran éxito suyo -era la ocasión idónea para escalar puestos en el escalafón, antes de que sus compañeros comenzaran a intentar degollarlo- los resultados de su misión. Nunca llegaría a saber si éstos llegaron a creer sus palabras, pero en un principio al menos fingieron hacerlo. En cuanto al M.V.P.D., éste guardó silencio tal como acostumbraba a hacer en estas circunstancias, evitando tomar postura antes de conocer el desenlace de la iniciativa.

Con la mayor celeridad posible, aunque eso sí extremando los cuidados, la delicada reliquia fue empaquetada como suma precaución en un embalaje diseñado especialmente para resistir cualquier tipo de accidente o agresión, incluso casi una explosión nuclear capaz de desintegrar todo alrededor suyo. De nuevo fue elegido el mismo emisario para encargarse de la delicada misión, aunque en esta ocasión dispondría del moderno yate personal del que disfrutaba en régimen de usufructo el propio M.V.P.D., en lugar de tener que recurrir, como lo hiciera en el viaje anterior, al incómodo carguero que traía periódicamente los suministros a la misión y al destartado navío de línea que enlazaba la capital del sector con Perma-VII; era evidente que la generosidad del avaro M.V.P.D. no tenía a él como objeto, sino a la reliquia, pero poco era lo que le importaba sin con ello podía beneficiarse de la misma.

Así pues, en esta ocasión realizó el viaje cómodamente hasta la Universidad -nada que ver con el anterior-, hizo entrega de la valiosa carga a su contacto permaciano y se aprestó a esperar a que éstos realizaran su trabajo, puesto que el M.V.P.D. no estaba dispuesto en modo alguno a sufragar, aunque fuera a cargo de los fondos del proyecto, su vuelta a Sol-III de vacío, por lo que le había ordenado que aguardase en Perma-VII hasta que la traducción estuviera terminada, corriendo mientras tanto su alojamiento y manutención a costa de sus amables anfitriones. Mientras tanto el yate permanecería, con su tripulación a bordo, atracado en el puerto espacial de la capital del planeta.

Por fortuna su metabolismo era casi compatible con el de los permacianos, con lo cual no necesitaba de ningún habitáculo climatizado y podía consumir, previamente expurgados, buena parte de los alimentos locales, sin apenas necesitar algunos complementos proteínicos y vitamínicos propios de su especie. Eso sí, no todo era perfecto; los hábitos espartanos de los permacianos distaban mucho de coincidir con su concepto de la comodidad, pero bueno, qué se le iba a hacer, el sacrificio bien merecería la pena si los resultados obtenidos eran los esperados.

Mayor desazón le produjo el hecho de que los permacianos se negaran en redondo a proporcionarle la más mínima información sobre los avances de su trabajo, salvo la sempiterna afirmación de que todo iba bien con la que de forma sistemática respondían a

sus ansiosas preguntas, asegurándole que pronto podría disponer de los resultados. Mientras tanto el abrumado arqueólogo tenía que vérselas con el impaciente M.V.P.D., el cual le llamaba con irritante frecuencia interesándose por los avances realizados y, al no obtener respuesta satisfactoria, acostumbraba a montar en cólera convirtiéndole en objeto de su ira.

Mas todo llega tarde o temprano, y la conclusión del trabajo de los permacianos alcanzó también su fin. Éstos entregaron a su huésped con toda ceremonia una caja cifrada en cuyo interior habían depositado, según le informaron, los resultados de sus análisis junto con la preciada reliquia, la cual devolvían a sus legítimos propietarios. Frustrado al no poder disponer de la primicia tal como a él le hubiera gustado, el improvisado embajador científico se hizo cargo de la entrega, que depositó en la caja fuerte del yate, y emprendió el camino de vuelta tras comunicar a su superior la buena nueva.

En Sol-III todos le aguardaban expectantes, e incluso el propio M.V.P.D., presa de un evidente nerviosismo, se permitió el desliz de incumplir alguno de los rigurosos preceptos del protocolo de su raza; aunque, la verdad sea dicha, tan sólo un congénere suyo habría sido capaz de apreciarlo, y no había ningún otro en todo el planeta. Así pues, su flaqueza pudo pasar desapercibida. Con toda solemnidad, y delante de todos sus subordinados, el M.V.P.D. rompió los precintos de la caja cifrada y la abrió.

En su interior, tal como esperaban, tan sólo se encontraban dos objetos, el contenedor estanco en el que se había transportado a Perma-VII la reliquia, y un cristal molecular en el que presumiblemente venía recogido el informe de los permacianos dando cuenta de los resultados obtenidos.

Tras dejar a un lado el contenedor, el M.V.P.D. tomó delicadamente el cristal con sus pedipalpos, introduciéndolo en la ranura del lector. El cristal fue engullido por el aparato, tras lo cual pulsó con ademán ceremonioso el sensor de encendido. El monitor se iluminó y, de forma inmediata, comenzaron a desgranarse los datos que fueron ávidamente leídos por los más cercanos, mientras sus compañeros menos afortunados pugnaban por atisbar siquiera un retazo de los mismos.

Saltándose las al menos doce páginas previas de protocolos y fanfarrias variados, pasó a leer con impaciencia los resultados del informe, que rezaba lo siguiente:

El análisis químico del material suministrado revela que se trata de un polímero natural formado por moléculas encadenadas de un compuesto químico de fórmula empírica $C_6H_{12}O_6$, similar aparentemente al presente en el metabolismo de los seres vivos de Sol-III. Aparentemente fue obtenido de la cutícula que recubre a los grandes vegetales que pueblan el planeta -ver nota bibliográfica número 1- y tratado mediante algún procedimiento

cuya naturaleza desconocemos, hasta convertirlo en láminas flexibles y delgadas.

Estas láminas estaban recubiertas, de forma parcial, con algún tipo de pigmento negro cuya composición química no fue posible determinar.

La combustión del material produjo gases que, en su mayor parte, revelaron ser CO₂ y H₂O, junto con cierta cantidad de compuestos carbonados de cadena corta producto probablemente de una combustión incompleta.

En lo que respecta a las cenizas, un análisis químico cuantitativo reveló la siguiente composición en peso:

Ca 47%

Si 17%

Al 11%

Mg 5%

Fe 5%

S 5%

Ti 3%

K 3%

Cl 2%

P 2%

Lamentablemente, la escasez de material puesto a nuestra disposición no nos ha permitido realizar análisis más detallados, en especial en lo referente al pigmento negro, razón por la que rogamos que, a ser posible, se nos remita más material.

En Ciudad de Perma, año galáctico 27.015, 3 de Ramsés.

El Capacitado Doctor:

Xgüie Ñglajost

Terriblemente alarmado y olvidándose por completo del protocolo, el M.V.P.D. se abalanzó sobre el contenedor lanzando un ancestral alarido guerrero propio de su tribu. Pulsó con nerviosismo la combinación y lo abrió... comprobando, tal como había temido, que su interior tan sólo contenía un pequeño puñado de grises cenizas.

MALA SUERTE

Llegó un día en el que los xrsjptss, la raza más antigua y evolucionada de la Vía Láctea, tomaron la decisión de romper el aislamiento al que estaba sometida la Tierra, estimando que con una tutela adecuada la humanidad, pese a su atraso secular, podría acabar formando parte de la comunidad galáctica.

Lamentablemente tuvieron la mala suerte de elegir para el primer contacto un recóndito rincón de Nueva Guinea solar secular de los korowai, una de las últimas tribus caníbales del planeta.

Éstos, pese a encontrarles un sabor un tanto extraño, acabaron conviniendo que los visitantes no estaban mal del todo.

RESERVA DE CAZA

Uno de los tópicos más comunes dentro del género de la ciencia ficción, creído incluso a pies juntillas por más de un *magufo* desnortado, es el que imagina a la Tierra completamente aislada del resto del universo, por razones que suelen variar más o menos de un autor a otro, pero que en definitiva la convierten en una especie de reserva natural a escala galáctica, con unos terrestres cuya evolución dependería exclusivamente de sus propios medios aunque siempre vigilados, de forma más o menos estrecha, por sus benévolos -o en ocasiones no tanto- vecinos estelares.

Sin embargo, la realidad es bien distinta: nuestro planeta constituye, desde hace eones, una de las reservas de caza más cotizadas de todo este sector de la Vía Láctea, y a él han venido, desde tiempos inmemoriales, infinidad de cazadores procedentes de todos los rincones de la galaxia, e incluso hasta de las galaxias cercanas.

Tal es su fama cinegética, que después de cada una de estas grandes cacerías ha sido necesario implantar una severa veda para asegurar la recuperación de la fauna, algo que por lo general ha costado millones de años conseguir. De hecho, detrás de estas cacerías están las cinco grandes extinciones masivas registradas por los paleontólogos, incluyendo la que hace 65 millones de años acabó con los dinosaurios, junto con otras menos acusadas, pero no por ello carentes de importancia, tales como la que marcó el final del período Eoceno, 34 millones de años atrás, o la que tuvo lugar en el Pleistoceno, hace apenas 10.000 años, con posterioridad a la última glaciación.

Ahora, tras mucho tiempo de espera, se rumorea que la veda está a punto de levantarse de nuevo, por lo que son infinidad los cazadores que aguardan con impaciencia el momento de poder cobrar sus cotizadas presas, máxime cuando es de sobra conocido que la explosiva proliferación de la nueva especie dominante garantizará trofeos suficientes para todos, hasta el punto que se piensa que la próxima extinción que se avecina podría ser incluso más sonada que todas las anteriores.

LAS EXTINCCIONES MASIVAS

Aunque es sobradamente conocida la extinción de los dinosaurios -y de otros muchos animales- hace sesenta y cinco millones de años, al final del período Cretácico, lo cierto es que ésta fue tan sólo la última de las cinco extinciones masivas que los paleontólogos han logrado identificar a lo largo de los últimos quinientos millones de años de historia de la Tierra. Es probable que pudiera haber bastantes más en épocas anteriores, dado que se estima que la vida surgió en nuestro planeta hace unos cuatro mil millones de años, pero la actividad geológica continuada durante un período de tiempo tan prologado convierte en prácticamente imposible conocer lo que pudo ocurrir en épocas tan remotas.

La primera extinción masiva tuvo lugar hace unos cuatrocientos cincuenta millones de años, entre los períodos Ordovícico y Silúrico. La segunda, hace trescientos sesenta millones de años, marcó la división entre los períodos Devónico y Carbonífero provocando la desaparición del setenta por cien de las especies vivas. La tercera, hace doscientos cincuenta millones de años, entre el Pérmico y el Triásico, fue con diferencia la más mortífera de todas, ya que aniquiló a más del noventa por cien de las especies marinas y al setenta por cien de las terrestres. La cuarta, hace doscientos diez millones de años, es la conocida por los paleontólogos como la transición Triásico-Jurásico. Y la quinta, la de los dinosaurios, no fue de las peores, dado que “sólo” acabó con el setenta y cinco por cien de todas las especies.

Hubo además otras muchas extinciones menores, como la que marcó el final del Eoceno hace treinta y siete millones de años, o la que tuvo lugar tras la última glaciación hace tan sólo unos diez mil años, la cual se llevó por delante animales que llegaron a convivir con el hombre tales como el mamut, el rinoceronte lanudo, el oso de las cavernas o el tigre dientes de sable, así como también a nuestro primo, el hombre de Neandertal.

Aunque los paleontólogos han barajado varias hipótesis para explicar estos fenómenos, bruscos y repentinos a escala geológica, tales como impactos de asteroides o cometas, drásticos cambios de clima o erupciones volcánicas masivas, lo cierto es que sus verdaderas causas no han podido ser establecidas en ningún caso con una certeza absoluta.

Ello se debe, sin duda, a que la ciencia sigue empeñada en negar la influencia de seres extraterrestres en la evolución del planeta, de modo que el mito de los Grandes Galácticos ha quedado relegado al ámbito de la ciencia ficción, que lo utiliza como recurso literario, y al de los círculos magufos pasados de rosca, que sí se lo toman en serio ante la indiferencia, cuando no la conmisericordia, del común de los mortales.

Sin embargo son precisamente estos últimos los que más se aproximan a la verdad. Los Grandes Galácticos, en efecto, existen, pero lejos de tutelar benévolamente a las

civilizaciones recién nacidas al estilo de lo imaginado por Arthur C. Clarke en 2001. *Una odisea del espacio*, las consideran una molestia cuando no directamente una plaga.

Es preciso advertir que los Grandes Galácticos, y en eso sí acertaron los autores de ciencia ficción, son unos seres inmateriales constituidos por energía pura, lo cuales, por razones que se escapan a la limitada comprensión de la mente humana, detestan a todo aquello que suponga cualquier tipo de vida basada en la materia, sea ésta del tipo que sea, prefiriendo que los astros que pueblan el universo se mantengan limpios de ella, quizá por considerarlos su jardín particular.

Por esta razón, cuando en un planeta arraiga la vida ellos suelen hacer con ella exactamente igual que nosotros con las cucarachas o las ratas: intentan exterminarla. Éstas son, pues, las verdaderas causas de las extinciones masivas y, probablemente, también de las extinciones menores que periódicamente asolan la Tierra: se trata, en definitiva, del equivalente a nuestras campañas de desratización que, si bien no suelen conseguir al cien por cien su objetivo dado que la vida acostumbra a ser sumamente resistente y tozuda, al menos logran mantenerla bajo control durante cierto tiempo en su madriguera, vigilando estrechamente, eso sí, que ésta no desborde los límites de su planeta.

XENORGASMO

Es un hecho constatado que, desde que el mundo es mundo, el hombre siempre ha gustado de implantar prohibiciones a sus semejantes para, de forma inmediata, disfrutar acto seguido vulnerándolas... es posible que esta curiosa paradoja sea algo consustancial a la especie humana, o puede también que no sea así; en cualquier caso, tanto si se debe a un impulso irrefrenable como a una simple casualidad, lo cierto es que ejemplos de ello los hay a miles, a lo largo de la historia, sin que se aprecien diferencias significativas entre unas y otras culturas, ni entre las diferentes épocas.

Claro está que lo que sí ha variado con el tiempo, evolucionando a la par que la civilización, ha sido la panoplia de todos los posibles placeres prohibidos, cada vez más amplia y sofisticada conforme se desarrollaban los conocimientos y la tecnología y, por ende, se multiplicaban las posibilidades de elección.

Así, no es de extrañar que la revolución que supuso el acceso de la humanidad al cosmos, con la consiguiente ruptura del aislamiento secular al que había estado sometida hasta entonces, influyera de forma decisiva en la oferta de posibles pecados, al igual que lo hizo en otros muchos campos menos controvertidos. El contacto repentino con la infinidad de razas alienígenas que poblaban el universo provocó ciertamente la ruptura de muchos esquemas sociales, e incluso mentales, por los que se había venido rigiendo el hombre desde tiempos inmemoriales; y si bien se abrieron ante él infinidad de opciones hasta entonces no sólo desconocidas, sino en muchos casos también insospechadas, no tardaron en aparecer un sinnúmero de prohibiciones y anatemas de toda índole, desde religiosas hasta legales y morales, las cuales por cierto no tardarían mucho, como no, en ser burladas.

Fueron muchos los tabúes, más o menos justificados, que defendieron a ultranza los fervorosos exégetas de la tradición y la moral, pero sin duda uno de los más controvertidos fue el de las relaciones sexuales con individuos no humanos, lo que se acabaría denominando *alienfilia* por sus detractores y *xenosexo* por sus practicantes. Huelga decir que la mayor parte de las religiones, por no decir la totalidad de las mismas a excepción de alguna que otra insignificante y atípica secta, se apresuraron a condenar sin paliativos lo que consideraban una aberración abyecta a la par que pecado nefando; y tampoco faltaron quienes, al margen de las iglesias y con el único amparo de argumentos estrictamente laicos, manifestaron asimismo su rotundo rechazo... y si lo primero era de esperar, ya que qué sería de una religión que no estuviera basada en los sólidos e incommovibles cimientos de la tradición y que no reprimiera por sistema a sus adeptos, lo segundo ya no lo era tanto, hasta el punto de que sus defensores llegaron a ser acusados de estar movidos tan sólo por el miedo a lo desconocido.

Esta oposición no arredró en modo alguno a los desinhibidos defensores del *xenosexo*, los cuales argumentaban no sin razón que, siendo de todo punto imposible cualquier tipo de hibridación genética entre especies dispares, y quedando también excluido un hipotético contagio de enfermedades venéreas o de cualquier otro tipo, por qué no dejarse de escrúpulos tontos y a disfrutar, que son dos días...

En honor a la verdad, es preciso reconocer que había que tener tragaderas para *hacérselo* con un pulpo dodecápodo, un ameboide tentacular o un pseudoartópodo quitinoso, eso por citar tan sólo aquellas razas alienígenas cuya morfología guardaba alguna similitud, siquiera remota, con la familiar fauna terrestre... porque las había todavía más exóticas, aunque en estos casos lo normal era que los acoplamientos físicos necesarios para llevar a cabo la relación resultaran complicados a causa de las diferentes conformaciones anatómicas de los practicantes, y eso siempre y cuando no existieran dificultades insolubles a causa de que los *partenaires* respiraran atmósferas halogenadas, pesaran varias toneladas o encontraran comfortable una temperatura de quinientos grados centígrados, entre otras posibles incompatibilidades.

A pesar de todos los obstáculos la imaginación humana, considerada por muchos como simple depravación, supo apañárselas para conseguir que fueran posibles las relaciones sexuales -o su equivalente- con un buen puñado de razas alienígenas no demasiado dispares, es decir, con todas aquellas con las que resultara posible algún tipo de contacto corporal lo suficientemente íntimo. En descargo de sus practicantes hay que reconocer que las relaciones *xenosexuales* siempre habían sido una práctica habitual en el seno de la comunidad galáctica, y sólo algunas de las razas más puritanas -conforme a sus particulares y no siempre comprensibles creencias- o también las más xenófobas, las rechazaban de plano... pero el universo era muy grande, y a lo largo y ancho del mismo abundaban los lugares sujetos a leyes lo suficientemente laxas -o carentes de ellas- como para permitir las... o cuando menos, para tolerarlas.

Así pues, aunque en la Tierra, tras una larga y agria polémica, los sectores más puritanos acabaron consiguiendo que estas prácticas fueran prohibidas, nadie podía impedir que los terrestres *xenófilos* dieran rienda suelta a sus instintos fuera de la jurisdicción terrestre, que no iba más allá de los límites marcados por la nube de Oort. Y como los sistemas planetarios vecinos se encontraban a demasiada distancia, no tardaron en florecer, justo en el exterior de nuestras fronteras, multitud de *Casas de Placer* -eufemismo bajo el cual se camuflaban los *xenoprostíbulos*- cobijados en el interior de antiguos *hábitats* orbitales en desuso... y a fe cierta que jamás les faltó la clientela, por más que tales *placeres* tan sólo pudieran estar al alcance de los más pudientes.

Diferente era el caso de los astronautas, tanto civiles como militares, que en razón de su oficio tenían a su alcance, y a precios normales de mercado, hasta los más

recónditos garitos de la galaxia... y los utilizaban, como siempre habían hecho sus más directos antecesores, los marinos de la antigua Tierra. Éste era el caso de George B., un modesto mecánico embarcado en el *Marco Polo*, un carguero que cubría la ruta entre la Tierra y el Sector Trífido, situado a unos trescientos años luz de distancia de nuestro planeta, transportando mercancías diversas, principalmente metales y minerales de los que el Sistema Solar era un gran exportador, importando a cambio diverso material tecnológico... sin que sus armadores hicieran tampoco ascos a lo que eufemísticamente denominaban *fletes atípicos*, léase contrabando.

Como cabe suponer los negocios de los propietarios del *Marco Polo* no eran algo que afectara en demasía al bueno de George, cuyos únicos ingresos eran su modesta soldada así como algún que otro pequeño trapicheo sin la mayor importancia, los cuales acostumbraba a dilapidar -carecía de vínculos familiares y de raíces de ningún tipo- en cualquiera de las escalas del buque. Como buen navegante George no tenía demasiados escrúpulos a la hora de dar rienda suelta a sus vicios, sin más limitaciones que las impuestas por su metabolismo -no era cuestión de intentar emborracharse con licores cuya base principal fuera el ácido sulfúrico- o por su magro bolsillo. Y por supuesto George era un practicante asiduo del *xenosexo*, jactándose de no repetir jamás con hembras -o lo que fueran- de cualquier especie razonablemente inteligente.

De hecho, George y sus compañeros acostumbraban a hacer apuestas en las que el ganador sería aquel que pudiera esgrimir la relación sexual más exótica, lo cual daba pie a auténticos maratones de las más extravagantes acrobacias eróticas. George, al igual que sus desinhibidos camaradas, podía presumir de contar en su haber con multitud de proezas sexuales capaces de escandalizar al más templado, pero pese a ello distaba mucho de estar satisfecho ya que, desde hacía demasiado tiempo, era derrotado sistemáticamente en las competiciones, lo que le había convertido en la mofa y befa de la marinería del buque. Y George tenía su dignidad...

Por esta razón, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por resarcirse en la escala que el *Marco Polo* realizó en Gomorra, un sistema planetario situado a mitad de camino entre la Tierra y Terminus, el planeta principal del Sector Trífido. Evidentemente Gomorra no se llamaba así, pero el planeta fue apodado con esa denominación bíblica por los primeros exploradores terrestres que lo visitaron -conviene puntualizar que se trataba de puritanos anglosajones- mitad por la imposibilidad de que una garganta humana pudiera pronunciar su nombre local, mitad por las desinhibidas costumbres de su abigarrada población... y como Gomorra quedó.

Gomorra, cosmopolita y abierta a todas las razas del universo, presumía orgullosa de ser capaz de ofrecer lo más exótico de la galaxia a todo aquel que pudiera y quisiera pagarlo, una oportunidad única que George B. no estaba dispuesto a dejar pasar por

alto, máxime cuando este planeta no solía estar incluido en las rutas habituales del *Marco Polo*.

George B. sabía a donde dirigirse, no en vano había planeado con todo detalle lo que pretendía que fuera un triunfo clamoroso. Tras escabullirse con sigilo de sus compañeros, no fuera a ser que alguno de ellos, tras espiarle, le pisara el terreno, se dirigió a un suburbio apartado del bullicio de la ciudad sin preocuparle la sordidez del mismo, que no hacía presagiar nada bueno; a buen seguro la vida allí no valía un céntimo, pero él sabía moverse por esos andurriales sin correr demasiado peligro, no en vano había nacido y crecido en un lugar no demasiado diferente allá en la lejana Tierra.

El astronauta no andaba a ciegas. Sus fuentes de información eran fiables, y sabía que allí, a diferencia de los barrios más céntricos, se daba cita la hez de media galaxia, una circunstancia eficaz para mantener alejados a sus rivales, desconocedores de que sólo en ese lugar era posible encontrar prostitutas de razas desconocidas procedentes de mundos remotos situados en los confines de la galaxia y, por este motivo, prácticamente desconocidas en la mayor parte del orbe. Pero él no se conformaba tan sólo con una hetaira exótica; eso ya estaba demasiado visto. Lo que pretendía era poder presumir de haber mantenido la relación sexual más original posible, para envidia de todos sus amigos.

Su destino era el garito de Joe *Malaspulgas*, situado en el mismo corazón del albañal; allí se jugaba a todo lo jugable, se bebían brebajes procedentes de varias docenas de mundos distintos, se consumía todo tipo de drogas... y se ejercía el oficio más antiguo de la galaxia en todas sus posibles versiones. Gracias a un chivatazo que le dieron en Cigalia, un planeta habitado por artrópodos donde había hecho escala el *Marco Polo* antes de recalar en Gomorra, y a una posterior llamada intergaláctica para confirmarlo que le dejó poco menos que tiritando el saldo de su cuenta corriente, George sabía que allí se hallaba lo que él andaba buscando, una alienígena procedente del Borde de Ymir, un sector de la galaxia recientemente explorado y todavía en cuarentena, razón por la cual a los civiles les estaba tajantemente prohibido viajar allí y, todavía con más razón, a sus habitantes abandonarlo. La presencia en Gomorra de este espécimen era, pues, de todo punto irregular, lo que añadía valor a su proeza.

Por supuesto, se había asegurado previamente de que tanto el metabolismo como la fisiología de la ymiriana fueran compatibles con los suyos, pero el taimado *Malaspulgas* se había negado en redondo a darle más explicaciones, asegurándole de que tendría el privilegio único de disfrutar de un placer excepcional, ya que, auguraba, una vez que el Borde de Ymir se abriera a la navegación sus nativas iban a arrasarse en todo el universo conocido.

Pese a tan triunfalistas afirmaciones, George no acababa de tenerlas todas consigo. La honradez era un valor poco cotizado por esos pagos, y desde luego no existía la

posibilidad de pedir el libro de reclamaciones si uno no quedaba satisfecho con el servicio prestado. Además la broma le iba a salir cara, demasiado cara para sus modestos ingresos, de manera que no tendría más remedio que hacerlo de fiado a cuenta del montante de la apuesta que pretendía ganarles a sus compañeros; de no conseguirlo se vería metido en un buen lío para pagar a *Malaspulgas*, y ni siquiera poniendo por medio varios sistemas planetarios lograría librarse de la visita de sus eficaces *recaudadores*.

Evidentemente *Malaspulgas* no era el verdadero nombre del proxeneta, pero así era como le conocían sus clientes humanos; y ciertamente hacía honor al mismo, puesto que su carácter irascible era conocido en toda Gomorra. *Malaspulgas* era un humanoide procedente del Mundo de Smith, y si hubiera que describirle físicamente podría hacerse comparándolo con el *Enanito Gruñón* de Blancanieves... eso sí, con una piel escamosa de color verde grisáceo, dos pares de ojos facetados -delanteros y traseros- y unos brazos adicionales rematados en unas afiladas pinzas provistas de colmillos venenosos, los cuales no vacilaba en usar en caso necesario. Añádase a todo ello una agilidad felina -el Mundo de Smith era un planeta de alta gravedad, a diferencia de los escasos 0,85 g de Gomorra- y una mente fría como un témpano, y así se podrá contar con una cabal idea del propietario del garito; el cual, por cierto, no toleraba la menor chanza acerca de lo menguado de su estatura, aunque aceptaba complacido su apodo terrestre.

Claro está que, cuando le interesaba, *Malaspulgas* sabía ser simpático, e incluso zalamero; todo dependía del dinero que hubiera en juego. A su pupila ymiriana le había asignado la tarifa especial plus, la más cara de todas, lo que quería decir que a cualquiera que se encaprichara de ella el antojo le saldría por un buen pellizco. Así pues, no es de extrañar que recibiera al cohibido George B. con los brazos abiertos... con los prensiles, evidentemente, no con los quelicerados. Y como tampoco se opuso a que éste le firmara un pagaré, seguro como estaba de que lo acabaría cobrando, pasó a cantarle las excelencias de su *empleada*.

-Serr maravillosa, *efendi* -a todos los terrestres les otorgaba *Malaspulgas* ese tratamiento, quizá porque el primero que conociera debió de pertenecer a la religión musulmana-. Auténticamente ma-rra-vi-llo-sa -enfaticó-. Su acento era sibilante y rasposo, debido quizá a un funcionamiento incorrecto del traductor automático, o puede que a causa del propio sintetizador de voz; a los alienígenas les solía resultar tan dificultoso imitar las sutilezas de la garganta humana, como a los terrestres hacer lo propio con sus extraños mecanismos fonadores.

-Sí, le creo -respondió el nervioso astronauta-, pero ya le he dicho que necesito ganar la apuesta, y para ello es preciso tener la certeza de que ninguno de los golfos de mis compañeros pueda encontrar una... *chica* tan exótica como la mía.

-¡Oh, usted perrderr cuidado, *efendi*! -le tranquilizó el pequeño gnomo-. No haberr más ymirrianas en mochos años luz de distansia... yo correrr grrande rriesgo, y gastarr mocho, mocho dinerro en traerrla aquí. ¡Serr única en todo sector Gomorra! -concluyó exultante.

-Ya, pero por este planeta pasan muchos terrestres... -objetó el astronauta, que seguía sin tenerlas todas consigo.

-No prreocoparr, *efendi*, no prreocoparr... no prproblemo. ¡Osted serr prrimerr humano en conocerrla...! ¡Prrimerr humano! Seguro. Osted ganarr aposta. Osted rico.

Y espero seguirlo siendo, al menos hasta que zarpe el Marco Polo, pensó su interlocutor, estremeciéndose ante la idea de que a alguno de sus compañeros le diera por dejarse caer por allí; en lo tocante a los negocios, *Malaspulgas* no tenía amigos.

-Está bien -suspiró-. Le creo. Pero dígame, ¿las ymirianas son humanoides? No es que tenga prejuicios al respecto, pero...

-Serrlo, perro no serrlo -fue la desconcertante respuesta-. O mejorr, no serrlo, perro serrlo.

-¿Cómo? -preguntó el astronauta, completamente perplejo ante tamaño galimatías; su capacidad intelectual no daba para tanto.

-Serr simple cosa. Chica no serr humanoide. Perro poderr serrlo si ella querrerr.

-Cada vez lo entiendo menos -gruñó.

-Serr fásil mocho entenderr. Ymirrianos serr rraza multiforme. Caso solo ellos en toda completa galaxia. No tenerr forma prpropia, perro poderr adoptarr cualquiera que ellos desearr. Simple. -concluyó el alienígena, esbozando la mueca que para los de su raza equivalía a una sonrisa.

-¡Me parece que esto empieza a ponerse interesante! -a George B. se le habían abierto los ojos como platos- ¿Podría esta chica elegir el cuerpo que yo prefiriera?

-Porr soposto, porr soposto... -aseveró el smithiano- No cualquierr hembra humana, no. La mejorr hembra humana. Ella serr capas, sí, imitarr hurriés -era evidente que *Malaspulgas* había tenido más de un trato con musulmanes.

-¡Vaya, vaya! -al terrestre la boca, y lo que no era la boca, empezaba a hacérsele agua. Mas de repente frunció el ceño, cayendo en la cuenta de que algo no acababa de encajar del todo.

-¡Oye, amigo! ¿No me estarás engañando? Si como dices esta ymiriana jamás en su vida ha visto a un humano, ¿cómo demonios va a poder adoptar el cuerpo adecuado?

-¡Oh! Fasil, mocho fasil. Ymirrianos serr telépatas. Leerr mente tuya, sí. Ella adivinarr tus deseos, y cumplirrlos. Cumplirrlos mocho bien, sí. Tú contento, mocho contento. Seguro.

-Bueno, eso cambia bastante las cosas. -se relajó.

-No todo aún, no todo aún -insistió el hombrecillo verde-. Haberr todavía mejorr. Ymirriana emitirr ferromonas. Mocho bueno serr ferromonas. Afrodisíacos naturales perrfectos, espesiales parra ti. Tú disfrutarr como nunca tuya vida. Tú éxtasis, sí.

-¿Dónde está esa maravilla? -las hormonas de George B. estaban a punto de entrar en ebullición.

-Serrca, mocho serrca estarr aquí. Perro tú antes pagarré firmarrme... -concluyó el alienígena al tiempo que le extendía un genodocumento homologado.

George no dudó un solo instante en firmarlo con su ADN.

* * *

La realidad desbordó con creces todas sus expectativas. Tras aguardar unos minutos, reprimiendo su impaciencia, en una pequeña sala aneja al dormitorio donde aguardaba la ymiriana -según *Malaspulgas* ésta necesitaba algún tiempo para leer su mente y metamorfosearse convenientemente, no era cuestión de verla en su forma o, mejor dicho, su no-forma original-, George B. alcanzó el paraíso. Mucho más que el paraíso, puesto que jamás humano alguno pudo soñar siquiera poder disfrutar con la mujer -o el hombre- de sus sueños... porque la ymiriana, que dijo llamarse Marilyn -el nombre favorito, huelga decirlo, del astronauta-, era literalmente su mujer ideal, esa mujer con la que siempre había soñado y jamás había logrado encontrar.

Las habilidades amatorias de Marilyn no sólo eran excepcionales, sino asimismo únicas. Aunque su cliente no fuera consciente de ello, no sé había limitado a leer en su mente los pensamientos conscientes, sino que también lo había hecho con todo el substrato del inconsciente que controlaba las funciones más profundas y primitivas de su organismo, incluyendo evidentemente el instinto sexual, llegando hasta la misma base bioquímica de su cerebro. Dicho con otras palabras, la alienígena había sido capaz de descifrar, mimetizándolas a la perfección, las pautas de conducta más básicas e instintivas del humano que tenía entre sus falsos -pero no por ello menos reales- y bien torneados brazos.

Asimismo, atendió con un celo exquisito todas y cada una de las fantasías sexuales del embobado astronauta, incluyendo aquellas de las que éste ni tan siquiera era consciente de su existencia. El resultado, como cabe suponer, fue tan demoledor como la explosión de una supernova.

George B. se derretía literalmente de placer. Extasiado como nunca en su vida lo había estado -*Malaspulgas* no había mentido-, sintiendo vibrar todas y cada una de las células de su cuerpo al compás que marcaba su infatigable compañera, se sentía en el culmen mismo de la excitación sexual. Aun en el improbable caso de que no ganara la apuesta, la experiencia habría merecido la pena.

En contra de lo que determina la fisiología masculina su orgasmo, lejos de apagarse tras su efímera erupción, perseveraba incólume pareciendo no tener fin. De donde extraía su cuerpo esas inagotables energías era una auténtica incógnita, ya que el astronauta había dejado atrás tiempo ha su juventud, pero su ímpetu y fogosidad habrían dejado boquiabierto al más pintado... incluyéndole a él, de haber estado en situación de poder analizar el insólito comportamiento de su cuerpo.

Pero no era consciente de ello... ni le importaba lo más mínimo, volcado como estaba en gozar sin límites del inenarrable placer que le embargaba. No hablaba, ni siquiera pensaba... ¿para qué distraerse con esas nimiedades? Tan sólo sentía, y ya era bastante.

Pero la ymiriana sí mantenía el control de sus actos. Y en su afán por emular lo mejor posible a las humanas que estaba suplantando -al fin y al cabo ella era una profesional, y pretendía comportarse como tal-, decidió recurrir a esas frases tópicas, que, gracias a la mente de su cliente, pudo saber que se solían intercambiar los humanos durante sus encuentros amorosos.

-¿Gozas, mi amor? -le preguntó con voz sensual a su electrizado compañero.

-¡S...í! ¡Mu... mucho! -respondió éste entre jadeos.

-¿Qué deseas que te haga ahora? -de sobra lo sabía, incluso mejor que él mismo, pero estimó que un poco de teatro añadiría sal a su trabajo.

-Yo... -el bueno de George a duras penas podía articular palabras- Yo... quisiera... me encantaría... fundirme... contigo... y... ser... los dos... un... solo... cuerpo... y un... solo... espíritu... mi... amor...

No dejaba de ser una inocente frase retórica que acostumbraba a emplear para fascinar a las mercenarias del amor; al fin y al cabo, a él también le gustaba quedar bien. Pero en esta ocasión fue muy distinto para desgracia suya, puesto que estas palabras actuaron como una espoleta desencadenando la catástrofe.

* * *

-Lo siento, capitán López, pero sigo insistiendo en que mi compañía tiene buenas razones para negarse a cubrir el deceso de su empleado; y por mucho que se empeñe, la ley nos da la razón.

Bonifacio López, armador del *Marco Polo* y capitán del mismo, comenzó a dar vueltas en torno a su minúsculo despacho como un león enjaulado, haciendo que su interlocutor, un hombrecillo de aspecto insignificante, se sintiera cohibido.

-¿Cómo que no quieren hacerse cargo de la muerte de mi tripulante? -bramó al representante de la aseguradora, quien se encogió todavía más en su asiento-. Escuche, llevo un buen puñado de años pagándoles religiosamente y jamás he regateado un solo céntimo a pesar de que las sanguijuelas de sus jefes cada vez me sangran más. ¡Por eso les exijo que asuman sus compromisos! George B. murió en el transcurso de un viaje, estaba enrolado legalmente en mi buque y por lo tanto le cubría la maldita póliza que tengo suscrita con ustedes.

-Permítame que le recuerde que no se trató de un accidente laboral, puesto que el fallecimiento tuvo lugar cuando el finado estaba franco de servicio y en el exterior del carguero... -se defendió el corredor, pasando inmediatamente al ataque-. Además, el percance ocurrió en un lugar, digamos, bastante poco recomendable.

-¡Escúcheme, leguleyo del demonio! Usted no es quien para darnos lecciones de moral a mí o a mis hombres. Límitese a ceñirse a los términos del contrato, sin hacer juicios de valor baratos. En la póliza dice claramente que durante las escalas técnicas del buque, y en Gomorra paramos tan sólo el tiempo justo para cargar combustible y entregar algunos portes, se considerará que todos los miembros de la tripulación se encuentran *in itinere* aunque estén francos de servicio y hayan abandonado temporalmente el buque, razón por la cual en caso de accidente gozarán de la misma cobertura que si se encontraran trabajando en ese momento. ¿Qué me dice usted a esto, tío listillo?

-Le aseguro que conozco de sobra las cláusulas de su póliza, puesto que estoy harto de manejar otras muchas idénticas; quien no parece haberlas estudiado a fondo, lamento tener que decírselo, es usted -respondió con aplomo el hombrecillo-. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que existe un supuesto en el que mi compañía se exime de toda responsabilidad, concretamente en el caso de que exista presunción de imprudencia grave por parte del tomador del seguro o, como es el caso que nos ocupa, de alguna de las personas acogidas a su cobertura colectiva.

Baldomero López se quedó literalmente con la boca abierta.

-¿Qué insinúa? Mi tripulante no hizo nada diferente de lo que hacen la mayor parte de los astronautas cuando llegan a puerto... tan sólo pretendía divertirse un poco y lo que ocurrió era de todo punto imprevisible. Y si a usted no le gusta esto, le sugiero que cambie de oficio y se meta a sacerdote de la religión que más le agrada. Pero una compañía de seguros no tiene por qué entrometerse en la vida privada de sus asegurados.

-Por supuesto que no, siempre y cuando esto no contravenga ni la letra del contrato ni la presunción de buena fe -porfió impertérrito su interlocutor-. Suscribir un seguro de vida no le da derecho a jugar a la ruleta rusa y luego reclamar una indemnización si se salta la tapa de los sesos, pongo por ejemplo... y en este caso nos encontramos con una situación similar.

-Eso es falso -gruñó el astronauta-. Me consta que George B. no era ningún suicida, y desde luego no pensaba en modo alguno que su... ¡hum! aventura pudiera tener un final tan trágico. Pregúntele al dueño del local, éste tampoco esperaba que fuera a ocurrir este desastre, y desde luego de haberlo sabido no habría corrido el menor riesgo.

-Ya hemos hablado con el señor... dejémoslo en *Malaspulgas*; aunque su nombre real figura en la copia del atestado policial, le juro que soy incapaz siquiera de deletrearlo.

-¿Y?

-Desde luego insiste en que la muerte de su tripulante fue meramente accidental, cómo va a decir otra cosa... pero eso no significa que nosotros aceptemos esta versión de los hechos.

-¿Qué otra versión hay?

-La de la policía gomorrita, por supuesto -el agente de seguros revolvió en su portafolios buscando una copia impresa del atestado policial, que esgrimió triunfante ante a su anfitrión-. ¿Sabía usted que la alienígena que... devoró a su tripulante procedía de un sector galáctico cerrado y que su presencia en el planeta era totalmente ilegal?

-¿Y eso qué tiene que ver? -objetó el capitán López derrumbándose en su sillón- Eso es un problema del proxeneta, no nuestro...

-Lamento contradecirle, pero también es problema suyo, puesto que su tripulante conocía esta circunstancia previamente a la contratación del servicio; de hecho, fue él quien la exigió aduciendo algún tipo de apuesta que había cruzado con varios compañeros suyos. Si lo desea, podríamos interrogarlos...

-No creo que sea necesario -bufó el propietario del *Marco Polo*-. Supongo que eso ya lo habrán hecho los policías y lo habrán incluido en el atestado. En cualquier caso, al desgraciado George B. sólo se le podría acusar de haber sido cómplice en un delito de inmigración ilegal, y desde mi punto de vista esto no altera el sentido de nuestra reclamación. Legal o ilegal, se trató de un accidente impredecible.

-No tan impredecible -rebatío el visitante-. Si el propietario del lupanar, o el propio finado, se hubieran molestado es estudiar siquiera un poco los hábitos sexuales de los ymirianos, habrían contado con los suficientes indicios como para pensárselo dos veces.

-¡Vaya! Ahí sí que me pilla de nuevas -confesó Bonifacio-. En cualquier caso, no le veo la relación...

-Pues la tiene, le aseguro a usted que la tiene. ¿Ha oído hablar de cómo son los coitos de algunos invertebrados terrestres, tales como las mantis religiosas o varias especies de arañas?

-No, la verdad es que no... yo soy astronauta, no científico.

-Es simple cultura general -ironizó su interlocutor-. Pero no importa. Por decirlo en dos palabras, una vez inseminada la hembra, ésta devora al macho... siempre y cuando el infeliz no consiga escabullirse a tiempo. Dicen que se debe a que, una vez que ha aportado su carga genética, éste ya es innecesario para la perpetuación de la especie, por lo cual, y en beneficio de la misma, la hembra aprovecha sus proteínas, que de otro modo acabarían perdiéndose. Si se mira bien, es algo tremendamente lógico.

-¿No pretenderá decirme que...?

-¿Qué los ymirianos son como las mantis? Pues según como se mire. A los ojos de los humanos sí, desde luego, pero ellos sostienen una versión muy diferente. Afirman, y no les falta razón, que al tratarse de una raza morfológicamente indiferenciada su reproducción no puede seguir las pautas habituales en otras especies, y que en realidad la hembra no devora al macho, sino que ambos se funden en una única entidad simbiótica la cual les permite intercambiar sus respectivos cromosomas, o lo que tengan equivalente. Algún tiempo después los *hijos* brotan en forma de yemas y se escinden de la madre como si fueran esquejes. En realidad es algo parecido a los mecanismos reproductores de nuestros organismos unicelulares... -y como viera que el ceño fruncido del capitán daba muestras de que éste no había entendido lo más mínimo, se explicó- En resumen, que la hembra absorbe literalmente al macho y escupe luego a sus hijos. Pero ellos lo consideran normal y es su forma natural de reproducción.

-Pero George no era uno de los suyos... dudo mucho que pudiera reproducirse con él.

-No, por supuesto que no; ni siquiera lo pretendía. Según ha declarado a la policía, todo se debió a un desgraciado accidente. De hecho, la ymiriana llevaba algún tiempo acostándose con clientes de diferentes especies completamente dispares entre sí, y jamás había tenido el menor problema con ninguno de ellos. Por esta razón, ni ella ni su patrón sospecharon siquiera la posibilidad de que la alienígena pudiera tomar por congénere suyo al desdichado George B. y obrara en consecuencia conforme a los dictados de sus instintos reproductores.

-¡Un momento! -exclamó Baldomero presa de una repentina excitación- Usted acaba de reconocer que se trató de algo accidental...

-Yo no he reconocido nada -zanjó de forma tajante el interpelado, replegando precipitadamente velas-. Tan sólo me he limitado a comunicarle lo que declararon los dos imputados a las autoridades locales, sin hacer el menor juicio de valor al respecto. Por otro lado, insisto en recordarle que la conducta imprudente es causa sobrada para eximirnos de cualquier tipo de responsabilidad económica. Y desde luego, resulta evidente que imprudencia hubo, y grave, por parte del fallecido, que además incurrió en una ilegalidad flagrante. En cuanto a las posibles responsabilidades, tanto civiles como penales, que puedan derivar del caso, se trata de algo que escapa por completo de nuestras competencias.

-¡Ah, ya! -se derrumbó el astronauta- Está claro que ustedes siempre procuran tener agarrada la sartén por el mango. Pero dígame, ya a título de curiosidad, si anteriormente no había pasado nada, ¿por qué ocurrió con mi subordinado? ¿Qué tenía de especial?

-En principio, nada. Pero según dijo la propia ymiriana, su tripulante logró excitarla como ningún otro cliente anterior lo había hecho, haciéndole perder su autocontrol; y cuando él dijo que le gustaría fundirse con ella, pues... pasó lo que pasó. Evidentemente el desdichado hablaba en sentido figurado, pero ella lo interpretó de forma literal y obró en consecuencia, fagocitándolo tal como habría hecho con un macho de su especie. Aunque se dio cuenta de forma inmediata del error que había cometido, ya era demasiado tarde; cuando quiso *escupir* a su víctima, de ésta quedaba tan poco que sus restos cupieron en una caja de zapatos.

-No necesito que me de detalles -masculló el capitán-; vi los restos. Y le aseguro que no resultó agradable. Ni siquiera pudimos hacerle un entierro decente. En fin -suspiró-, está visto que es inútil seguir insistiendo, puesto que ustedes se niegan en redondo a pagar la indemnización por el fallecimiento de George B.

-Ya se lo he dicho, señor López, nos limitamos a acogernos a las cláusulas del contrato; es algo completamente legal y estamos obligados a velar por los intereses de nuestros accionistas. Por otro lado, no acabo de entender por qué tiene usted tanto

interés en cobrar ese dinero; el fallecido era soltero y carecía de herederos conocidos, con lo cual el beneficiario...

-Sería la tripulación del *Marco Polo*, excluida la oficialidad -le interrumpió éste-; así figura en la póliza, debería haberlo leído también. Aunque en realidad, según un acuerdo interno, pasaría a engrosar una bolsa común que tenemos reservada para emergencias. Ya sabe, a veces alguien necesita dinero para salir de un apuro...

-Eso no cambia las cosas. Encuentro loable su interés, por supuesto, pero lamento decirle que mi compañía no se puede permitir el lujo de incurrir en sentimentalismos.

-Como usted quiera. El caso es que necesitamos ese dinero ahora para resolver un problema... permítame que se lo explique en un momento -la cara de circunstancias del visitante era expresiva, pero al capitán no le importó-. Verá, el desgraciado incidente que se saldó con la muerte de mi tripulante ha provocado una serie de desagradables secuelas que aún colea. *Malaspulgas* está muy cabreado, ya que las autoridades locales de Gomorra le han clausurado el garito y amenazan con imponerle una fuerte multa; no por la muerte de George, está claro que ahí no hubo intencionalidad alguna, sino por tener contratada ilegalmente a una nativa procedente de un mundo cerrado y tutelado por la Federación Galáctica. En realidad los gobernantes gomorritas suelen tener una manga bastante ancha para estas cosas, y si por ellos fuera no habría habido mayor inconveniente en echar tierra al asunto; lo malo es que la noticia llegó a oídos del delegado de la Federación, y esto sí les puede traer quebraderos de cabeza...

-Ya le he dicho que eso no es asunto nuestro -respondió el agente poniendo cara de póker.

-Yo diría que sí; si ustedes se hubieran limitado a entregar el dinero sin remover nada, no habríamos tenido ningún problema; ni nosotros, ni *Malaspulgas*, ni el gobierno local teníamos el menor interés en que la cosa trascendiera. Pero ustedes, en su afán por rapiñar hasta el último céntimo, entraron como un elefante en una cacharrería provocando que el asunto llegara a conocimiento de los *federatas*...

-Estábamos en nuestro derecho.

-No lo niego, pero entonces tendrán que asumir las consecuencias.

-¿Nos está amenazando?

-No, en absoluto -Baldomero comenzaba a disfrutar jugando al ratón y al gato-; simplemente le estoy informando de la situación en que todos, ustedes incluidos, nos encontramos. *Malaspulgas* ha hecho un cálculo, por cierto lo tengo aquí por si quiere echarle un vistazo, de las pérdidas económicas que le va a ocasionar la repatriación de la ymiriana (la volverá a traer de nuevo, por supuesto, pero llevará su tiempo), el cierre

temporal de su local, la multa que le van a imponer los *federatas* y los correspondientes sobornos que tendrá que pagar para conseguir que las aguas vuelvan a su cauce lo antes posible; y da la casualidad de que esta cifra viene a coincidir más o menos con el importe de la indemnización que ustedes se niegan a entregar.

-Pero...

-En realidad la cantidad que reclama es mayor, pero se siente generoso y está dispuesto a renunciar al resto en aras de alcanzar un acuerdo amistoso. Mis chicos están conformes en renunciar a la parte que les correspondería, pero claro está que ni ellos ni yo podríamos asumir el pago de esa cantidad. Además, *Malaspulgas* lo entiende perfectamente y no siente ningún tipo de animadversión hacia nosotros ni, por supuesto, nos ha amenazado aunque, eso sí, me solicitó que intercediera ante ustedes ya que él, lógicamente, no puede hacerlo.

-Esto es irregular... -estalló el hombrecillo, con el rostro rojo como la grana-. Es una vulgar extorsión.

-Llámelo como quiera, pero es lo que hay. La vida en el cosmos es dura, y mientras ustedes descansan sus gordos culos -la metáfora no dejaba de ser chocante, puesto que el agente de seguros no tenía gorda ninguna parte de su cuerpo, pero eso al capitán López le daba igual- en los mullidos sillones de sus confortables despachos, nosotros nos jugamos el pellejo cada vez que este cacharro da un salto hiperlumínico. ¿Sabía que no puedo ponerle motores nuevos a esta cafetera porque un sinfín de garrapatas como ustedes nos arrebatan sin el menor esfuerzo buena parte de las ganancias?

-Señor mío, esto es intolerable. No estoy dispuesto a consentir que me insulte de esta manera. -exclamó el hombrecillo levantándose por vez primera de su asiento.

-Como quiera; ya sabe donde está la salida. Pero le advierto una cosa: *Malaspulgas* no es alguien que acostumbre a recurrir a los tribunales, pero cuenta con sus propios medios para alcanzar sus propósitos al margen de las leyes federales. Y le puedo asegurar que son eficaces, incluso en la misma Tierra. Si quiere un consejo, yo que ustedes procuraría no tenerlo como enemigo.

-Yo carezco de poder de decisión -balbuceó el visitante con un hilo de voz, al tiempo que se dirigía apresuradamente a la puerta-. Lo único que puedo hacer es poner en conocimiento de mis superiores todo esto que usted me ha comunicado de forma no oficial.

-Hágalo -Baldomero exhibió una sonrisa lobuna al tiempo que veía escabullirse al hombrecillo-. Por su propio bien.

* * *

Tres días después la compañía de seguros, sin ningún tipo de explicaciones, ingresaba en la cuenta bancaria del *Marco Polo* la indemnización correspondiente al fallecimiento accidental de George B. De todos modos, y por si acaso, a partir de ese momento el capitán del carguero prefirió buscar otras escalas alternativas en sus viajes al Sector Trífido.